

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

ARTÍCULOS LIGEROS SOBRE ASUNTOS TRASCENDENTALES
DE JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR,
UN ACERCAMIENTO GENERAL

TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN LENGUA Y
LITERATURAS HISPÁNICAS PRESENTA

ALEJANDRO PORFIRIO
COVARRUBIAS GONZÁLEZ

ASESORA: GPE. BELEM CLARK DE LARA

MÉXICO, D.F.

2012



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicatoria

A mis padres, que me han apoyado en todo lo que he emprendido a lo largo de mi vida personal y académica. A Dante, porque he encontrado en ti al amigo que me acompañará el resto de mi vida.

A mi familia, porque de todos he aprendido para lograr ser quien soy ahora.

A mis compañeras de escuela, que después se convirtieron en compañeras de vida: Yaz, Alejandra, Magali, Mariana, Andrea, Lulú, Montse y Mirza, por siempre tener palabras certeras en momentos difíciles y por su inapreciable compañía en todo momento.

A mis amigos de toda la vida Gustavo, Daniel, Elguera, Jonathan, porque con ustedes he aprendido que los lazos de la amistad son igualmente estrechos, y por momentos más, que los de la familia.

A mis compañeros en la Universidad, que más que eso se volvieron amigos, Sergio, Moisés, Jesús, Ángeles, Martha, Daniel, Yadira y Sherezada, porque a su lado estos últimos años fueron más llevaderos.

Agradecimientos

A mis padres, por supuesto.

A todos los compañeros y profesores que contribuyeron para la realización de este logro académico, en especial para los que guiaron mi camino hasta este punto:

Roberto Campa, porque con disciplina uno puede alcanzar cualquier meta que se fije.

Erick Vega, por descubrirme el fascinante mundo de la lengua española.

Rosa Ma. Meza, por ratificar que estaba en el camino correcto.

Yolanda Reyes, por orientarme en los momentos de mayor flaqueza en mi vida académica.

Carlos Rubio, porque sus enseñanzas serán aplicadas toda mi vida.

Arturo Noyola, por permitirme profundizar en el seductor mundo de la literatura mexicana del siglo XIX.

Manuel Garrido, por romper la burbuja, por su apoyo incondicional en momentos difíciles, pero sobre todo por su amistad.

Mariana Ozuna, por ampliar mi visión del siglo XIX y ayudarme a comprender la modernidad del mismo.

Belem Clark, no sólo por sus asesorías y su guía para la realización de este trabajo, también por el tiempo, la paciencia y las palabras de aliento para no abandonar este proyecto.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, mi casa y refugio.

Quiero que seas instruido para que entres con la frente erguida a las filas de la única aristocracia posible, que es la del saber.

José Tomás de Cuéllar

ÍNDICE

Introducción	I
1. Vida y contexto de José Tomás de Cuéllar.	1
▪ Vida y obra de José Tomás de Cuéllar.	7
▪ José Tomás de Cuéllar en el periodismo.	14
2. Costumbrismo.	19
▪ Artículos de costumbres.	22
▪ Escenas y tipos.	24
▪ Modalidades del cuadro de costumbres.	25
- Cuadro de costumbres descriptivo.	26
- Cuadro de costumbres moralista.	27
- Cuadro de costumbres idealista.	28
- Cuadro de costumbres crítico.	28
▪ El costumbrismo en México.	30
3. “Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales”.	37
▪ Clasificación de los <i>Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales</i> .	46
- Rasgos de cuadro de costumbres en los <i>Artículos ligeros...</i>	46
- Género literario. ¿Artículos?	49
- Temática.	61
1) Exposición y crítica de las acciones realizadas por autoridades institucionales en la Ciudad de México o bien a su falta de acción con respecto a algunas problemáticas.	61
2) Exposición y crítica de vicios en la conducta y mentalidad del ciudadano mexicano, específicamente el de la Ciudad de México.	64
3) Comparación recurrente entre el aquí y ahora mexicano y el estadounidense.	67
4. Conclusiones.	71
5. Bibliografía.	75

INTRODUCCIÓN

“La memoria nacional tiene una particularidad: engrandece a las figuras que reconoce como propias, pero al hacerlo las especializa en un solo papel en el que quedan definitivamente circunscritas.”¹ Si la crítica destaca, por ejemplo, el talento novelístico de algún escritor, sólo lo analiza como tal, provocando que los futuros lectores conozcan únicamente aquella faceta del autor, olvidando sus demás incursiones en las letras. En la afirmación anterior podemos encontrar inscritos a José Joaquín Fernández de Lizardi, a quien nos empeñamos en etiquetar como el primer novelista mexicano, olvidando su incansable labor periodística; Guillermo Prieto como poeta, con su *Musa callejera*, Ignacio Manuel Altamirano y su movimiento nacionalista; y la poesía de Manuel Gutiérrez Nájera, que solemos destacar por sobre otros géneros literarios en los que incursionó el autor, por mencionar algunos. Al igual que con estos autores, la crítica literaria por muchos años ha señalado a José Tomás de Cuéllar (1830-1894) como una de las grandes figuras literarias del siglo XIX gracias a su obra novelística; sin embargo, a pesar de considerarlo un autor importante en la época, ha olvidado y por ende desvalorizado sus aportaciones en poesía, teatro y periodismo. Es apenas en años recientes que se está llevando a cabo el amplio proyecto de rescate y edición crítica de la totalidad de sus obras².

¹ Nicole Girón, “Ignacio Manuel Altamirano en las Europas ¿Un destierro consular?”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, p. 289.

² Gracias al apoyo de la Dirección General del Personal Académico y del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, se obtuvieron los recursos para realizar la edición crítica de las Obras de José Tomás de Cuéllar. El primer paso en el proyecto fue levantar el registro bibliohemerográfico de colaboraciones que el autor publicó, al que se denominó Catálogo Cuéllar. Con este proyecto se han publicado cuatro títulos: *Obras I. Narrativa I. El pecado del siglo. Novela histórica. Época de Revillagigedo, 1789 (1869)*, y *Obras II. Narrativa II. Ensalada de pollos. Novela de estos tiempos que corren tomada del carnet de Facundo (1869-1870, 1871, 1890)*, en 2007; y *Obras III. Narrativa III. Historia de Chucho el Ninfo. Con datos auténticos, debidos a indiscreciones femeniles (de las que el autor se huelga) (1871, 1890)*, en 2011, y *Obras VI. Las jamonas. Secretos*

El presente trabajo está enfocado en uno de estos géneros olvidados en Cuéllar: el periodismo. No trataremos toda su obra periodística, sino algunas colaboraciones de la última etapa entregadas al periódico *La Libertad*, de 1882 a 1884. Otros periodos de su andar en la prensa han sido estudiados por Ana Laura Zavala Díaz y por Belem Clark de Lara.³

El conjunto de colaboraciones periodísticas llamado “Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales” no se ha tratado a profundidad, por lo cual, en las siguientes líneas se pretenden ampliar los acercamientos que Manuel de Ezcurdia y Belem Clark de Lara hicieron a los “Artículos”.⁴ Uno de los objetivos de este trabajo es acercar a futuros lectores a la serie de textos que ampliarán el conocimiento no sólo literario del autor y de las letras mexicanas, sino también el de temas sociales y cotidianos, de los que sabemos poco, pues no son abordados en los textos canónicamente históricos. Así, nos encontraremos situaciones aparentemente ligeras y cotidianas como los festejos escolares o religiosos, la vestimenta, los trámites postales, la novedosa instalación de postes telefónicos, el comercio ambulante, por citar algunas, en las que nuestro autor hará una proyección y un análisis que delatarán a modo de iceberg todo un problema social, educativo y cultural en la época comúnmente estudiada dentro del Porfiriato,

íntimos del tocador y del confidente (1871, 1891), en 2012. Una más está en prensa: *Obras IV. Narrativa IV. Novelas cortas. El carnaval (1851), El hombre-mujer (1872), Las posadas (1882), Los fuereños (1883-1890)*. Y tres más están en proceso de dictaminación: *Obras V. Isolina la exfigurante, Obras VII. Las gentes que “son así” y Obras VIII. Gabriel el cerrajero o las hijas de mi papá*. (Agradezco la información proporcionada por Belem Clark de Lara)

³ Vid. Ana Laura Zavala Díaz, *El escritor en la República Restaurada: La presencia de José Tomás de Cuéllar en El Correo de México*, Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997; y Belem Clark de Lara, “Estudio preliminar” a José Tomás de Cuéllar, *La Ilustración Potosina*. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos, 1869, José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, editores. Edición facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo. Estudio preliminar, notas, índices y cuadros de B.C.L., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1989 (Fuentes de la Literatura Mexicana, 2); y actualmente se encuentra en prensa una antología de estos “Artículos Ligeros” que la propia Belem Clark de Lara hizo para el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

⁴ Vid. Manuel de Ezcurdia, “Modernidad de Cuéllar”, en Margo Glantz (coord.), *Del fistol a la linterna*. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte, pp. 59-68; y Belem Clark de Lara, “La palabra periodística a la luz de la modernidad”, en B. C. L. y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, pp. 145-165.

aunque propiamente en los años que escribe Cuéllar para *La Libertad* es Manuel González quien está en el poder.

A José Tomás de Cuéllar, quien utilizara el seudónimo Facundo, se le ha emparentado en su novelística con el Costumbrismo, un movimiento literario de gran auge en los siglos XVIII y XIX, y esta etiqueta es probablemente un factor por el cual no existe interés en realizar nuevos acercamientos a su obra, puesto que impera la percepción de que ser costumbrista es ser superficial.⁵ Sin embargo, al pretender delimitar las características de este movimiento para posteriormente comparar y confirmar si los “Artículos ligeros...” también pertenecen a dicha corriente estética, apareció un obstáculo considerable: la mayor parte de los estudios profundos acerca del Costumbrismo lo abordan a partir de escritores europeos, particularmente españoles, y no continúan su evolución hasta llegar a América. El Costumbrismo que desarrollaron los escritores hispanoamericanos es tratado escuetamente por la crítica.

Otro conflicto al respecto es el hecho de que la multiplicidad de acercamientos al Costumbrismo español le ha asignado a éste sendas características que, más que aclarar, tienden a confundir dada la disparidad de las mismas. Por ello, en el presente trabajo, tangencialmente al tema central de la tesis, se añadió un apartado que pretende caracterizar al Costumbrismo, deteniéndonos en las anotaciones referentes al artículo de costumbres más que a la novela de costumbres y comparando diversos estudios acerca del tema para reacreditar este movimiento literario y para delimitar qué tipo de artículos costumbristas practica nuestro autor en éstos “Artículos ligeros...”. Con ello se pretende que nuevas generaciones de lectores y críticos de José Tomás de Cuéllar se interesen en la totalidad de su obra, para descubrir si en todos los géneros se desenvuelve con tanta soltura como en sus novelas y en estas piezas periodísticas.

Antes del capítulo mencionado, se expondrán el contexto, la vida y obra de José Tomás de Cuéllar para poder comprender la pertinencia de sus colaboraciones en el periódico *La Libertad* en la década de los ochenta de la antepasada centuria, y los

⁵ Cf. Joaquín Álvarez Barrientos, “Acreditar el costumbrismo”, en *Ínsula*, núm. 637, 2000, p. 4.

avatares de su vida, que al final de la misma lo ligan más a la visión del Porfiriato que a la de la República Restaurada.

Posteriormente, en el tercer capítulo, se abordarán de lleno los “Artículos ligeros...” partiendo desde lo más básico, puesto que han permanecido desconocidos casi totalmente. El acercamiento que haré a las publicaciones tendrá varias aristas que ayudarán a analizar los textos desde sendas perspectivas y que serán la base para llegar a los objetivos del presente trabajo: Saber cuántos artículos son, en qué año fueron publicados, en qué tomos de la *Linterna Mágica* están inscritos; expondré, desde mi punto de vista, a qué tipo de cuadro de costumbres pertenecen, con qué géneros literarios se mezclan, cuál es su temática y cuál era el objetivo de Cuéllar al escribirlos.

Ana Elena Díaz Alejo en la “Presentación” a la edición facsimilar de *La Ilustración Potosina* señala la necesidad de rescatar de las hemerotecas el invaluable tesoro literario producido en el siglo XIX, debido a que al estar ahí o gozar de sólo una primera edición, su acceso al público de hoy es muy limitado y restringido. Al hablar de la literatura decimonónica se suele hablar de las mismas obras, los mismos autores, de los más conocidos, regularmente por la fortuna de tener varias ediciones de sus novelas (principalmente) o porque son los que aparecen en los mencionados manuales de literatura. “Las letras nacionales se ven, así, amenazadas por el desconocimiento y, en consecuencia, por el olvido”.⁶ Para evitarlo, es necesario salvar del olvido estas piezas mediante recopilaciones críticas que estén al alcance de los lectores del siglo XXI. Sólo así se podrán hacer juicios certeros de su obra, considerando las distintas etapas de creación.

⁶ Cf. Ana Elena Díaz Alejo, “Presentación” a José Tomás de Cuéllar, *La Ilustración Potosina...*, pp. 11-13.

VIDA Y CONTEXTO DE JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR

Desde 1867, Benito Juárez se hizo acompañar de algunos intelectuales entre los que destacó Gabino Barreda, quien introdujo a México y a la agenda presidencial la filosofía positivista que había conocido en Europa. Barreda planteó también una reforma educativa basada en el orden y el progreso, los cuales a su vez fueran producto de la razón. El único método que cumplía con dichos objetivos era el científico.

El positivismo es el correctivo de la anarquía y lo mejor que Europa [podía] ofrecer para crear los cimientos ideológicos del nuevo orden que hará posible el progreso buscado por la revolución liberal. El positivismo despojará al clero de su último reducto, la escolástica; sustituirá la enseñanza humanista, la teología y la metafísica; será el arma en el proceso de descolonización. [Será] el único medio de imponer un nuevo orden que termine con la violencia y el caos.¹

En este contexto se creó la Escuela Nacional Preparatoria (1868), prueba fehaciente de las aspiraciones del Ejecutivo de formar un Estado-Nación moderno. Esta corriente filosófica también se introdujo en la política gubernamental, por lo cual uno de los nuevos objetivos del Estado sería garantizar el orden material para el progreso económico individual que, a mediano plazo, se vería reflejado en la sociedad en general. Orden, siempre orden para lograr el progreso.

[En los últimos años del Juarismo, el Ejecutivo no propuso] ninguna iniciativa ni tampoco se tomó medida alguna para la reconstrucción del país, a excepción del inicio de la construcción del ferrocarril México-Veracruz, debido a la evidente necesidad de comunicación comercial con el resto del mundo. La acción de la República Restaurada, si es mirada desde el punto donde partió, fue prodigiosa: si se le mira desde las metas que se propuso, fue pobre.²

¹ José Emilio Pacheco, "Introducción" a *Antología del modernismo (1884-1921)*, p. XXXII.

² Lilia Díaz, "El liberalismo militante", en *Historia general de México*, t. 3, p. 169, *apud* Belem Clark de Lara, "Estudio preliminar" a José Tomás de Cuéllar, *La Ilustración Potosina*, p. 27.

La muerte de Juárez en julio de 1872 renovó conflictos que degeneraron en nuevos levantamientos que llevaron a la presidencia a Sebastián Lerdo de Tejada, pero fue hasta los periodos de Porfirio Díaz y el de Manuel González que fluyó una ficticia tranquilidad en el país. Con ellos se dio apertura hacia las inversiones extranjeras. La meta en este periodo era aspirar a que México fuera como Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Para lograrlo, se decidió anular el propio pasado, en una persecución y denigración total contra los grupos indígenas.

Habría que hacer de los mexicanos, diría Justo Sierra, los yanquis del Sur. En igual forma hablaba Alberdi de los yanquis hispanoamericanos. Nada con el pasado, nada con la España cerril, el negro servil y el indígena salvaje. Menos aún, con el mestizo de estas razas. “En América —dirá Juan Bautista Alberdi (1810-1884)— todo lo que no es europeo es bárbaro”. Educar para la civilización y traer a esta América hombres que hiciesen por ella, lo que ya habían hecho en Europa y en los Estados Unidos, sería incorporar a sus pueblos entre las naciones que ya marchaban por la vía del progreso y la civilización.³

La dictadura porfirista justificó su permanencia afianzando en México la doctrina positivista del orden para la libertad y el progreso. El orden se asimilaba con continuidad, por lo tanto, en aquellos años, continuidad estuvo directamente relacionado con progreso: México no había progresado, se decía, porque no había ni estabilidad ni orden.

Los Científicos, es decir el grupo de intelectuales que acompañaron a Porfirio Díaz, fueron quienes realmente decidieron el rumbo del país, tomaron una fuerza insospechada que adoptó el capitalismo como sistema económico. Para José Emilio Pacheco, los Científicos olvidaron la lucha de clases, consideraban que el individuo no debía nada a la sociedad (como si algo referente a la sociedad no surgiera de ella misma). Todo lo desordenada que pueda estar ésta era culpa de sus integrantes, y sus conflictos deberían resolverlos sin ayuda del Estado. Con el Positivismo, el Ejecutivo pretendía brindar el orden público que llevara a todos los mexicanos a una inminente situación de progreso. Pero en el Porfiriato el Estado ya no tenía como misión imperativa la resolución de los problemas colectivos, sino que creó las condiciones

³ Leopoldo Zea, “América Latina: El largo viaje hacia sí misma”, en *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 18, 1978, p. 15.

propicias para que una iniciativa privada fecunda se encargara de llevar adelante a la sociedad.⁴

Auguste Comte consideró en *Politique Positive* que son necesarios en la sociedad hombres que dirigieran y trabajadores que obedecieran; superiores e inferiores que estuviern subordinados a ella. La sociedad debería estar por encima de los intereses de los individuos. En ella los filósofos y los sabios bien preparados serían los encargados de dirigirla dentro del orden más estricto, conduciéndola hacia el progreso más alto, así se erradicarían la barbarie y el retroceso.⁵ Para Habermas, los filósofos de la Ilustración, con todo el enciclopedismo del que eran capaces, quisieron utilizar esta acumulación de cultura especializada para el enriquecimiento de la vida cotidiana, es decir, para la organización racional de la vida social de cada día.⁶ En el caso de los positivistas, el objetivo era la organización *ordenada* de la vida social de cada día, para así lograr el progreso.

Esta filosofía se manifestó certeramente en parte de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo XIX, y pudo ser difundida a gracias a las publicaciones periódicas, ya que, a diferencia del complicado proceso de fabricación de un libro, aquellas gozaban de la rapidez que necesitaban los escritores para llegar a un gran número de lectores. La educación equivalía a independencia, ya la habían conseguido en lo político, ahora iban por la independencia o emancipación mental. La empresa no fue sencilla y los intelectuales decimonónicos tuvieron que comenzar casi desde cero.

Debido a lo arduo de los objetivos fijados en cuanto a educación se refiere, la mayoría de los periódicos decimonónicos en sus respectivos primeros números explicaban el motivo de aparición de la nueva publicación siguiendo más o menos la misma línea: “la sublimidad, [la] dificultad y aun la novedad de las producciones, no serán nuestro mérito, ni nuestro anhelo principal, porque esto puede entretener a los

⁴ Cf. J. E. Pacheco, *op. cit.*, p. XXXVII.

⁵ Cf. Auguste Comte, *Politique Positive*, *apud.* Leopoldo Zea, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, p. 45.

⁶ Jürgen Habermas, “Modernidad *versus* postmodernidad”, en Josep Pico (comp.), *Modernidad y postmodernidad*, p. 95.

sabios; pero hay un bien mayor que es el que deseamos, ilustrar al pueblo”.⁷ Capítulo de vida, capítulo de historia y capítulo de literatura, esto es siempre una publicación periódica; en ella conviven los hombres y las ideas para intentar juntos ser el mejor reflejo de un momento cultural.⁸

Al decir de Ana Laura Zavala, el ser humano, alejado del fanatismo y dotado de las herramientas que la educación y el conocimiento le otorgaban, podría perfeccionarse y progresar, lo cual repercutiría directamente en el desarrollo de las sociedades.⁹ De los intelectuales de mediados de siglo, Ignacio Manuel Altamirano fue el referente que encabezó estos preceptos. Lo que pretendían los literatos en este periodo decimonónico era tratar de presentar lo propio, dar a conocer México a los mexicanos primero, y a los extranjeros después. Pintores, escultores, escritores y demás artistas, todos se subieron al carro que buscaba educar al ciudadano por medio del arte. Algunos mostraron las costumbres nacionales, otros las criticaron, algunos más propusieron alternativas, pero todos coincidieron en que sus obras debían ser un complemento de la instrucción formal que ayudara a educar a la Patria.

Entraron los escritores en una etapa autocrítica que se cuestionaba todo. La generación de hombres que pensaba de esta manera, consideraba que el camino que debería seguirse para llegar al progreso nacional era el de la educación y para ello el periódico fue su mejor aliado, ya que por entregas semanales se transmitían al público obras literarias que poseían un trasfondo reformador, con la intención de que sus lectores no se quedaran en su mente sólo con la historia o trama consabidas, sino que también entre líneas asumieran una postura que el autor pretendía guiar. En estos años se produjeron muchos más trabajos de crítica literaria acerca de obras mexicanas que en ningún otro antes

El movimiento literario es visible. Hace algunos meses todavía, la prensa no publicaba sino escritos políticos u obras literarias extranjeras. Hoy se están

⁷ Editores del *Museo Mexicano*, segunda época, *apud* Francisco Monterde en “Prólogo” a Manuel Payno, *Artículos y narraciones*, p. VI.

⁸ Cf. Ana Elena Díaz Alejo, “Presentación” a J. T. Cuéllar, *op. cit.*, p. 11.

⁹ Cf. Ana Laura Zavala, *El escritor en la República Restaurada: La presencia de José Tomás de Cuéllar en El Correo de México*, p. 50.

publicando a un tiempo varias novelas, poesías, folletines de literatura, artículos de costumbres y estudios históricos, toda obra de jóvenes mexicanos.¹⁰

Se afianzó la tendencia a nacionalizar la literatura: la mayoría de las novelas publicadas ocurrían en México o en el fondo tenían que ver con él, se valoró lo propio frente a lo extranjero. Con el desarrollo de la literatura costumbrista, en novelas o en piezas periodísticas, lo que se destacó fue el estudio de nuestro ser, de nuestras costumbres, de la cotidianidad. Altamirano llegó al convencimiento de que nuestras letras, para que logran ser expresión real de nuestro pueblo y elemento activo de nuestra integración nacional, necesitaban nutrirse de nuestros propios temas y temperamento y de nuestra propia realidad, es decir, convertirse en nacionales.¹¹

La literatura tendrá hoy una misión patriótica del más alto interés, y justamente es la época de hacerse útil cumpliendo con ella [...]. Se desea conocer a este pueblo singular, que tantas y tan codiciadas riquezas encierra, que no ha podido ser domado por las fuerzas europeas, que viviendo en medio de constantes agitaciones no ha perdido ni su vigor ni su fe. Se quiere conocer su historia, sus costumbres públicas, su vida íntima, sus virtudes y sus vicios; y por eso se devora todo cuanto extranjeros ignorantes y apasionados cuentan en Europa, disfrazando sus mentiras con el ropaje seductor de la leyenda y de las impresiones de viaje. Corremos el riesgo de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo: "Así somos en México".¹²

La idea era demostrar que las acusaciones de barbarie que reiteradamente se le adjudicaron a México eran falsas. Ya desde principios de siglo, por ejemplo, el italiano Claudio Linati, uno de los editores de *El Iris*, como muchos otros extranjeros, expresó que la intención de fundar un periódico en México era "civilizar a estos semibárbaros".¹³ Por ello, Ignacio Manuel Altamirano y los literatos que lo seguían pretendieron forjar una nación a partir de las letras, crear una literatura nacional en un país que no tenía sino una minúscula población alfabetizada, y entre ella, una igualmente mínima porción de literatos empeñados en moldear al resto de la población,

¹⁰ Ignacio Manuel Altamirano, "Revistas de México (1821-1867)", en *La literatura nacional*, t. I, p. 9.

¹¹ Cf. José Luis Martínez, "Prólogo" a I. M. Altamirano, *Obras completas XII. Escritos de literatura y arte I*, p. 13.

¹² I. M. Altamirano, *op. cit.*, p. 15.

¹³ Claudio Linati, *apud* María del Carmen Ruiz Castañeda, en "Introducción" a *El Iris*, p. XIII.

carente no sólo de civilización moderna, sino aun muchas veces de la antigua, dirá con humor José Joaquín Blanco.¹⁴

Los letrados de mediados de siglo XIX imprimieron en sus obras el sesgo nacionalista porque estaban convencidos de que éste sería el instrumento que serviría para la concordia y la pacificación. José Tomás de Cuéllar, por ejemplo, rescató expresiones populares y reconstruyó escenas cercanas a la realidad de sus lectores para que fuera más sencillo que éstos recogieran las propuestas para un mejor país. Fue así que los escritores de la República Restaurada plasmaron en sus páginas los conceptos que debían regir una nueva etapa de la historia nacional, y por medio de las letras intentaron sentar las bases de un nuevo mexicano, tratando de derrumbar al de los vicios y de las malas costumbres; deseaban un país libre e ilustrado, sin las ataduras del dinero, el poder, el vicio y las lacras sociales.¹⁵ No obstante, si se piensa que la población que leía y escribía en esos años, era mínima en comparación con la masa ignorante (a pesar de la lectura colectiva en voz alta, muy común en el siglo XIX), encontramos entonces que muchos de los mensajes que estos escritores construyeron estuvieron dedicados a la clase dirigente, al gobierno central que contaba con los medios para lograr los cambios; a una clase letrada y a otra pudiente, y sobre todo a las mujeres, salvaguardas de los valores morales y formadoras de patriotas.¹⁶

Pocos años más tarde ¡Civilización o barbarie!, grita el argentino Domingo F. Sarmiento; ¡Progreso o retroceso!, grita el mexicano José María Luis Mora; ¡Catolicismo o republicanismo!, dice el chileno Francisco Bilbao.¹⁷ El Positivismo planteó el problema de la educación del hombre americano en los términos de su peculiar concepción del mundo: progreso material, industrial, organización, educación científica.¹⁸ Lo que se pretendía con la instauración del Positivismo en diversas áreas de

¹⁴ José Joaquín Blanco, "Introducción" a I. M. Altamirano, *Obras completas V. Textos costumbristas*, pp. 9-10.

¹⁵ Cf. Silvia Molina, "Presentación" a Héctor Pérez Martínez, *Facundo en su laberinto. Notas para un ensayo sobre La Linterna Mágica*, p. 11.

¹⁶ A. L. Zavala, *op. cit.*, p. 66.

¹⁷ L. Zea, "América Latina: El largo viaje...", p. 14.

¹⁸ Sigo las ideas de Víctor Masuuh en "Hostos y el positivismo hispanoamericano", *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 18, 1979, p. 5.

la vida en México, era que el mexicano fuera capaz de constituir una sociedad nueva, organizada con base en un orden de razón. Eso sí: con amplios ventanales al Occidente, desde donde no se perdieran de vista los arquetipos europeos unas veces, norteamericanos otras. Los letrados de la segunda mitad de siglo XIX estuvieron en su momento influidos por esta ideología positivista.

VIDA Y OBRA DE JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR.

José Tomás de Cuéllar Aranda (1830-1894) nació en la Ciudad de México el 18 de septiembre de 1830 en un país convulso que venía saliendo de un conflicto armado (apenas nueve años habían pasado desde que se firmó el acta de Independencia de México) y se dirigía rumbo a otros más. En el transcurso de su niñez vio desfilar en el mandato del país a muchos presidentes, con breves estancias en el poder cada uno: Anastasio Bustamante, Melchor Múzquiz, Manuel Gómez Pedraza, Valentín Gómez Farías, Antonio López de Santa Anna, Miguel Barragán, José Justo Corro, Nicolás Bravo, Francisco Javier Echeverría, Valentín Canalizo, José Joaquín de Herrera y Mariano Paredes Arrillaga; algunos de ellos con varios periodos en la presidencia.

Para 1847, Cuéllar ya tenía la experiencia de haber estado en los colegios de San Gregorio y San Ildefonso, contaba con 17 años de edad cuando, siendo alumno del Heroico Colegio Militar, defendió al país de la Invasión Norteamericana, se dio de baja en 1848, de ahí que Ángel Pola advierta que “ni es militar, ni jurisconsulto, ni tiene borla alguna de doctorado, pero es honra de su Patria”.¹⁹ Probablemente este hecho reafirmó su nacionalismo y su interés por que este país saliera adelante. Estuvo una corta temporada en la Academia de San Carlos, aunque Jaime Erasto Cortés duda de ello, a pesar de la afirmación de Antonio Castro Leal con respecto a que sobreviven tres cuadros pintados por Cuéllar.²⁰

¹⁹ Ángel Pola, “De visita, José T. de Cuéllar”, en J. T. Cuéllar, *José Tomás de Cuéllar*, sel. y pról. de Belem Clark de Lara, p. 726.

²⁰ Cf. Antonio Castro Leal, “Prólogo” a José Tomás de Cuéllar, *Ensalada de pollos y Baile y Cochino*, p. XI; y *vid.* Jaime Erasto Cortés, “Cuéllar entre la pintura y la literatura”, en Margo Glantz, coordinadora, *Del fístol a la Linterna*, pp. 107-111.

Se abre la flor de su juventud —dirá Mauricio Magdaleno— entre las fanfarrias que saludan a Su Alteza Serenísima y las vísperas que despiden los restos mortales de Lucas Alamán, mientras por la Costa Chica sonaban ya los cuernos de los pintos de Juan Álvarez y echaba vaharadas de lumbre el Plan de Ayutla.²¹ Hacia 1851 se registraron las primeras colaboraciones de José T. de Cuéllar en el *Semanario de Señoritas* y *La Ilustración Mexicana*, lo que marcó su inicio en la actividad periodística. En sus primeros años de creación, mantuvo el interés por la poesía, posteriormente se inclinó por el teatro con *Deberes y Sacrificios*, *El arte de amar*, *El viejecito Chacón*, *¡Qué lástima de muchachos!* y la “más conocida” *Natural y figura...*, que critica al México afrancesado en plena monarquía.

Durante su juventud, y hasta la representación de *Natural y figura...*, Cuéllar se había mantenido al margen de las cuestiones políticas, pero en 1864, con 34 años auestas, apoyó al gobierno de Benito Juárez, en contra del imperio de Maximiliano. En 1867 se unió a la empresa de Ignacio Manuel Altamirano de fundar un periódico, *El Correo de México*, en el que colaboró con su columna “Variedades”. Por medio de éste, junto con algunos otros liberales destacados como Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, dio la espalda a Benito Juárez cuando éste anunció sus aspiraciones reeleccionistas y publicó una serie de propuestas de reformas constitucionales que robustecían al poder Ejecutivo.

Juárez fue reelecto, aunque se logró evitar la aprobación de las reformas, razón por la cual, relegó momentáneamente a estos escritores de la toma de decisiones políticas, orillándolos a cerrar *El Correo de México*, pero dejándoles libre el camino de la literatura, que todos aprovecharon con creces.

El más lastimado fue José Tomás de Cuéllar, puesto que, aunque en ningún momento lo menciona, se cree que su partida hacia San Luis Potosí fue una especie de exilio en respuesta a la represión juarista, ante la dura crítica que lanzó Facundo contra el presidente en sus colaboraciones en *El Correo de México*.²² Así, para enero de 1868, arribó a dicho estado, para fundar un año después, junto con José María Flores Verdad,

²¹ Mauricio Magdaleno, “Prólogo” a José Tomás de Cuéllar, *La linterna mágica*, p. V.

²² Cf. B Clark de Lara, “Estudio preliminar” a J. T. Cuéllar, *La Ilustración Potosina*, p. 21.

La Ilustración Potosina. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos (1869-1870), resabio intelectual de un gran proyecto cuellariano llamado *El Liceo Mexicano*. Enciclopedia Universal de Ciencias, Historia, Artes, Política, Novelas, Teatros, Poesías, Variedades, Modas y Anuncios, que pretendía resucitar las asociaciones de intelectuales que habían prosperado antes del Imperio; y restituir el prestigio del Liceo Hidalgo recordado por todos.²³

Durante su estancia en San Luis Potosí, Cuéllar fue redactor responsable del periódico oficial del estado, *La Sombra de Zaragoza* y del *Boletín de la 3ª. División*, en el que al decir de Altamirano publicó “Cuentos del vivac” y su primera novela, *El pecado del siglo*, en 1869, y por entregas la primera edición de su novela *Ensalada de pollos*. Procuró no desaparecer del mapa literario capitalino, con pequeñas colaboraciones, a pesar de la distancia, en *El Renacimiento* (1869), dirigido por Ignacio Manuel Altamirano.

La Ilustración Potosina además de secundar los postulados expuestos por Altamirano en su mencionado periódico capitalino, mantuvo la intención de acercar la provincia al bullicio cultural de la ciudad, dando a conocer en ésta a autores del interior de la República:

“A la sombra de la paz –palabras de Altamirano- mezclando lo útil como lo dulce, [...] daremos en cada entrega artículos históricos, biográficos, descripciones de nuestro país, estudios críticos y morales”, sin censura alguna. Sus propósitos primordiales son la reivindicación cultural de México y de sus escritores, acusados de barbarie por los franceses, con un llamamiento de integración y hermandad a los amantes de las bellas letras de todas las comuniones políticas “Muy felices seríamos si lográsemos, por este medio, apagar completamente los rencores que dividen todavía, por desgracia, a los hijos de la madre común”²⁴

En julio de 1870 Cuéllar abandonó San Luis Potosí, un estado que nunca logró atraerlo: “Esta triste peregrinación que se llama vida, es más triste aún, si el destino le señala a uno por residencia este extenso valle con la ciudad por cárcel, con la Alameda y el Santuario por paseos, con el Alarcón por teatro y con el aislamiento por

²³ Huberto Batis, “Presentación” a *El Renacimiento*. Periódico Literario (México, 1869), p. IX.

²⁴ I. M. Altamirano, *apud* M. Ezcurdia, *op. cit.*, pp. 239-240.

consuelo”.²⁵ En la pluma de Cuéllar no hay justificación piadosa para el estado de atraso que presentaba todo el territorio de San Luis Potosí y de esta ausencia de civilización que tenía por cómplice a una naturaleza madrastra:

Y después de un recodo, ves a Catorce. La primera impresión que se recibe al respecto de la población, es la de volverse atrás.

Figúrate que en una falda que plugo a la madre naturaleza dejar allí como por favor, entre cuatro grandes montas, está edificada una población triste, monótona, árida, sin ese claro oscuro de árboles que hace las poblaciones pintorescas: aquí todas las casas son amarillas; parece una población que se está muriendo de ictericia.²⁶

A su regreso a la Ciudad de México comenzó la publicación de la 1ª época de la colección *La Linterna Mágica*, con el seudónimo de Facundo. A pesar de permanecer sólo tres años en México, colaboró en varias revistas y fundó como periódico *La Linterna Mágica* en 1872, órgano editorial de una asociación literaria llamada *La Bohemia Literaria*, siendo Cuéllar mismo el director y responsable de la publicación, seguido por los demás miembros como Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, el barón Gostkowski, Manuel Peredo, Gustavo Baz, Joaquín Téllez, José Monroy, José María Villasana, Alejandro Casarín y Jesús Alamilla, que colaboraron en el periódico.²⁷

En 1872, habiendo publicado y distribuido una compilación de su obra, bajo la colección *La Linterna Mágica*, primera época, José Tomás de Cuéllar aceptó el cargo de secretario de la Legación de México en Washington, Estados Unidos, durante diez años. Cuéllar mismo señaló que la razón de tan larga ausencia se debió a razones económicas, aunque también puede ser que la permanencia de Sebastián Lerdo de Tejada en la presidencia haya influido en aquella decisión.²⁸

Es precisamente al volver de Estados Unidos cuando escribió de 1882 a 1884, para *La Libertad*, la columna de la cual se ocupa en este trabajo, “Artículos ligeros sobre

²⁵ José Tomás de Cuéllar, “Revista”, en *La Ilustración Potosina*, marzo 12 de 1870, p. 199.

²⁶ J. T. Cuéllar, “Facundo dado a los viajes”, en *El Renacimiento*, t. I, 1869 p. 15.

²⁷ Cf. B. Clark de Lara, “Estudio preliminar” a J. T. Cuéllar, *La Ilustración Potosina*, p. 94.

²⁸ Cf. B. Clark de Lara, “Prólogo” a J. T. Cuéllar, *José T. de Cuéllar*, p. 41.

asuntos trascendentales”. Adquiere relevancia el hecho de que hubiera vivido en Estados Unidos diez años y se hubiera empapado de aquel monstruo de modernidad.

Su linterna dejó de iluminar a los 63 años, el 11 de febrero de 1894, a causa de una aterosclerosis arterial que le aquejaba desde noviembre de 1893. A su muerte aparece una breve mención de Cuéllar en *El Universal*:

El distinguido literato, fecundo poeta, el hábil pintor de nuestras costumbres, don José Tomás de Cuéllar, conocido en el mundo de las letras bajo el seudónimo de Facundo, ha dejado de existir. El domingo después de larga y penosísima enfermedad, falleció en la casa de un amigo muy querido para el señor Cuéllar, el coronel don Gabriel Cuevas. Es realmente una pérdida para las letras mexicanas la muerte de Facundo. [...] No son sus obras literarias los únicos méritos que el señor Cuéllar tiene para que su memoria sobreviva.²⁹

Para Manuel de Ezcurdia, la mentalidad de Cuéllar no corresponde a su tiempo, nace en un momento inoportuno y refleja en su vida y obra ese inoportuno con grandes ambiciones que fracasan. Su vida nos muestra la ausencia de una vocación única: niño héroe sobreviviente, pintor, fotógrafo, editor, poeta, autor teatral, funcionario, periodista, novelista, diplomático. En cuanto a su obra, aparece en un periodo igualmente inoportuno, pues sus novelas son “todas ellas tan libres, tan distintas, tan inesperadas, que tenían que chocar con la regulada y bien organizada *Clemencia* de Altamirano, con la ejemplaridad de las novelas cortas de Payno, con el obligado *suspense* de los folletos coloniales de Riva Palacio y algunos más. Estáticas páginas empapadas en sangre o en lágrimas y encuadernadas en bandera nacional”.³⁰

Tal vez por ello su obra, una de las más extensas de aquellos años, quedó olvidada tanto tiempo en revistas y periódicos de la época, a pesar del esfuerzo que realizó el mismo Cuéllar por heredarnos una antología en 24 pequeños volúmenes, que hoy conocemos como *La Linterna Mágica* (Segunda época), de la cual sólo algunos tomos que incluyen novelas tuvieron seguimiento en posteriores ediciones, dejando en el olvido sus obras poética y periodística.

²⁹ Sin firma, “Gacetilla”, en *El Universal*, 2ª época, t. XII, núm. 36 (14 de febrero de 1894), p. 2. *apud* B. Clark de Lara, “Prólogo” a J. T. Cuéllar, *José T. de Cuéllar*, pp. 56-57.

³⁰ M. Ezcurdia, “Modernidad de Cuéllar”, en M. Glantz (coord.), *op. cit.*, pp. 62, 63.

Tomando las ideas que Fernando Tola formulara con respecto a otro gran autor decimonónico y adaptándolas a José T. de Cuéllar, concluyo: ¿Quién sería para nosotros José Tomás de Cuéllar si no se hubiera tomado la precaución, nada común entre los de su generación, de publicar veinticuatro tomos de su obra literaria antes de cumplir los sesenta años? Quizá, y pese al respeto y valorización que mereció en vida, sólo una nota erudita a pie de página en algún trabajo sobre el siglo XIX mexicano. Si lo que conocemos ya ha permitido situarlo entre las figuras más importantes de la narrativa nacional del siglo XIX, no es aventurado conjeturar sobre las posibilidades de que se amplíe, se altere o adquiera otros matices la idea que nos hemos formado de José Tomás de Cuéllar a partir de la ignorancia de una excesiva parte de su creación.³¹

La biografía de Cuéllar —sigo a Manuel de Ezcurdia— tiene muchas páginas en blanco. En algunos de sus poemas hallamos el hastío y desencanto que se esconde en sus novelas y obras de teatro. En sus artículos periodísticos nos revela sus filias y sus fobias, pero enmudece respecto a su vida privada. Podemos reconstruir algo de ésta gracias a su ininterrumpida actividad de escritor y a su infatigable sed de nuevas empresas culturales.³²

La relativa paz que reinó en México tras la muerte de Maximiliano, es decir, tras el triunfo del republicanismo de Juárez, ayudó a que se cultivaran las letras con mayor ahínco. En el caso de José Tomás de Cuéllar, el alejamiento de la esfera política fue un castigo crucial, pues lo llevó a refugiarse en el ámbito de la creación literaria como un espacio aparentemente neutral, desde el cual pudo participar en la reconstrucción nacional y ayudar a la transformación de la sociedad, sobre todo a través de la ilustración, de la educación y del proyecto de integración nacional altamiriano. Nunca más, de manera directa aludió a ningún gobierno para criticarlo tan severamente como lo hizo con el de Juárez en *El Correo de México*.

Ya en sus primeras incursiones en el mundo de las letras, es decir, en su poesía, se pueden detectar algunos rasgos que marcaron en general su obra: religioso, patriótico,

³¹ Cf. F. Tola de Habich, "Presentación" a Ángel de Campo, *op. cit.*, pp. 9 y 14.

³² M. Ezcurdia, "José Tomás de Cuéllar o de la irreverencia", p. 239.

familiar, amoroso y didáctico. En cuanto a su labor novelística, la crítica lo reconoce como un destacado escritor, que a lo largo de su obra recreó la vida de la sociedad mexicana de su tiempo, que con rápidos trazos muestra el desquiciamiento, las ridiculeces, los prejuicios y la cursilería de la clase media mexicana, sobre todo de la urbana, protagonista de gran parte de lo escrito por Facundo. Muchos de sus personajes son tomados de su entorno en la Ciudad de México, de ellos recogió auténticos giros del lenguaje mexicano, y a menudo los trató satíricamente.

Desde la publicación de *Ensalada de pollos* en La Linterna Mágica, Cuéllar añadió, a lo Víctor Hugo u Honorè de Balzac, el prefacio que guiaría la misma y el resto de su obra. Ahí nos advirtió: “Esta es la linterna mágica: no trae costumbres de ultramar, ni brevete de invención; todo es mexicano, todo es nuestro, que es lo que nos importa; y dejando a las princesas rusas, a los dandies y a los reyes en Europa, nos entretendremos con la *china*, con el *lépero*, con la *polla*, con la *cómica*, con el indio, con el *chinaco*, con el tendero y con todo lo de acá”.³³ Es el prólogo que Cuéllar pretendió que todos leyéramos antes de conocer su obra y de conocerlo a él como escritor, es el texto que invita a hacer un pacto entre lector y escritor, ahí avisa y previene acerca de lo que encontraremos en las siguientes páginas y, finalmente, extiende una invitación para leer en su obra, para incluirnos en ese “todo es nuestro”; encontraremos ahí retratados de cuerpo entero, al frente y de perfil, con la más fina expresión, las costumbres mexicanas del siglo XIX.³⁴

Al profundizar en los textos cuellarianos, podemos observar una veta más moderna. La gran empresa de Facundo no fue educar, como lo hizo Altamirano (fiel a su calidad de maestro); lo que realmente buscó fue civilizar, dotar al pueblo de sentido común, algo que no le proporcionaría la escuela, ni el contexto cotidiano. Algunos estudiosos de su obra coinciden en que algo que la convierte en una de las más actuales es el hecho de que aun hoy podemos acercarnos a ella obteniendo provecho y diversión con su lectura, ya que plasma una realidad cotidiana que, a pesar de haber transcurrido hace más de un

³³ J. T. Cuéllar, “Prólogo” a *Ensalada de pollos*, pp. IX-X.

³⁴ Cf. Daniel Moreno, “Prólogo” a José Tomás de Cuéllar, *Los mariditos (Novela de costumbres)*, p. 7.

siglo, mantiene muchas coincidencias con la nuestra; pues sin duda, la civilidad y el sentido común siguen haciendo falta en nuestro país en los inicios del siglo XXI.

Otra guño moderno es el hecho de que Facundo atiende la realidad, sin “brevete de invención” muestra lo cotidiano, al vecino, la china, el lépero, los pollos, la cómica, el indio, el chinaco, el tendero y todo lo de acá, como ya se mencionó arriba; y no “fantasea con el paisaje o con la población, pintando óleos idílicos de paisajista francés: Aldeas sanas, sencillas y bondadosas entre la magnificencia de una naturaleza paradisiaca, que jamás hubo en México”.³⁵

Para algunos críticos, la tendencia costumbrista de José Tomás de Cuéllar viene de Fernández de Lizardi, mientras que otros lo emparentan más bien con Guillermo Prieto; posteriormente, Cuéllar mismo la transformaría con humor y modernidad, para repercutir más adelante en la obra de Ángel de Campo y hasta de José Juan Tablada:

Tablada dejó en su columna dominical sobre los días y las noches de Nueva York un aviso a la Cuéllar. “Pueden estos artículos compararse con un teatro [...] deben ser superficiales como la pantalla de un cinema y procuro que sean tan divertidos como una comedia, tan mundanos, cuando es preciso, como un salón de Park Avenue o un cabaret de gran mundo y, cuando necesario, asimismo tan emocionantes y sombríos como las tragedias, no de la ficción teatral, sino de la vida real contemporánea”. La declaración dice en breve lo que Cuéllar compuso en y para las letras mexicanas.³⁶

JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR EN EL PERIODISMO

José Tomás de Cuéllar, como todos los escritores de su época, siempre vivió vinculado al periodismo. Éste era el medio de vida para varios de sus contemporáneos; algunos otros estuvieron estrechamente ligados a cargos públicos, incluso el mismo Facundo experimentó esta faceta.³⁷

³⁵ J. J. Blanco, *op. cit.*, p. 12.

³⁶ José Juan Tablada, citado por Antonio Saborit en “Cuéllar: Un encandilado de la imagen”, *Nexos*, núm. 209, mayo, 1995, p. 26.

³⁷ Alicia Perales Ojeda señala las diversas actividades de los literatos ante la escasa posibilidad de vivir de las letras: “si analizamos brevemente la situación económica de los miembros que integraron los grupos literarios, veremos con sorpresa la desigualdad de posibilidades que, en este aspecto, tuvieron los asociados [...]. Muchos de los literatos se refugiaron económicamente en su [especialidad profesional]; algunos ejercieron la medicina, como Manuel Carpio, José Peón Contreras, Manuel Flores, José Bernardo Couto o Porfirio Parra. La abogacía debió ayudar también a Manuel José Othón, José López Portillo y Rojas, Ignacio Manuel Altamirano o Ignacio Aguilar y Marocho. Otros escritores más afortunados desempeñaron puestos importantes en el gobierno [...]. En este caso debe citarse al mismo Altamirano, Justo Sierra, Francisco Ortega, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Manuel Payno, José de Jesús Díaz,

Si bien en los años más recientes se ha venido haciendo el rescate de las obras de José Tomás de Cuéllar, desafortunadamente no se cuenta aún con el acceso a la totalidad de sus colaboraciones, en especial las propiamente periodísticas, escondidas en revistas y diarios de poca accesibilidad o en los volúmenes de la *Linterna Mágica*, lo cual evita que se pueda realizar un juicio certero de su obra, convirtiendo tal vez en injusto el de somero costumbrista que la crítica le ha adjudicado.

El periódico fue, en el siglo XIX, el único medio en el que los lectores percibían de manera directa el sentir y el pensar de los autores. Estos últimos, por su parte, vieron en aquél el medio de publicación más rápido de su obra, además de que, ciertamente, por ese medio existía la posibilidad de hablarle directamente al lector, sin necesidad de hacerse escuchar por medio de personajes de ficción, fomentando así un vínculo que permitía la crítica por medio de la opinión y buscando una respuesta casi inmediata a lo expuesto en los respectivos artículos. El periodismo es el espacio por excelencia de la cultura —en palabras de Carlos Monsiváis—, la gran posibilidad a mano en un país con mayoría absoluta de analfabetos, sin hábito generalizado de lectura de libros, con muy escasas librerías y bibliotecas públicas, sin casas editoriales, sin maquinaria adecuada de impresión y costos altísimos del papel, con ediciones que a lo sumo llegan a los quinientos ejemplares. Sin periodismo, México tendría menos lectores y no se habrían difundido la teoría política, la poesía, el cuento, la crónica.³⁸

Desde sus primeras colaboraciones, Facundo mostró su agudo sentido observador, que le ayudó a detectar antes que otros cuál era el rumbo que estaba tomando el país y los problemas que acarreaba la inestabilidad política de aquellos años. Siempre pensando en el progreso de México, sus críticas vinieron acompañadas de posibles

Salvador Díaz Mirón, Joaquín Baranda [...]. En situación económica de carácter especial, estuvieron aquellos escritores que fueron eclesiásticos [... como el] presbítero Vicente P. de Andrade, don Clemente de Jesús Munguía, arzobispo de San Luis Potosí; monseñor Arcadio Pagaza, arzobispo de Yucatán; y Francisco de Paula Guzmán. Como diplomáticos se distinguieron varios literatos muy populares en nuestras letras: [...] Vicente Riva Palacio, Manuel Eduardo de Gorostiza, nuestro primer embajador en los Estados Unidos de Norteamérica; Agustín F. Cuenca, y José T. de Cuéllar [...]. Hubo también en contraste con los anteriores, aquellos que por herencia familiar eran hacendados como Joaquín García Icazbalceta, Lucas Alamán, José Joaquín Pesado y algunos otros simplemente ricos, entre ellos Francisco Pimentel, Francisco Manuel Sánchez de Tagle y Alejandro Arango y Escandón”. (A. P. O., pp. 20-21).

³⁸Cf. Carlos Monsiváis, “Prólogo” a *A ustedes les consta*, p. 12.

soluciones, anulando tajantemente en algunas ocasiones ciertas actitudes, y proponiendo el justo medio en otras. Cuéllar dejó entrever su gran preocupación, educar para civilizar.

Ésta es la tendencia de este libro. Ésta es la alta cuestión social que me preocupa; y como si hubieran sido como éste, serios los capítulos anteriores, muy pocos los leerían, me he permitido copiar lo que veo y *decirlo jugando*. De todos modos, mi intención es hacer el bien presentando cuadros de la vida real; *señalando las causas* de males trascendentales y funestos.³⁹

Resulta interesante que desde tan tempranos años en la escritura Cuéllar tenga claros los asuntos *trascendentales* que hacían padecer a la población. Facundo utiliza el humor y la fácil lectura como metodología para llegar al gusto de los lectores, así lo señala él mismo al destacar que “si los capítulos previos hubieran sido tan serios como éste, muy pocos los leerían”. Lo cual nos da la pauta de un Cuéllar moderno autor especializado en las artes de la escritura. Muchos de los temas que trató en su primera etapa periodística, fueron abordados después en su faceta de novelista, “en las crónicas había capullos de novelas”.⁴⁰

La crítica literaria en general señala en Facundo su destreza para describir el medio ambiente en que vivieron nuestras diversas clases sociales, así como su facilidad de escritura, de modo que pareciera que lo hace con el mismo ritmo con que van brotando las ideas de su mente —fatal espejismo— creer que es enteramente natural la actividad literaria, con ser la más artificiosa y difícil que existe.⁴¹

La materia prima de las narraciones cuellarianas procedió siempre de su realidad más cercana y tangible, la del México del último tercio del siglo XIX, a la que el autor supo dar forma y tono apropiados según su intención. Facundo señaló una y otra vez los problemas cuya urgente solución mejoraría las condiciones de vida en general; ofreció, además —trasfondo positivista—, una propuesta: la educación como medio cuyo fin último sería el progreso en la civilización y la humanidad. En el breve espacio de sus

³⁹ J. T. Cuéllar, *Los mariditos*, pp. 225-226. Las cursivas son mías.

⁴⁰ Luis G. Urbina, *apud* por Julio Torri, en “Prólogo” a *Crónicas*, p. XI.

⁴¹ Cf. J. Torri, *op. cit.*, p. XVIII.

colaboraciones, procuró “tocar una a una todas las cuestiones sociales, con las observaciones, comentarios, sugerencias e ideas más adecuadas a cada asunto”.⁴²

A profundidad, sólo dos trabajos han abordado la faceta periodística de Facundo: *El escritor en la República Restaurada*, de Ana Laura Zavala, muestra al Cuéllar de filiación más política. Los textos publicados en *El Correo de México* resultaron ser el semillero de ideas, posiciones y actitudes que afianzaron el proyecto literario cuéllariano; mientras que el Facundo de *La Ilustración Potosina* que presenta Belem Clark es, aparte del consabido costumbrista, el ciudadano comprometido con su momento histórico y con su oficio de escritor, que denunció su realidad inmediata; miembro indudable de las mentes de transición de la República al Porfiriato (en lo político), y de transición a la modernidad (en lo ideológico).

Facundo fue un hombre de transición entre los escritores de su generación, mientras algunos seguían casados con ciertas formas de escritura, él desde sus primeras incursiones en el mundo de las letras se presentó como un escritor moderno por escribir en publicaciones periódicas, por los temas que abordó y por la dinamicidad y el eclecticismo de sus piezas. Sin duda, el permanecer diez años en Estados Unidos afianzó la modernidad que marcó su vida y obra; a su regreso comentó “Al ver que se habían olvidado de mí, regresé a México. ¡En el extranjero le atrae a uno el cochambre nacional!”.⁴³ Pero ese mismo cochambre le irrita los ojos. Tal vez José Tomás de Cuéllar percibe al México de su tiempo bajo una visión huguiana de la belleza, de no ser así uno no comprendería con una mirada actual por qué volver al cochambre después de haber conocido la belleza de la modernidad material.⁴⁴

⁴² Facundo, “El ahorro y la economía”, *Vistazos*, p. 126, *apud* B. Clark de Lara, “La palabra periodística a la luz de la modernidad”, en B. C. L. y A. L. Zavala Díaz (eds.) *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, p. 157.

⁴³ A. Pola, *op. cit.*, p. 731.

⁴⁴ Para Víctor Hugo, “La musa moderna verá las cosas con mirada más elevada y más amplia. Se dará cuenta de que, en la creación, no todo es humanamente ‘bello’, que la fealdad existe al lado de la belleza, lo deforme junto a lo gracioso, lo grotesco en el reverso de lo sublime, el mal con el bien, la sombra con la luz. Se preguntará si la razón estrecha y relativa del artista debe tener causa ganada ante la razón infinita y absoluta del creador; si compete al hombre rectificar a Dios; si una naturaleza mutilada será más bella; si el arte tiene derecho a desdoblarse, por así decir, al hombre, la vida, la creación; si cada cosa marchará mejor cuando se le haya quitado un músculo y su resorte: si, en fin, el medio para ser armonioso es ser incompleto (Víctor Hugo, “Prefacio” a *Cromwell*, pp. 6-7).

Mientras que en sus colaboraciones de *El Correo de México* los temas de Facundo fueron políticos y cargados de una franca ideología de oposición, utilizando la burla para atacar la polémica figura de Benito Juárez, varios años después, siendo parte de *La Libertad*, Cuéllar buscó acortar las distancias entre el mundo moderno que conoció y asimiló en Estados Unidos, frente al premoderno e incongruente que siempre existió en México. Por ello hizo constantemente alusiones comparativas entre el “aquí y ahora” mexicano y el “allá y ahora” americano. Perfeccionó la fórmula que utilizara desde sus primeras piezas periodísticas, incluyó pequeñas historias, no se limitó a la simple censura o queja, por el contrario, fue constructivo puesto que, si en un principio cuestionó al Ejecutivo, también señaló las herramientas que ayudarían a éste para gobernar mejor; y en estos “Artículos ligeros...”, mucho más enfocado en los problemas cotidianos como el alumbrado o el remozamiento de las calles, también ofreció soluciones factibles que ayudaran a establecer un mayor orden en la Ciudad. Para ello utilizó una hibridación de textos a los que él mismo llama “artículos” y los tiñó de rasgos costumbristas; pero, siendo éste un movimiento con más un siglo de existencia, ¿qué elementos del Costumbrismo tomó Facundo para lograr sus objetivos?

COSTUMBRISMO

“Costumbrismo” es un término crítico que surgió en España a para delimitar una forma artística, que comenzó en el siglo XVIII, principalmente en literatura, pero que también se manifestó en la pintura y el dibujo; nació como parte de la nueva concepción de la mimesis literaria que se venía forjando desde el siglo XVIII:

El principio fundamental de la poética clásica consistente en la imitación de la Naturaleza concebida como idea abstracta y universal, no determinada circunstancialmente ni por el tiempo ni por el espacio, [fue] sustituido por una concepción moderna, burguesa, de la estética según la cual lo local y circunstancial construir[ía] el objeto de la imitación artística. Es el principio fundamental de la mimesis costumbrista, la consideración de la naturaleza humana modificada por las costumbres locales, por la sociedad, en un momento histórico determinado.¹

Las manifestaciones costumbristas adoptaron principalmente la prosa, generalmente de breve extensión, en textos conocidos como cuadros o artículos de costumbres, insertos en secciones del periódico; aunque en México también se desarrolló ampliamente en la novela realista nacional, cuya característica consistía en homologar los universos novelesco y social para así reflejar en la obra correspondencias del ámbito nacional.² El nuevo objeto de estudio era la sociedad: “la sociedad, en fin, bajo todas sus fases, con la posible exactitud y variado colorido”.³

¹ José Escobar, “La crítica del costumbrismo en el siglo XIX”, en *Ínsula*, núm. 637, 2000, p. 7.

² Cf. Juan Ignacio Ferreras, “Novela y costumbrismo”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1970, p. 345.

³ Ramón Mesonero Romanos, *Panorama matritense*, apud José Escobar, “Literatura de «lo que pasa entre nosotros». La modernidad del costumbrismo”, en línea (<http://213.0.4.19/servlet/SirveObras/12811634315607162543213/p0001.htm#I0>) (19 de enero, 2011), pant. 3.

El origen del costumbrismo no es claro; algunos lo sitúan en Inglaterra y Francia, mientras que otros afirman que surgió en España.⁴ Margarita Ucelay señala que

la pintura literaria de las costumbres y los detalles de la vida diaria, hecha en forma novelesca, con personajes y acción, tiene una larga tradición en España, casi desde los comienzos de la expresión literaria en lengua castellana. El Realismo de nuestra literatura, su tradición moralista y satírica —que ya arranca de Séneca y Marcial—, el sentido pictórico y el gusto por la reproducción de la realidad inmediata, son indicaciones de que el Costumbrismo cuadraba perfectamente con el carácter estético nacional.⁵

Si bien se pueden encontrar rasgos costumbristas desde los textos griegos, por ejemplo con las sátiras de Horacio, en las que se reprenden los malos hábitos y los vicios de sus contemporáneos, con el fin de corregirlos, no se puede hablar del Costumbrismo en términos tan amplios pues convertiríamos el de por sí extenso *corpus* costumbrista en uno inabarcable e inestudiable. Si por Costumbrismo se entiende descripción, directa o incluso paródica, de los hábitos y caracteres sociales, costumbrista sería la literatura desde sus más remotos orígenes. Si lo entendemos como parte de un proyecto de restauración nos referimos a la cultura ilustrada de los siglos XVIII-XIX.⁶

Efectivamente, se puede encontrar descripción de costumbres en muchas obras previas y posteriores a la época señalada, pero el propósito de éstas no era el dar a conocer las costumbres ni mucho menos reformarlas, simplemente se plantearon como estrategias discursivas secundarias, que no pretendían más que contextualizar el desarrollo de su narración.

Otra de las complicaciones para delimitar qué obras son o no costumbristas, proviene de la ausencia de un manifiesto o guía que orientara a los autores que pretendieron escribir dentro del movimiento. Por ello hay diversidad y confusión en la circunscripción de textos y autores costumbristas. Hasta entrado el siglo XX, las diversas

⁴ Cf. Mariano José de Larra, *Obras*, apud. José Escobar, “Literatura de «lo que pasa entre nosotros»...”, *op. cit.*, pant. 4 y R. Mesonero Romanos, *Panorama matritense*, p. 13, apud José F. Montesinos, *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, p. 13.

⁵ Margarita Ucelay da Cal, *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844). Estudio de un género costumbrista*, p. 22.

⁶ Cf. Jorge Ruedas de la Serna, “Prólogo” a Manuel Payno, *Obras completas IV. Costumbres mexicanas*, p. 12.

vanguardias literarias fabricaron expresamente sus propios manifiestos, lo cual ayudó tanto a los escritores como a los críticos a determinar qué publicaciones y autores pertenecían a tal o cual corriente literaria. Por esta razón, los movimientos literarios previos, como el Romanticismo o el Realismo, están abiertos a recibir cualquier escrito que más o menos se apegue a ciertas características comunes. Si bien es cierto que algunos textos, por ejemplo el multicitado prefacio que Víctor Hugo hizo a su obra *Cromwell*, pueden ser tomados como guías para delimitar las características de algunos movimientos (el Romanticismo en el caso huguiano), me resulta difícil pensar que los autores tuvieran esa intención al publicar sus prólogos. No eran, como tales, instructivos que se debían seguir, sino que cada autor tomaba de aquellas ideas, lo que mejor se acomodara a su obra.

En cuanto a los géneros en los que se puede manifestar el Costumbrismo, Juan Ignacio Ferreras, expuso la dificultad para una delimitación, puesto que al Costumbrismo se le puede encontrar en todas partes:

Las obras que integran esta corriente literaria, llamada Costumbrismo, no solamente son demasiado numerosas para ser susceptibles de una totalización o catalogación, sino que además no presentan, en principio, ninguna uniformidad en cuanto a la forma: haciendo así poco menos que imposible su totalización o catalogación; desde el artículo a la narración, desde el cuento a la llamada “novela de costumbres” desde el cuadro al tipo, desde el verso a la prosa, etcétera, todo parece posible en el Costumbrismo.⁷

Y con respecto a los temas característicos del Costumbrismo y la forma en que éstos se pueden ampliar, plegar o mezclar con otros, Evaristo Correa añade:

Se entrelaza con la divagación histórica, necesaria en muchos casos para la comprensión de lo expuesto. [...] Suele producirse la aleación del Costumbrismo con la geografía humana, la historia interna, la descripción etnográfica. [...] Por veces toma la forma de memorias [...], abundante en datos y sugerencias, de viajes, de peregrinaciones.

Y, en fin, el Costumbrismo suele confundirse en ocasiones con la pura exaltación lírica. [...] Incluso puede darse la mezcolanza del Costumbrismo con estudios de tipo social o de derecho consuetudinario.

⁷ J. I. Ferreras, *op. cit.*, p. 347.

*El artículo de costumbres es, por tanto, un concepto casi inaprehensible e imponderable, del cual apenas podría darse una justa definición, de no establecer previamente un diagnóstico diferencial procediendo por eliminación.*⁸

Al igual que con su origen, son diversos los acercamientos que pretenden delimitar esta corriente por medio de sus características. No hay un listado de rasgos que deba poseer un texto para ser costumbrista, éstos son aportados por todos los críticos del tema (no siempre por los autores), algunas coinciden, otras no. Todos concuerdan en que un texto costumbrista describe situaciones cercanas a la realidad, sucesos cotidianos, costumbres. Elementos plenamente modernos, puesto que ya no se plasmarán el mundo y el tiempo abstractos y universales, sino lo cercano y cotidiano en tiempo y lugar.

El cuadro de costumbres nació íntimamente ligado a la vida urbana y a los cambios que se observan en ella, centró su atención en la ciudad y su entorno, particularmente en los cambios que ésta sufrió y/o en las costumbres autóctonas que se querían resaltar para que perduraran. Difícilmente un escritor ciudadano escribe acerca de la vida rural y sus respectivos vicios y cambios. La ciudad es la gran protagonista. Para Mesonero Romanos

los cuadros de costumbres *deberán ser verdaderos, sencillos*, ni ostentosos ni pedantes, y, finalmente *deberán agradar al lector*, no por “el punzante aguijón de la sátira”, sino por “el festivo lenguaje de la crítica”. Para surtir el efecto deseado, el escritor de costumbres deberá tener cuidado de no ofender a persona alguna de manera directa. “Nadie podrá quejarse de ser objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto no retrato”.⁹

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

Bajo el título de artículos o cuadros de costumbres, su aparición está más bien ligada a papeles volantes, folletines y periódicos, espacios modernos e idóneos para admitir textos de breve extensión. La amenidad, los temas de actualidad y la conexión con lo cotidiano obedecen “con bastante exactitud a los requerimientos de las publicaciones

⁸ Evaristo Correa Calderón, *Costumbristas españoles*, p. LX. Las cursivas son mías.

⁹ R. Mesonero Romanos, “Las costumbres de Madrid”, p. 7, *apud* J. Ruedas de la Serna, *op. cit.*, p. 13. Las cursivas son mías.

periódicas, hasta el punto que bien pudiera decirse que sin periodismo, el Costumbrismo no habría tenido razón de ser”.¹⁰

El cuadro de costumbres tampoco está ajeno a la polémica de los críticos, para Juan Ignacio Ferreras, por ejemplo, este tipo de textos no admite tiempo ni espacio, puesto que de hacerlo se contextualizaría de más y perdería su carácter descriptivo objetivo;¹¹ mientras que para Joaquín Álvarez Barrientos el cuadro de costumbres no presenta al individuo en abstracto, sino al hombre en constante cambio, marcado por sus intereses de cada momento y por las coordenadas espacio-temporales de la circunstancia y del lugar en que vive.¹²

Si se asumiera que en los cuadros de costumbres están ajenos el espacio y el tiempo, no cabría la explicación que da Montesinos acerca del objetivo de su obra: “Dar fe de un cambio, de una revolución, de una evolución que ha transformado la faz de todo el país o de alguno de sus rincones pintorescos, y desahogar, entregándose al recuerdo, a la nostalgia de todo lo desaparecido y olvidado”.¹³

Dado que cada autor tiene su propio estilo, método y finalidad, algunos llegan incluso a mostrar una real cercanía con otras manifestaciones escritas, como el ensayo o el cuento, dependiendo de su calidad literaria, en una muestra más de la modernidad de este género; y viceversa, pueden encontrarse elementos costumbristas en algunos cuentos decimonónicos, como se puede ver en muchas novelas de la época; en esa medida se puede hablar de la incorporación de ciertas formas discursivas propias del cuadro o el artículo de costumbres, pero en el momento en que se integran en un cuento, éstas adquieren un papel distinto dentro de la poética del género.¹⁴

De ahí, la atinada afirmación de Ferreras “Todo parece posible en el Costumbrismo”¹⁵

¹⁰ Antonio Cornejo Polar, “La literatura hispanoamericana del siglo XIX: continuidad y ruptura (Hipótesis a partir del caso andino)” p. 14, *apud* Bladimir Ruiz, “La ciudad letrada y la creación de la cultura nacional: costumbrismo, prensa y nación”, en F. Menchacatorre (ed.), *Ensayos de literatura europea e hispanoamericana*, p. 77.

¹¹ J. I. Ferreras, *op. cit.*, p. 360.

¹² Joaquín Álvarez Barrientos, “Acreditar el costumbrismo”, en *Ínsula*, núm. 637, p. 4.

¹³ José F. Montesinos, “Mesonero Romanos: los límites del costumbrismo”, *apud* B. Clark de Lara y A. L. Zavala, “Prólogo” a *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, p. 22.

¹⁴ *Vid.* Martha Elena Murguía Zaratain, “El cuento y otras formas discursivas en Hispanoamérica”, en *Elementos de poética histórica. El cuento Hispanoamericana*, p. 153.

¹⁵ J. I. Ferreras, *op. cit.*, p. 347.

ESCENAS Y TIPOS

Cuando el Costumbrismo se afianzó dentro de la literatura hispana, es decir, después de 1840, se distinguieron dos modalidades dentro de los cuadros de costumbres: el de las “escenas” y el de los “tipos”. Esta última forma se desarrolló con posterioridad a la primera, y emergió de ella como una especialización.

En un principio, los cuadros de costumbres presentaban escenas, y en ellas incluían algunos tipos sociales más bien generales y circunstanciales, con los cuales desarrollaban y apuntalaban su observación o crítica, pero prontamente, estos tipos tomaron fuerza, se fueron afinando y delimitando, para finalmente predominar en este tipo de piezas, dejando en segundo término las escenas. Los tipos urbanos fueron más descritos que los rurales. Ramón Mesonero Romanos argumentó la creación de su *Panorama matritense* ante la ausencia de una novela española moderna, pero su obra, al igual que muchas otras obras que compendaban descripciones de tipos, no pretendía ser la narrativa que España estaba esperando, era sólo un conjunto de descripciones “carente (viéndolos como unidad) de la continuidad propia de este género y del discurso histórico”.¹⁶ Pretendía rescatar lo perdido de las tradiciones españolas, no ser el génesis de la novelística española.

Al referirnos a “tipo” nos apegamos a la definición que nos da José F. Montesinos: “Un tipo es un individuo de la sociedad que representa una clase a la cual convienen costumbres propias que de ningún modo pertenecen a otra alguna. También el término tipo engloba a una profesión, una ideología y ciertas características físicas de indumentaria y de hábitos”.¹⁷

En España, desde los primeros escritos costumbristas que se tienen registrados, se presenta con el fin de poner sobre aviso acerca de los “peligros” que se corrían al llegar a la corte “una rica y variada colección de tipos pintorescos, tracistas, capigorriones,

¹⁶ Anibal González, “Arqueologías: Orígenes de la crónica modernista”, en *La crónica modernista hispanoamericana*, p. 68.

¹⁷ José F. Montesinos, *apud* Esther Martínez Luna, “Costumbrismo ilustrado en el *Diario de México*: Antecedentes en México de los cuadros de costumbres”, en José Quiñones Melgoza (ed.), *Tres siglos. Memoria del primer coloquio “Letras de la Nueva España”*, p. 131.

pegadillos, fulleros, arbitristas, busconas, viudas fingidas, inventores de oficios extravagantes, rufianes y aventureros de toda especie, colección que tiene el valor histórico y social de una galería de retratos”.¹⁸ Algunos de los tipos y escenas más descritos en España fueron: El galán, la dama, el enamorado, el adúltero, el celoso, el enamorado que quiere a todas, el hipócrita, el cortesano, el dormilón, el tahúr o jugador de naipes, el poeta, el calvo que trae cabellera, el glotón que come al uso, el pretendiente en la corte, el agente de negocios, el vengativo, el cazador, el avariento, el linajudo, el lucido del día de Corpus. Y en cuanto a las escenas, la comedia, el paseo común, la casa de juego, el estrado de damas, el jardín, los libros y su lectura, Santiago el verde en Madrid y el paseo del Sotillo, el trapillo, el juego de la pelota, el juego de las damas, el domingo de Carnestolendas, la merienda.¹⁹

Desde un punto de vista ideológico, el primer Costumbrismo fue ejercido desde una conciencia aristocratizante que mira desde afuera —asépticamente escandalizada— la barbarie.²⁰ A partir de la segunda etapa se habla de una “nacionalización del género” que se concentró en su entorno inmediato, ya no se abordó el tema como algo externo, sino que los problemas fueron cercanos y cotidianos y se buscó la construcción de una identidad nacional.

Desafortunadamente, la crítica ha creado una mala imagen del Costumbrismo: decir que algo es costumbrista es calificarlo de ligero.²¹ Es probable que quienes afirman lo anterior desconozcan las distintas vetas del cuadro de costumbres, dando preferencia a la simplemente descriptiva.

MODALIDADES DEL CUADRO DE COSTUMBRES

Una vez expuestas las diversas opiniones acerca del origen del Costumbrismo, se delimitarán las cuatro grandes modalidades del cuadro de costumbres.

¹⁸ E. Correa Calderón, *op. cit.*, p. XIV.

¹⁹ Cf. M. Ucelay da Cal, *op. cit.*, en notas, p. 25.

²⁰ Cf. Alba Lía Barrios, *Primer Costumbrismo venezolano*, apud Bladimir Ruiz, *op. cit.*, p. 81.

²¹ J. Álvarez Barrientos, *op. cit.*, p. 4.

En cuanto a la tendencia de su contenido presentan un carácter variable: ya es satírico o didáctico, con propósito de reforma de la moral o la sociedad; ya pintoresquista o humorístico, o realista descriptivo, sin preocupación ulterior alguna fuera del puro entretenimiento. En su fondo y en su forma representan una fusión feliz del ensayo y el cuento.²²

En general, se puede considerar costumbrista cualquier texto escrito entre los siglos XVIII y XIX, en el que aparezcan de manera predominante tipos y costumbres sociales propios de su época. Sin embargo, teniendo en cuenta lo anterior, propongo las siguientes cuatro modalidades, aunque de antemano acepto que no son tajantes y que en un solo cuadro o artículo se pueden encontrar varias modalidades:

Cuadro de costumbres descriptivo

En este tipo de cuadros se representa el entorno tal como se ve, sin ningún afán más allá del de dar a conocer un tipo, una costumbre o una tradición. Son textos que cumplen una función especular que refleja la realidad. Haciendo una similitud superficial, esta modalidad se asemejaría a las estampas que muestra la galería de personajes del tradicional juego de Lotería mexicana, en la que aparecen, por ejemplo, “el borracho”, “el valiente”, “el catrín”, tal como son, sin ninguna intención por parte del ilustrador de mejorarlos ni de perjudicarlos.

Para Carlos Monsiváis, Evaristo Correa, Margarita Ucelay y José Escobar, en un cuadro de costumbres se seleccionan las estampas que mejor muestren el calor hogareño, la riqueza de lo pintoresco, el recuento de los viajes; se prescinde de la acción, limitándose a pintar un pequeño cuadro colorista con escenas incidentes, en el que se refleja con elegancia y soltura el modo de vida contemporáneo, una costumbre popular o un tipo genérico representativo; se transcriben las formas de hablar y los modos de actuar con la esperanza de plasmar “aspectos circunstanciales de la realidad ordinaria” desatendidos por otras disciplinas; se ocupa de lo cotidiano.²³ Este tipo de

²² M. Ucelay da Cal, *op. cit.*, pp. 16-17.

²³ Cf. Carlos Monsiváis, “Prólogo” a *A ustedes les consta*, p. 25; E. Correa Calderón, *op. cit.*, p. XI; M. Ucelay da Cal, *op. cit.* pp. 16-17; J. Escobar Arronis, “Costumbrismo entre romanticismo y realismo”, p. 22, *apud* B. Clark de Lara y A. L. Závala, *op. cit.*, p. 20.

textos serviría para crear un imaginario colectivo, para dar forma a la nueva nación, española o mexicana en su caso.

Cuadro de costumbres moralista

En este caso específico, al referirnos a moralismo, lo tomamos en un aspecto meramente religioso e incluimos en él los cuadros que explícitamente pretenden cambiar nuestros actos a favor de los que la imperante religión católica imponía. Juan Ignacio Ferreras afirma que en algunos autores hay una tendencia moralizadora debido a su incapacidad por reproducir literariamente las relaciones sociales que nos empujan a lo incorrecto, y que esto es lo que los orilla al sermón y la moraleja;²⁴ asimismo, en cuanto a la tendencia moralizante del Costumbrismo, secunda a Montesinos cuando señala la imposibilidad, a partir de esta posición moralista, de tratar verdaderos problemas, es decir, de tratar realmente los problemas.²⁵ Con descripción y regaños moralizantes no se llega al fondo de los problemas sino con análisis.

Margarita Ucelay nos presenta dos ejemplos, el de Juan Zabaleta

Cierto es que las largas digresiones moralizadoras, sirven al propósito didáctico religioso que informa esta obra, hacen a menudo enfadosa la lectura —Zabaleta trata de mostrarnos en qué gastan su día los que debían ocuparlo en cumplir los preceptos de la Iglesia. Sin embargo, esta premiosidad queda más que compensada, por la representación documental que le debemos, de la vida social española de la época.²⁶

y el de Francisco Santos

El propósito didáctico y moralizador ahoga la narración, y la exageración deforma la realidad observada; pero a pesar de eso, recibimos una impresión de las costumbres de la Corte, que no carece de vivacidad descriptiva. Si bien, con gran frecuencia, el lector se ve obligado a entresacar estas calidades, de los oscuros giros y complicaciones culteranas del estilo.²⁷

Para Ucelay, los tipos y las escenas procedentes de la tradición picaresca, vienen impregnados en su propósito del carácter teológico y ejemplarizante de ésta. Su

²⁴ Cf. J. I. Ferreras, *op. cit.*, p. 356.

²⁵ *Ibid.*, p. 355.

²⁶ M. Ucelay da Cal, *op. cit.*, p. 26

²⁷ *Ibidem*, 27.

preocupación no es tanto la conducta social, como el significado moral de ella. La corrección va dirigida contra la transgresión de leyes divinas, más que de principios ético-sociales.

Cuadro de costumbres idealista

Poco atendida por la crítica, en esta modalidad no se escribe acerca de la sociedad real, cercana y cotidiana, como ocurre en la modalidad *descriptiva*, más bien los autores muestran la ciudad que quisieran ver, en la que quisieran vivir; una ciudad ideal, utópica, imaginaria que aspira a que el lector cambie sus acciones por aquellas que lee, puesto que en el texto, estas acciones llevan a la ciudad descrita, a un mejor puerto que el que se percibe en la realidad. Se critica a la sociedad moderadamente desde una posición utópica.

No sólo [se] limita a copiar lo que del pasado quedaba frente al embate de lo moderno, que también era digno de ser copiado. Tal imitación no hubiera superado el nivel más elemental de una composición pictórica, esa que imita la realidad tal cual es. [...] El gran escritor, en cambio, recreaba no la realidad tal cual era, sino, por oposición, aquella que hubiese querido que fuera. En otras palabras, era un inventor de la realidad, desde cuya visión ideal, o utópica, hacía la crítica de la sociedad de su tiempo, con la que estaba permanentemente inconforme. Su crítica no era, sin embargo, la crítica demoledora de quien aspira a una transformación radical de la sociedad porque siente que en las condiciones prevaecientes no hay redención para el ser humano, sino que cree todavía posible restaurar los valores en los que idealmente se cimenta la sociedad de su tiempo.²⁸

Cuadro de costumbres crítico

Como bien indica su nombre, esta modalidad del Costumbrismo no describe, no idealiza, no nos guía hacia la religión, sino que critica con fundamentos sociales, pragmáticos, no divinos, buscando que el lector modifique su conducta al ser reprendido de alguna manera por la pluma del autor. Queda atrás la tendencia moralizadora-religiosa; gracias al movimiento ilustrado, los hombres que desarrollaron este tipo de cuadros pasaron de lo teológico a lo filosófico, económico, político y social. La tendencia moderna indica que no es misión del novelista predicar, sino mostrar,²⁹ pero

²⁸ J. Ruedas de la Serna, *op. cit.*, p. 11.

²⁹ Anthony Burgess, "Prólogo" a *La naranja mecánica*, pant. 6.

ese “mostrar” tiene varias aristas en las que cabe la crítica. Ésta puede ser directa, moderada o sugerida, pero en cualquiera de estas tres se busca el mismo objetivo. Los escritores de los siglos XVIII y XIX pretenden reformarlo y mejorarlo todo, incluso las costumbres, por ello se valen de cualquier método para lograrlo, señalando airada y directamente el problema, otras valiéndose de la ironía, contra las novedades y abusos, excesos y ridiculeces de su tiempo.

Cada autor se sirve de una fórmula didáctica apropiada para los fines que busca, por medio de su escritura y gracias a su poder generador, intenta cambiar las conductas indeseadas por prácticas más civilizadas.

Los estilos y temas son variados en razón del tiempo y la circunstancia que le toca vivir a cada autor, por ello todos los cuadros son únicos e irrepetibles, porque a pesar de tratar el mismo tema, cada autor lo aborda desde su propia experiencia. Además, los tipos que van mostrando tienden a cambiar con el transcurso de los años, recordemos que esta corriente comienza en el siglo XVIII y culmina en el XIX, por lo tanto los tipos que describe también están en constante cambio, marcados por sus propias circunstancias espacio-temporales.

Diego de Torres Villarroel, en *Sueños morales*, siguiendo esta línea, afirma “Yo escribo como Dios manda, contra lo general de los vicios”.³⁰ Jorge Ruedas de la Serna al respecto señala que los seguidores de esta modalidad

quieren preservar los valores históricos de la ciudad, sus monumentos, sus fastos, su identidad, pero al mismo tiempo, quieren transformarla, civilizarla, apagar las manifestaciones de primitivismo o de incivilidad, de mal gusto, de retraso, de desaseo, de insalubridad, por eso el cuadro de costumbres es ambivalente, pasa de la pintura y recreación de las costumbres y los caracteres nacionales, tipos, trajes, oficios populares de utilidad pública, celebraciones cívicas, religiosas y familiares, a la exhibición punitiva de los vicios y malos hábitos de la población, que son los culpables del atraso y desprestigio del país: la negligencia, la pereza, la simulación, la informalidad, el oportunismo, el desengaño, el pesimismo, la hipocresía, la vanidad.³¹

³⁰ Diego Torres Villarroel, *apud* E. Correa Calderón, *op. cit.*, p. XVI.

³¹ J. Ruedas de la Serna, *op. cit.* pp. 15-16.

Si a los lectores de entonces podía divertirles ver plasmado en las páginas de su libro o periódico un problema de la vida que los rodeaba, era necesario mostrarles al mismo tiempo lo que tenían de reprobable e incivilizado los peligros que acarrearía el dejarse llevar por las redes del vicio. Esta alternativa al mismo tiempo que mostraba las lacras pretendía cauterizarlas con la enseñanza ética.³²

Para lograr el fin deseado, los lectores tendrán que ser capaces de reconocerse en el texto y así corregir su comportamiento en la realidad, se les “exigía ‘estetizarse’, partiendo de la idea de que la estética era ‘la corrección de las líneas de la Naturaleza bajo el principio de la belleza ideal’, [en este caso], de la ‘sociabilidad’ ideal”.³³ Se establece una relación entre autor y lector porque hay una búsqueda de lo humano. También se da lugar a que la crítica sea un elemento de conversación. Debido a esto, los cuadros costumbristas críticos tienden más al ensayo ideológico o didáctico que a la narración moralizadora y ejemplar.

EL COSTUMBRISMO EN MÉXICO

Las diversas corrientes literarias que comenzaron en Europa, más tarde llegaron a América, sólo que, mientras allá sucedían y antecedían a otras, acá se consumieron y produjeron de forma simultánea, sin una tajante división temporal entre una y otra. Ésta es una de las características de la escritura hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XIX: el eclecticismo.

Con respecto al Costumbrismo, los españoles buscaban tipos que los definieran y caracterizaran con respecto de los demás países de Europa. En México lo que se buscaba era definir al mexicano, “describirse es ir existiendo”,³⁴ ya no se destacó al indígena, ni mucho menos al criollo, sino al mexicano mestizo, al que no se sentía español ni azteca, sino mexicano.

³² E. Correa Calderón, *op. cit.*, p. XIV.

³³ Ana Laura Zavala Díaz, “Re-vestir el cuerpo de la patria: apuntes sobre la indumentaria en la obra de José T. de Cuéllar”, en Belem Clark de Lara y A. L. Z. D. (eds.), *José Tomás de Cuéllar. Tradición y modernidad*, p. 99.

³⁴ C. Monsiváis, *op. cit.*, p. 24.

Debido a que previamente a la Independencia de México las novedades literarias llegaban prácticamente a escondidas, no hay en los críticos que han tratado el Costumbrismo mexicano una claridad con respecto al iniciador o a los iniciadores de este género en México. Sobre todo porque se ha buscado al autor que esté a la altura de los grandes escritores españoles, sin tener en cuenta que de este lado del Atlántico también se necesitó de un proceso de aprendizaje y de adaptación del género costumbrista. Por ello algunos ven a José Tomás de Cuéllar como el punto más alto en el Costumbrismo mexicano, mientras que otros señalan que Guillermo Prieto fue quien logró retratar con precisión al mexicano de su tiempo; sin embargo, ya en los primeros escritos postindependentistas de José Joaquín Fernández de Lizardi podemos encontrar descripciones costumbristas que buscaban el objetivo antes mencionado.

Incluso Esther Martínez Luna señala que si revisamos el *Diario de México* (1805-1817), uno de los primeros periódicos diarios decimonónicos, encontraremos piezas que bien podrían ser consideradas como antecedentes de los artículos y cuadros de costumbres propiamente; en sus páginas existió incluso una sección llamada “Costumbres”, en la que se pueden leer este tipo de piezas con resabios característicos del Costumbrismo español de la segunda mitad del siglo XVIII. Los temas eran normalmente tratados con un claro interés de divulgación, y eran expuestos de forma breve, amena, con un lenguaje sencillo. Se enfocaron en tipos populares de los estratos bajos como los jugadores, los holgazanes y los avaros.³⁵

Hacia 1841, en un artículo de *El Semanario de las Señoritas Mejicanas*, se informó que los cuadros de costumbres que se publicarían en sus páginas tendrían por objeto pintar en vivo las ridiculeces de los hombres o las preocupaciones de las mujeres.³⁶ Aunque para María Esther Pérez Salas Cantú, fue a partir de 1843, cuando se pudieron

³⁵ Cf. E. Martínez Luna, *op. cit.*, pp. 129-131.

³⁶ “Cuadros de costumbres. Diálogos entre una suscriptora y el editor” en *Semanario de las Señoritas Mejicanas*, t. III, 1842, pp. 240, 2421-245, *apud* Irma Lombardo, “Las tendencias en el artículo de costumbres”, *Revista Universidad de México*, núm. 596, p. 18.

observar ya los prototípicos cuadros costumbristas en los tomos segundo y tercero de *El Museo Mexicano*.³⁷

El proceso de aprendizaje que siguieron nuestros novelistas y poetas, fue el mismo que transitaron quienes participaron de los comienzos del periodismo mexicano: copiar y adaptar. Así tenemos artículos, pequeñas novelas o relatos muy parecidos a los que se estaban creando en Europa en aquellos momentos; “no resulta extraño encontrar entre nosotros cuadros de costumbres que emulaban los de sus epígonos aparecidos en periódicos como *El Correo de Madrid, Diario de Madrid, Correo de los Ciegos*”.³⁸ E igualmente, a raíz de la aparición de *Los españoles pintados por sí mismos* en 1843, en México apareció años después, *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854), siguiendo de cerca los tipos de *Los españoles*.

Son muy frecuentes las tipificaciones que están repetidas del original español como “El aguador”, “El cochero”, “El barbero”, “El sereno”, “La partera”, etc. También hay coincidencias entre los escasos representantes de la clase alta, como “El ministro”. Por otra parte, Los mexicanos incorporan tipos no presentes en el modelo, y tan comunes como “El abogado” que no aparece en España hasta colecciones posteriores. Aunque el número de categorías profesionales y psicológicas de índole general, es bastante elevado (está presente “La coqueta”, tipo obligado en todas estas obras [...]) las especies peculiarmente mexicanas tienen una representación substancial: “La chiera”, “El pulquero”, “La china”, “El rancho”, etc. Están en indudable mayoría los representantes de las capas bajas de la ciudad. Claro es que al tratar de buscar lo propio y privativo de la vida nacional, ha habido necesidad de traer a primera fila las clases populares, en las cuales las características de diferenciación autóctonas son mucho más acusadas que en las zonas superiores del vivir social.³⁹

Desde 1841 aparece ya como figura del Costumbrismo mexicano Guillermo Prieto con su columna “San Lunes de Fidel” en *El Siglo Diez y Nueve*, y a partir de entonces colabora en un buen número de publicaciones decimonónicas con series costumbristas. Para Jorge Ruedas de la Serna e Irma Lombardo los cuadros de Guillermo Prieto suelen ser amables y presentan el lado positivo de la Ciudad de México, narran la cotidianidad: sus fiestas civiles y religiosas, el colorido de todas las diversiones populares; logra

³⁷ Cf. [María] Esther Pérez Salas Cantú, “Primeros intentos por definir tipos mexicanos”, *apud* B. Clark de Lara, “Estudio preliminar” a J. T. de Cuéllar, *Historia de Chucho el ninfo*, p. LXIII.

³⁸ E. Martínez Luna, *op. cit.*, p. 130.

³⁹ M. Ucelay da Cal, *op. cit.*, pp. 197-198.

capturar hechos, palabras y hasta pensamientos de las distintas clases sociales. “Prieto, como Mesonero, es un memorialista, quiere registrar las tradiciones que empiezan a diluirse, salvar del olvido y de la demolición monumentos y casas, o casas que son ya monumentos, es ésta una de las caras del cronista”.⁴⁰ Por ello incita a los escritores de costumbres a no desfallecer, puesto que “sus cuadros algún día serán [...] como el tesoro guardado bajo la primera piedra de una columna”.⁴¹

Por momentos, Prieto adoptó un Costumbrismo crítico moderno que después sería la generalidad en los escritores posteriores, el de la crítica de los vicios en la ciudad para crear una mejor nación, “y con tal fin eligió temáticas referentes a los individuos y sus hábitos cotidianos, como el trabajo, la vestimenta, la comida, los ritos religiosos, las diversiones y paseos, los sentimientos y las emociones”.⁴²

Francisco Zarco, en 1851, pidió a los escritores “Enseñar sin pretensiones, corregir sin aire autoritario; dar reglas de moral y de sabiduría sin erigirse en legislador, era el grande, el sublime fin del apólogo, y éste es sin duda en nuestros días, el objeto de las composiciones que de él se derivan”.⁴³ Eran tiempos difíciles, México aún no podía dejar atrás los movimientos armados, lo cual impedía que los pocos letrados en esa sociedad convulsa tuvieran tiempo y claridad para formar una nación por medio de la escritura.

Los mexicanos, durante muchos años sólo vieron de Europa lo que España les quería mostrar, pero con la independencia cultural en poco tiempo notaron lo atrasados que estaban con respecto a muchos países; Francia comenzó a ser el ejemplo a seguir. Para acortar las distancias, se trató de educar a la sociedad por medio de las letras. Las funciones que regularmente habían recaído en la Iglesia, se llevaban ahora al contexto secular. “Se trataba, entonces, de restaurar las viejas costumbres, tales como el amor al trabajo, la honradez, la frugalidad, la educación, la modestia, el honor, la sinceridad, el

⁴⁰ J. Ruedas de la Serna, *op. cit.*, p. 17; y *cf.* Irma Lombardo, *op. cit.*, pp. 18-21.

⁴¹ Guillermo Prieto, “Literatura nacional”, *apud* por C. Monsiváis en *op. cit.*, p. 26.

⁴² I. Lombardo, *op. cit.*, p. 19.

⁴³ Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, en J. Ruedas de la Serna (comp.), *La misión del escritor*, p. 166

patriotismo. Sobre esas bases, que brinda fundamentalmente la educación, en poco tiempo la capital se pondría al nivel de las otras grandes capitales del mundo”.⁴⁴

Desde los diversos espacios en los que jugó, principalmente en sus colaboraciones periodísticas y en sus novelas, José Tomás de Cuéllar recreó el espacio mexicano, mostrando el repertorio de tipos y modos de vivir, pero al hacerlo sintió la necesidad de influir e incidir en sus lectores criticando sus costumbres cotidianas, pretendiendo con ello que éstos las modificaran a favor de las ideas progresistas que él proponía.

El Costumbrismo crítico que Cuéllar manifestó en sus colaboraciones periodísticas muestra los contrastes del progreso, expuso la disparidad entre la ideología imperante y las acciones cotidianas, casi siempre premodernas o antimodernas.

Debido a que no todos los ciudadanos de aquel entonces tenían acceso a la educación formal, Cuéllar dirigió su crítica a diversos estratos socioculturales:

al primero pertenecería una masa heterogénea, compuesta por la clase media baja y los llamados nuevos burgueses, los cuales, para no ser ridiculizados, tendrían que aprender a revestirse de la apariencia “correcta” de acuerdo con su nuevo estado. En el segundo, considero que hablaríamos de una clase más bien alta, que no sólo se divertiría con las defectuosas imitaciones que los demás hacían de ella, sino que comprendería cuánto afectaba a los otros estratos sus licenciosas costumbres: el ocio improductivo, el lujo excesivo y el incipiente consumismo.⁴⁵

Cuéllar deseaba civilizar a sus lectores, apelaba a crear en ellos la inclinación hacia el cambio, hacia la virtud, como dijera Platón muchos años antes en “La República o de lo justo”: “No se trata de conferirle facultad de ver, que ya tiene; [sólo que] su órgano está orientado en mala dirección, no mira adonde es debido, y eso es lo que hay que corregir”.⁴⁶ La modificación de las costumbres ayudará a crear al hombre positivo necesario para la República.

⁴⁴ J. Ruedas de la Serna, “Prólogo” a Manuel Payno, *Costumbres mexicanas*, p. 16.

⁴⁵ Ana Laura Zavala Díaz, *op. cit.*, pp. 99-100.

⁴⁶ Platón, “La República o de lo justo”, en *Diálogos*, p. 554. Y más adelante añade con respecto a la importancia de guiar los ojos de la gente: “Sobre poco más o menos, ocurre a las demás cualidades del alma lo que a las del cuerpo; cuando no han sido dadas por la Naturaleza, se adquieren mediante la educación y el cultivo. Mas por lo que hace a la facultad de saber, como quiera que es de naturaleza más divina, jamás pierde su virtud; únicamente pasa a ser útil o inútil, ventajosa o nociva, según la dirección que se le imprima. ¿No has observado aún hasta dónde llega la sagacidad de esos hombres y a quienes se da el nombre de pícaros redomados, y con qué penetración su mísera alma distingue todo aquello que le interesa? Su vista no es débil ni se halla turbada, sino que, como la obligan a que sirva de instrumento a

[Hay tanto en humanos como en animales] tendencias innatas que los inclinan hacia el bien, como hay otras que los impelen hacia el mal; que estas inclinaciones tienen sus órganos en la masa cerebral, y que el hombre no es por lo mismo un ser exclusivamente inclinado al mal, como lo habían supuesto los teólogos y metafísicos, sino que hay en él, como lo había establecido el buen sentido vulgar, inclinaciones benévolas que le son tan propias como las opuestas.⁴⁷

Curiosamente es Gabino Barreda quien, pareciera retomar en 1863 algunos conceptos platónicos, influido por las ideas positivistas, que ya para los años en que José Tomás de Cuéllar escribe los *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales* estaban en plenitud.

Para las últimas décadas del siglo XIX, el Costumbrismo ya no era un género de moda, sin embargo, algunos autores siguieron tomando algunos rasgos de este movimiento para incluirlos en sus piezas. Los “Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales” que escribió José T. de Cuéllar entre 1882 y 1884 son un ejemplo de ello, pero no encontraremos todas las modalidades del artículo de costumbres; una de ellas es la que destaca claramente, la del cuadro de costumbres crítico y en menor medida el cuadro de costumbres descriptivo.

su malicia, son tanto más perjudiciales cuanto más sutiles y clarividentes. [...] Si desde la infancia se hubiesen descuajado esas inclinaciones criminales que, como otros tantos pesos de plomo, arrastran al alma hacia los placeres sensuales y groseros y las fuerzan a que mire siempre a lo bajo; si, después de haberla librado de esos pesos, se hubiese orientado su mirada hacia la verdad, con la misma sagacidad la hubiera distinguido”, (*idem*).

⁴⁷ Gabino Barreda, “De la educación moral” (Publicado en *El Siglo XIX*, núm. 829, 3 de mayo de 1863), recogido en *Estudios*, p. 109.

“ARTÍCULOS LIGEROS SOBRE ASUNTOS TRASCENDENTALES”

En octubre de 1872, apenas dos años después de haber vuelto de San Luis Potosí, José Tomás de Cuéllar tomó el cargo político de secretario de la Legación de México en Washington, Estados Unidos, bajo los gobiernos de Sebastián Lerdo de Tejada en México, y de Ulysses S. Grant en Estados Unidos.

En su artículo “José Tomás de Cuéllar o de la irreverencia”, Manuel de Ezcurdia expuso las actividades de nuestro autor en Washington, su nombramiento, permisos para venir a México y su regreso en 1882, con Manuel González en el poder.¹

El verano de 1881, “excepcionalmente severo [, aunado a] la insalubridad de la estación, ha complicado [la salud de Cuéllar] con las emanaciones miasmáticas de las orillas del Potomac que han llegado a hacerse sentir de una manera alarmante” —son palabras de [Manuel María de] Zamacona al otorgar a Cuéllar licencia por enfermedad. Cuéllar padece erupciones en la piel; lo atestigua su médico, el doctor Garnett. Menos de un año más tarde, el 3 de junio de 1882, renuncia como secretario de Legación, también por motivos de salud tanto de él como de su esposa.²

Si, como se señaló arriba, nuestro autor practicaba la modernidad en su vida y obra antes de irse de México, es indudable que a su regreso en 1882 vino empapado de ella. En Estados Unidos vio, admiró, vivió y se contagió de la modernidad occidental. En los diez años que residió fuera de México tuvo poca actividad literaria, apenas unas cuantas colaboraciones en periódicos mexicanos y extranjeros. Su actividad diplomática no le permitió desenvolverse en la escritura, en cambio desarrolló su mente, abrió su

¹ Manuel de Ezcurdia, “José Tomás de Cuéllar o de la irreverencia”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, t. III, pp. 250-257.

² *Ibid.*, pp. 250-251.

panorama y le mostró la diferencia entre su experiencia de premodernidad mexicana contra la americana en indudables vías de modernidad.

Es en aquellos años, al volver de Estados Unidos, cuando escribe de 1882 a 1884, para el periódico *La Libertad*, la columna dominical de la que se ocupa este trabajo, “Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales”, en dos series, la primera de 1882 a 1883 y la segunda en 1884.

Es imposible pensar que no haya impactado su concepción de la sociedad y economía mexicanas el haber vivido tantos años fuera del país, así lo demuestra una carta escrita a Ignacio Manuel Altamirano, publicada en 1881 en el periódico *La República*:

Esa especie de retraimiento en que ha vivido México, respecto a las naciones cultas de la Tierra, ha hecho más honda, por decirlo así, la ausencia de los mexicanos que viajan; y ese modo de vivir, levanta una tumba a los muertos y otra a los ausentes. Pero la ley universal del progreso, surcando todos los mares y recorriendo la superficie de la Tierra, va estrechando las distancias que dividen a la familia humana, para poner sus grupos al habla, por diseminados que se encuentren. [...] / Nuestras preclaras ilustraciones, nuestros hombres de Estado, con el trofeo de nuestras conquistas políticas en la mano y sobre los escombros aún humeantes de nuestros azarosos setenta años, ven que México comienza a vivir con la vida de la moderna civilización, que sujeta a la ley del progreso del mundo, comienza hoy la vida de relación y comunidad de intereses con los demás pueblos de la Tierra, que al cerrar la escuela de sus penosos cursos preparatorios, debe emplear el tesoro de sus conocimientos, la fuerza de su experiencia y hasta el espíritu de su propia conservación, que en este caso es de la alta virtud el patriotismo, en hacerse solidaria de ese derecho divino del engrandecimiento universal, y siendo digna de él, procuren que el capital extranjero, agente insuperable del destino del mundo, derramando en nuestro suelo atónito, no produzca sino frutos óptimos de porvenir dichoso para nosotros mismos, no sea sino *la marcha regular del progreso propio*, no engendre sino el bienestar de nuestras mesas, no afirme sino la paz, y prenda de estabilidad y de confianza, cierre para siempre el sangriento camino de nuestros errores y abra las puertas del trabajo al pueblo inerme y las del provenir a nuestros hijos.³

Destaco estos párrafos porque a lo largo de las ochenta piezas que él mismo compila, los temas latentes son 1) La falta de progreso en México, contrario a lo que él creía: “La ley universal del progreso va estrechando las distancias que dividen a la familia humana, para poner sus grupos al habla, por diseminados que se encuentren”; y 2) la precaria recaudación de impuestos específicamente en la Ciudad de México.

³ José Tomás de Cuéllar, “Carta de Facundo / México”, en *La República*, 9 de febrero de 1881, apud M. Ezcurdia, *op. cit.*, p. 252. Las cursivas son mías.

José T. de Cuéllar estuvo diez años alejado de las políticas públicas mexicanas, lejos de los adelantos o atrasos de los regidores en la Ciudad de México. Tal vez, por un momento, creyó que de 1872 a 1882, México estaba progresando a la par de Estados Unidos estrechando la distancia con las grandes culturas europeas, y al volver, cayó en cuenta de su error.

En esta etapa, José Tomás de Cuéllar dividió, como hizo en casi toda su vida, su quehacer como escritor entre el literario y el periodístico. Como él, otros autores coincidieron en que la novelística no estaba funcionando óptimamente para los objetivos de educación en masa que años antes había fijado el grupo que lideraba Ignacio Manuel Altamirano; al ser un género literario extenso, la crítica, la opinión y las sugerencias casi siempre venían diluidas entre el fajo de páginas. La novela comenzó a ganar fuerza estética, mientras que el artículo y el ensayo se prestaban más a la argumentación. Desde luego, se siguieron publicando capítulos de novelas por entregas en secciones específicas del periódico, sin embargo fue allí cuando las piezas propiamente periodísticas retoman su importancia. Al ser un género breve, en sus páginas se pudieron hacer críticas y sugerencias directas, se leía la opinión real del autor, sin personajes ni artilugios de por medio. Si el objetivo era lograr un cambio, si se quería educar, este tipo de colaboraciones breves eran la mejor opción, publicar un documento acerca de la realidad en la vida social fue entonces para Cuéllar, como para otros contemporáneos suyos, la manera de denunciar el atraso y la rigidez imperante para poder exigir un cambio.

Por aquellos años (1882-1884) comenzaban a tomar fuerza las propuestas que poco tiempo después plasmaría en texto Manuel Gutiérrez Nájera, quien en “El cruzamiento en literatura” argumentaba que era preciso conocer lo propiamente mexicano, pero sin aislar ni rechazar otras culturas.⁴ “La literatura nacional era ya considerada como una faceta del devenir histórico literario que para fin de siglo, en camino de franca

⁴ Cf., Manuel Gutiérrez Nájera, “El cruzamiento en literatura”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *La construcción del modernismo*, p. 92.

evolución, buscaba un lugar para la literatura mexicana dentro de la universalidad cultural”.⁵

Como se señaló en el primer capítulo del presente trabajo, el Facundo que escribe los “Artículos ligeros” no es ya el de filiación política, en estas piezas no encontraremos ninguna crítica directa a los políticos de la época; se les señalará sí, por su desempeño en sus respectivos cargos públicos, lo que hagan y dejen de hacer profesionalmente, pero no se harán alusiones a sus virtudes o defectos personales. La mala experiencia que tuvo Cuéllar en el mandato de Benito Juárez fue determinante para cambiar el tono.⁶ Nuestro autor fijó su punto de observación en el quehacer de las clases media y baja de la Ciudad de México. Parece evidente que las desventuras y alegrías de los ciudadanos le resultaban amenas, a fin de cuentas el humor permitía ejercer el oficio como forma de exploración, crítica de costumbres y persuasión para modificarlas. Se trata de la diversión del desfiguro del retrato —siguiendo a Miguel Ángel Castro—, de la mueca en la fotografía instantánea, de una nueva versión de los mexicanos pintados por ellos mismos, que acepta la caricatura; es la constatación que encierra el valor de una escritura enfocada a la búsqueda amable del: “¿A poco no somos así?”.⁷ Con la salvedad de que incluye la clara intención de: “Así podríamos y deberíamos ser”. En estas colaboraciones, como en otras previas, Cuéllar manifestó la imperante ideología positivista, que no pretendía quedarse en un plano teórico, sino que siempre procuró impulsar la acción. Sólo actuando al respecto se podían conseguir el orden y progreso anhelados.

Ivan A. Schulman dice de José Martí algo que bien podría aplicarse también a otras cabezas cargadas de ideas de Europa y Norteamérica, como José Tomás de Cuéllar: “Lo que a los hombres de letras —léase lo que a Martí— les suele suceder es que su amor y

⁵ Belem Clark de Lara, “Prólogo” a J. T. Cuéllar, *José T. de Cuéllar*, p. 58.

⁶ Cf. Ana Laura Zavala Díaz, “1867”, en *El escritor en la República Restaurada: La presencia de José Tomás de Cuéllar en El Correo de México*, pp. 9-15.

⁷ Miguel Ángel Castro, “La gracia de los días: de Facundo a Tick-Tack”, en B.C. de Lara y A. L. Zavala Díaz, *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, p. 107.

hábito mental de lo relativamente perfecto, les produce el dolor de no hallarlo en todo”.⁸ Es el “cochambre nacional” al que se refiere Cuéllar en la entrevista de Ángel Pola.⁹

La recopilación que Cuéllar mismo hizo de su columna “Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales” del periódico *La Libertad* consta, como ya se mencionó, de ochenta textos, y corresponden a los tomos, IX, X, XXI y XXII, que con el nombre de *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales* forman parte de la colección La Linterna Mágica (2ª época). Exclusivamente estos tomos conformaron el *corpus* de análisis para el presente trabajo. Recalco lo anterior, puesto que hay dieciséis artículos que quedaron fuera de la compilación, tres de ellos fueron incluidos en el tomo XX de La Linterna..., que lleva el título de *Vistazos*, lo que nos da un total de noventa y seis artículos.¹⁰

Los artículos antologados prácticamente conservan el orden cronológico con el cual fueron publicados, en el tomo IX no se altera el orden de las piezas, mientras que en los otros tres tomos, los artículos que están desordenados no distan más de un mes del lugar en el que cronológicamente debían aparecer.

El tomo IX abarca las colaboraciones que salieron a la luz entre el 13 de septiembre de 1882 y el 30 de enero de 1883; consta de quince artículos. El tomo X corresponde a las publicaciones realizadas entre el 4 de febrero y el 15 de julio de 1883; incluye 23 artículos. El tomo XXI no comienza con la publicación inmediata con respecto al tomo X, su primer artículo debería estar fechado el 22 de julio de 1883, pero éste, titulado “La educación de la mujer y la prostitución” fue incluido en el tomo XX, *Vistazos*, y los artículos publicados entre el 29 de julio y el 11 de noviembre de 1883 no fueron incluidos en la selección de La Linterna Mágica, así que el tomo XXI corresponde a los textos realizados entre el 18 de noviembre de 1883 y el 16 de marzo de 1884; consta de 18 artículos. Finalmente, el tomo XXII no incluye el artículo del 23 de marzo “El último

⁸ Iván A. Schulman, *El proyecto inconcluso: La vigencia del modernismo*, p. 47.

⁹ Vid. Ángel Pola, “De visita, José T. de Cuéllar”, en B. Clark de Lara, *op. cit.*, p. 731.

¹⁰ Debo esta información a Belem Clark de Lara, procedente del Catálogo Cuéllar, *vid.* “Advertencia editorial” en *Obras* de José Tomás de Cuéllar, Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana).

riel”, así que está compuesto por textos que se dieron a conocer entre el 30 de marzo y el 14 de septiembre de 1884; consta de 24 textos.

La gran mayoría de estos artículos muestran la preocupación de José Tomás de Cuéllar por el penoso estado de atraso que tenía México con respecto a Estados Unidos, buscaba con estas piezas aportar alternativas para que su país progresara, para que el mexicano modificara sus conductas y se pusiera a la altura de la inevitable modernidad. El tono suele ser severo y sarcástico, y no es común que dé tregua, regularmente su crítica es frontal y directa. En este género más que en otros, quiere que le creamos a él, como ya se mencionó, no hay personajes de por medio, es su voz directamente la que nos llega; no desea que su libro por sí solo nos deje una honda huella, él desea dejárnosla.¹¹

Nada pues vamos a encontrar aquí de un costumbrismo amable y ameno, nostálgico, conformista, sentimental. No se trata tampoco de artículos de combate propiamente. Son la denuncia de un inconforme ser pensante, de un observador justiciero para el cual ciertos objetos de nuestro folklore, de nuestras tradicionales costumbres y celebraciones, pueden sintetizar o catalizar los más arraigados vicios o explicar los más comunes defectos del mexicano. [...] Pero su mayor preocupación la forman los vicios y las deficiencias gubernamentales: la educación, los servicios de sanidad, de alumbrado, de agua: la falta de decoro público y de responsabilidad administrativa, la falta de continuidad en proyectos. Y las lacras públicas, explotadores del pueblo: el agiotista, la casa de empeños, el dueño de garitos de juego.¹²

Lo que Cuéllar pretendía era “arreglar el mundo”,¹³ cuando menos el microcosmos que representaba la Ciudad de México. Él mismo mencionó en algunos de sus “Artículos ligeros” el propósito de éstos: Al “contemplar de cerca el desarrollo y adelanto de otras civilizaciones [...] me asalta el deseo de derribar la barrera que [nos] impide mezclar[nos] en el torrente de la civilización”.¹⁴ Para lograr derribar dicha barrera propuso cambios sustanciales en las actividades que para el mexicano eran cotidianas e intrascendentes y que no le representan ningún problema, pero que para la óptica moderna de Cuéllar eran precisamente lo que nos mantenía en el atraso; o bien

¹¹ Cf. Mauricio Magdaleno, “Prólogo” a *La linterna mágica*, p. XI.

¹² Manuel de Ezcurdia, “Modernidad de Cuéllar”, en Margo Glantz (coord.), *Del fistol a la linterna...*, p. 60.

¹³ Facundo, “El carácter y la educación II”, en *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, t. X, p. 35.

¹⁴ Facundo, “Del aseo I”, en *Artículos ligeros...*, t. X, p. 135.

mejoras en la infraestructura para lograr una imagen más aceptable de la ciudad, por ejemplo “el cambio de los empedrados, calzadas y paseos”¹⁵ debido a que éstos se encontraban en muy mal estado; el desazolve y sustitución de drenajes, ya que los existentes habían sido construidos en la época prehispánica; el desagüe de la ciudad, el saneamiento de los barrios infectos, la corriente fácil de los desechos, la provisión de agua potable, la supresión de las pipas de noche, de los aguadores y de los tipos asquerosos de la plebe; la comodidad y aseo en el mercado públicos, los dormitorios para los infelices, la higiene de las casas de vecindad, la construcción de habitaciones modernas y sanas para los pobres; parques y paseos para solaz y recreo de todas las clases, el servicio perfecto de bomberos, el mejoramiento de la policía, el plantío de arboledas, la reforma de las prisiones, el mejor servicio de los hospitales y la prodigalidad en los gastos relativos a la instrucción pública,¹⁶ “el establecimiento de baños y lavaderos gratuitos para los pobres”;¹⁷ combatir el “desaseo, la falta de dignidad personal, la pereza y el estoicismo”,¹⁸ y recalcar que “nadie tiene derecho de convertir la vía pública en fonda, en alcoba, en espulgadero, en mingitorio [ni] en basurero”.¹⁹ Facundo procuró en sus artículos “tocar una por una todas las cuestiones sociales, [realizando] las observaciones, comentarios, sugerencias, e ideas más adecuadas a cada asunto”.²⁰

Cuéllar aclaró en su artículo “¡Agua!” que toda esta crítica para lograr la civilización y el progreso la hizo por amor a sus semejantes y a su Patria,²¹ y siempre tuvo presente que los cambios que proponía probablemente no se verían reflejados y no los aprovecharía el ciudadano de su época, sino que estaban pensados para mejorar “los tiempos del porvenir, que es a donde se dirigen todas las innovaciones del progreso que tienen por objeto sustituir una rutina o un mal estado de cosas, con otro más en armonía

¹⁵ Facundo, “Subsidio extraordinario”, *Artículos ligeros...*, t. XXI, pp. 98.

¹⁶ Cf. *ibidem*, pp. 98-99.

¹⁷ Facundo, “El ahorro y la economía”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, p. 126.

¹⁸ Facundo, “El aseo, el ayuntamiento y las obras públicas”, en *Artículos ligeros...*, t. X, p. 221.

¹⁹ Facundo, “El aseo, la urbanidad, la policía y la plebe”; en *Artículos ligeros...* t. XXII, p. 156.

²⁰ Facundo, “El ahorro y la economía”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, p. 126.

²¹ Cf. Facundo, “¡Agua!”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, p. 86.

con las necesidades y con la civilización”.²² Estas modificaciones debían realizarse “ya no sólo movid[os] por espíritu de progreso y por decoro nacional, sino por un deber de humanidad y por el instinto de la propia conservación”,²³ para lograr al fin “una era de prosperidad y de bienestar social, de que carec[ían] absolutamente [en aquellos años]”.²⁴

A ningún pueblo, repito, le convienen más las [reformas que propongo] que a este nuestro, destinado a presentar al observador los risibles contrastes del *high life* junto a la más desarrapada e inmunda plebe; a la *crème de la crème* de la Reforma envuelta en nubes de polvo ante las cuales el poder municipal es impotente; a las estatuas de los paseos públicos como padrón de ignominia, en fuerza de la incuria que se observa en todo y por todas partes; a las fuentes públicas secas, áridas y polvosas dentro de la cuenca del valle, rodeada de agua por todas partes; a los árboles de las calzadas enfermizos y moribundos, en medio de las apremiantes necesidades de la higiene y de la voraz destrucción de nuestros arbolados vecinos; a la inmunda cloaca o hacinamiento de petates y basura que pomposamente llamamos “mercado”, junto al palacio de los supremos poderes de la nación, y finalmente al rico, preponderante y próspero negocio de la usura en todas sus manifestaciones, y del juego en todas sus variedades, levantado en medio y a costa de la miseria pública y del malestar y ruina de las clases menesterosas.²⁵

Facundo, sin embargo, siempre tuvo los pies en la tierra y supo lo difícil que era que sus palabras causaran eco en un medio acostumbrado a alabar todo, “cuyo oficio es aplaudir, [que piensa que] todas las señoritas que se casan son, además de virtuosas, hermosísimas; [conformado por] cronistas boquiabiertos y miopes para quienes todas las telas son ricas, todos los encajes finos, todas las piedras brillantes, todas las feas encantadoras, todas las reuniones elegantes, y todo lo que ven irreprochable”.²⁶ Cuéllar tenía de su parte, sin duda, el haber salido del país; ello le permitió comparar la cultura mexicana con aquellas que conoció desde sus propias experiencias.

Además, se topaba con el problema del hábito de lectura y constantemente se preguntaba “¿me leerán?”: “Voy a suponer que alguno me hace caso”;²⁷ “Tuve para mí desde el principio todo lo que de estéril y fatigoso acompaña a la extraña tarea de flotar contra la corriente, y aún me esperaba, como ha sucedido, que viviría ignorado y en

²² Facundo, “La nomenclatura de las calles”, en *Artículos ligeros...*, t. X, p. 306.

²³ Facundo, “Subsidio extraordinario”, en *Artículos ligeros...*, t. XXI, pp. 95.

²⁴ *Ibidem*, p. 100.

²⁵ Facundo, “El ahorro y la economía”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, pp. 129-130.

²⁶ Facundo, “El lujo”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, p. 232.

²⁷ Facundo, “El aseo, la frazada y el rebozo”, en *Artículos ligeros...*, t. X, p. 148.

lamentable minoría”;²⁸ “No obstante la convicción que tenemos de majar en hierro frío”;²⁹ “Claro es, que yo no voy a remediar el mal con un artículo, ni mucho menos a esperar el resultado de mis reflexiones al día siguiente de hechas”.³⁰ Mas no por ello desistió de su empresa, al contrario mantuvo la misma ideología que plasmó en *El Correo de México* quince años antes:

¿Qué esperanza de mejora y de progreso puede ofrecer un pueblo en el que su Ayuntamiento está compuesto de hombres que apenas saben leer, y que no tiene la más remota idea de progreso, sino que repelen todo aquello que tienda a innovar lo que encontraron establecido.

Esto parecería exagerado si no tuviéramos presente y conociéramos ya la índole del indio: es una cualidad inherente a la raza pura del indio el no procurar el mejoramiento de su condición ni aspirar a las comodidades de una vida mejor; hay indios que tienen más de lo necesario para vivir cómodamente, pero el aumento de sus fondos no los hace cambiar de costumbres.³¹

Cuéllar pretendía que entre todos levantaran de la última clase social al indio, al lépero, sabía que éstos no estaban a la altura de la modernidad, que las nuevas reglas no los tenían contemplados y que sería muy difícil que ellos mismos cambiaran sus costumbres. Por eso, Facundo en estos “Artículos ligeros...” no le escribió a la clase baja, a pesar de que conocían sus textos gracias a la recurrente práctica decimonónica de leer en voz alta, sino que instó a las clases media y alta y a las autoridades de gobierno para que juntos hicieran progresar esta ciudad. No le escribe al aguador para que deje de serlo, en cambio le está diciendo a la clase media alta que es su asidua compradora “¡no lo hagas!”; no le dice al agiotista que deje de serlo, sino a la clase alta que se enseñe a ahorrar e inculque ese hábito a sus hijos; cuando se refiere al drenaje, el ciudadano común tal vez pueda hacer poco, pero podría causar una reacción en inversionistas para que hicieran negocio poniendo tuberías adecuadas. En su artículo “Los cacahuates” menciona que no está mal que la plebe celebre y festeje a su manera: comer y beber hasta hartarse. Pero que las clases altas los imiten, no lo concibe. Cuéllar le está

²⁸ Facundo, “El aseo, la urbanidad, la policía y la plebe”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, p. 151.

²⁹ Facundo, “El decoro público”, en *Artículos ligeros...*, t. XXI, p. 139.

³⁰ Facundo, “La informalidad”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, p. 198.

³¹ José T. de Cuéllar, “Editorial. El poder municipal”, en *El Correo de México*, t. I, núm 53, p. 1, *apud* Ana Laura Zavala Díaz, *El escritor en la República Restaurada: La presencia de José Tomás de Cuéllar en El Correo de México*, pp. 198-199.

diciendo a la gente que tiene más recursos para estar a la altura de la modernidad: “¡No hagas lo que hace la plebe!”, como señala explícitamente en “El ahorro y la economía”: “El mal no está en los que deben aprender, sino en aquellos a quienes les toca enseñar”³² Y pone como ejemplo el caso de familias de clase alta: “Porras y Recamier harían, por lo tanto, un papel tristísimo en la Villa, a donde las familias semicivilizadas van precisamente a comer chito, y no otros manjares, porque esa es la gracia y la costumbre: hacer lo que hacen las hordas idólatras y salvajes”.³³

CLASIFICACIÓN DE LOS ARTÍCULOS LIGEROS SOBRE ASUNTOS TRASCENDENTALES

La clasificación que haremos de los *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales* corresponde a tres rubros:³⁴ modalidad de cuadro de costumbres, género o géneros literarios y temática del artículo. En otras palabras por cuál movimiento literario se inclinan, a qué género pertenecen y qué temas abordan.

RASGOS DE CUADRO DE COSTUMBRES EN LOS *ARTÍCULOS LIGEROS...*

En el apartado del presente trabajo subtítulo “El Costumbrismo” se sentaron las bases de las cuales parto para poder definir si José Tomás de Cuéllar fue un escritor costumbrista y, en su caso, qué tipo de cuadro de costumbres es el que utilizó para redactar su columna “Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales”.

Teniendo en cuenta las anotaciones hechas en el mencionado capítulo, se puede afirmar que los *Artículos ligeros...* encajan en algunas de las características del Costumbrismo y por ello podríamos emparentarlos con él, dado que en ellos encontramos situaciones cercanas a la realidad, sucesos y descripciones de objetos y actividades cotidianas, tal como lo indican los estudiosos de ésta corriente literaria “con el fin de dejar a nuestra posteridad un apunte exacto de modas, trajes y costumbres que han de desaparecer”.³⁵

³² Facundo, “El ahorro y la economía”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, p. 127.

³³ Facundo, “Los cacahuates”, en *Artículos ligeros...*, t. XXI, p. 155.

³⁴ A partir de aquí con cursivas, puesto que nos referiremos a los cuatro tomos titulados así en La Linterna Mágica y no propiamente a la columna de *La Libertad*.

³⁵ Facundo, “El sombrero ancho”, en *Artículos ligeros...*, t. X, p. 53.

Al principio el lujo del sombrero se redujo al ala, que se ribeteaba con galón angosto, y se ceñía la copa con lo que se llama todavía toquilla, que es un chorizo de lienzo relleno de zacate y forrado con galón de plata. Estas toquillas han sido alternativamente formadas de una, dos o cuatro salchichas unidas por mancuernas de botones, por nudos, o por cordones de plata. A los dos lados de la copa se colocaban las chapetas, que eran por lo general dos botones o florones que remataban en una espiga, en una bellota o en un colgajo. Después se agregó al sombrero un galón ancho por la parte inferior del ala; después ese galón se puso en la parte superior. Las dimensiones del ala bastaban para hacer del sombrero un objeto pesado y más grande de lo que generalmente conviene a una estatura regular.

Hoy el sombrero ancho ha llegado a tomar las mayores proporciones posibles, aumentando la altura de la copa en proporción del diámetro del ala; de manera que resulta una combinación entre el sombrero charro y el gorro del pierrot. A esta forma que pasó del estilo charro a lo grotesco, se agrega todavía una toquilla formada de seis o siete vueltas de un cordón de plata de media pulgada de diámetro, o un lazo de galón de plata de cuatro pulgadas de ancho. Esta es la forma más común; pero los adornos varían, agregando a los galones el bordado al pasado; de hilo de oro o plata y lentejuelas, pasamanería, bordados de espiguilla, de oro etc., etc., recargando más y más los adornos, hasta venir a parar en un sombrero todo de plata y oro que no ha mucho estaba en venta en la calle del Refugio,³⁶ y que juzgando piadosamente, debe haber ido a parar a manos non sanctas.

Ahora bien, el Costumbrismo que Cuéllar practicó en la mayor parte de esta serie de colaboraciones fue el de veta más moderna y crítica que lo liga al movimiento realista nacionalista, los textos son verdaderos, actuales, cotidianos, sencillos en tanto *ligeros*; y en ellos, Cuéllar no pierde oportunidad para sancionar y comparar la cultura mexicana con otras conocidas por él, o para evidenciar el paupérrimo estado en que se encuentra la infraestructura de la ciudad.

En el capítulo antes citado, destacué que el objetivo de José F. Montesinos planteó para su obra fue el de dar fe del cambio y la evolución que había transformado la faz de todo el país (España, en este caso) o de alguno de sus rincones pintorescos, entregándose al recuerdo y a la nostalgia de todo lo desaparecido y olvidado.³⁷ Sin embargo, Facundo alterna este postulado, básico en el Costumbrismo, con uno radicalmente opuesto, el de señalar el atraso y la falta de evolución que imperaban tanto en algunos habitantes ciudadanos, como en algunas actitudes propias de nuestra cultura. Ejemplos precisos de este tipo de costumbrismo lo representan “El aguador” y “Dos millones de pesos”; en el primero, Cuéllar señala la nula evolución del individuo

³⁶ *Ibidem*, pp. 53-55.

³⁷ José F. Montesinos, “Mesonero Romanos: los límites del costumbrismo”, *apud* B. Clark de Lara y A. L. Zavala, “Prólogo” a *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, p. 22.

encargado de llevar agua a las casas, puesto que en aquellos años el sistema de drenaje no existía en la Ciudad de México; destaco el párrafo introductorio a dicha pieza, puesto que resume lo que en efecto describiré a lo largo del texto: “A ti, oh resto mueble de la incuria de tres siglos, representante impávido del *statu quo*, acémila parlante, hongo viviente de la dignidad humana; a ti vehículo vejado, ludibrio de la civilización, a ti aguador nacional, dirijo hoy mis homilías”.³⁸ En “Dos millones de pesos”, por el contrario, lo que Facundo destacó fue el penoso deterioro en el que se encontraba nuestra ciudad, principalmente por el mal manejo de los recursos por parte de las autoridades correspondientes, que permitirían sacarla adelante en cada uno de los aspectos que señaló.

Entretanto, el polvo crece, y mármoles, estatuas, jardines, arbolados y monumentos se visten con una capa cenicienta como en las primeras horas de la destrucción de Pompeya. Los primeros charcos de agua corrompida asumen un carácter geográfico; pasan del estado de emergencia al estado crónico; ya no se puede transitar por ciertas calles sin el pañuelo en las narices, ni se puede andar por otras sino a tientas. Todo el mundo sueña en el lodo para salir del polvo; porque la pobre ciudad no tiene más que dos fases, o polvo o lodo. La avenida de los Hombres Ilustres, que es la más transitada por bestias de todas clases, está en peor estado que los antiguos caminos al interior de la República; las pocas piedras que quedan, desaparecen bajo los médanos de polvo, que el viento se encarga de llevar a las habitaciones, a los vestidos, a los ojos, a la boca, a los árboles, a las estatuas, a las golosinas, a los comestibles y a todas partes.

No cabe la gente en los mercados, y se apodera de las calles adyacentes, y viven y comen y hacen otras cosas, y pernoctan en ellas sobre la basura, a la hora en que el teatro de la ópera está resplandeciente de brillantes, encajes y sedas. Hasta las losas de las banquetas desaparecen bajo capas de polvo; porque los barrenderos, si los hay, se ocupan ya sólo en quitar lo gordo. Las arañas se apoderan de Palacio y de otros edificios públicos, y les pintan a su sabor las arrugas de la senectud y las señales de la incuria. El pueblo se enteca, se inficiona en pocilgas inmundas, para pedir camas en los hospitales y fosas en los panteones; vive sucio, empiojado y hambriento, incrustado en la ciudad de los palacios y de los ricos-homes; y cuando suele lavarse busca las acequias cenagosas de los suburbios, y moja sus harapos en los charcos, mientras los ricos dejan correr el agua de sus mercedes y de sus pozos artesianos.

La ciudad ha duplicado su población y su propiedad raíz; y su población flotante, merced a los ferrocarriles, ha aumentado en diez años en la proporción de uno a diez. El capital representado por la gente acomodada de la capital, puede, ampliamente sin gravamen y menoscabo, subvenir a un impuesto municipal capaz de duplicar los ingresos del ayuntamiento.³⁹

³⁸ Facundo, “El aguador”, en *Artículos ligeros...*, t. IX, p. 65.

³⁹ Facundo, “Dos millones de pesos”, en *Artículos ligeros...*, t. XXI, pp. 78-82.

GÉNERO LITERARIO. ¿ARTÍCULOS?

Difícil e inútil sería querer encasillar todos los *Artículos ligeros...* en un solo género literario, José Tomás de Cuéllar llama a sus textos “artículos”, sin embargo, cuando se conoce la totalidad de los mismos, cuesta trabajo pensar que son eso nada más, puesto que el estilo de escritura de Facundo suele mezclar varios géneros literarios en una misma entrega.

En siguientes párrafos explicaré las características de cada uno de los géneros que se encuentran en las piezas de Facundo, antes quisiera ejemplificar el por qué es difícil catalogar los *Artículos* en un solo género literario. Para ello me valdré de “Después de muertos”, que aparece en el tomo IX de *La Linterna Mágica*.⁴⁰ Facundo comienza esta pieza con una introducción confesional, propia del ensayo, y con el planteamiento del problema en los primeros cuatro párrafos:

Este es un retruécano que se usa a fines de octubre, cuando se aplaza algo para el 3 de noviembre en adelante. Esta es la bromita con que empieza la conmemoración de los difuntos. Nosotros tomamos la frase como título de este artículo, no escrito con anticipación, sino después de muertos...

Desde los salvajes hasta los más civilizados, todos los pueblos han dividido sus públicas ceremonias en dos categorías; los regocijos y las pompas fúnebres. Qué mucho que así haya sido desde la más remota antigüedad cuando esas son las dos fases de la vida humana; se ríe y se llora, se nace y se muere. Por estos dos caminos hemos llegado a dividirnos los humanos en dos secciones; los muertos y los dolientes, y a habitar en dos ciudades: en las ciudades silenciosas que se llaman cementerios o en las ciudades alegres donde lloran y ríen los que sobreviven.

Apenas hay horas más negras en nuestra vida que aquéllas en que hemos llorado la pérdida de un ser querido; y apenas hay una idea más pavorosa que la de nuestro fin irremediable.

Ante el gran misterio de la muerte se anonada la razón humana y las manifestaciones del duelo han llegado a tomar formas más o menos extravagantes; pero en el fondo de todas ellas está siempre el dolor. Estaba reservado a México el convertir la pompa fúnebre en regocijo; estaba reservado a este país de anomalías y contradicciones llevar hasta lo sublime el decantado y oprobioso velorio de la gente inculta y supersticiosa.

Tres párrafos después añade una dosis de crítica, en el tradicional tono sarcástico de nuestro autor, y explica brevemente la forma en que el indio y el mestizo inculto expresan su dolor y posteriormente recrimina. El párrafo que citaré corresponde a una de las características del ensayo planteadas por John Skirius, en la que el lector debe

⁴⁰ Facundo, “Después de muertos”, en *Artículos ligeros...*, t. IX, pp. 100-115.

sentirse identificado con el tema que se expone para después poder ser persuadido a un cambio:⁴¹

Pero que lo más granado de la sociedad de México, en unión de lo más abyecto de las masas populares, celebren la conmemoración de los fieles difuntos, con gritos y vendimias, con la música de Zapadores y con Fulcheri y Bejarano, tiene para nosotros en el fondo una significación altamente desconsoladora en el orden moral. Y no se nos quiera hacer creer que esta sociedad se divorció de la Iglesia Católica desde la Reforma, y que en el día de muertos no se sujeta a las prácticas y ritos de la conmemoración, sino que va al Zócalo porque le da la gana; no señor. La gente se viste de negro en la mañana, llora en el panteón en la tarde, y coquetea en la noche vestida de color de rosa. ¿Es que el sentimiento, y el duelo, y el recuerdo tristísimo de los que amamos y murieron es también mentira?

Posteriormente incluye un hipotético monólogo de alguien que reflexiona acerca del Día de Muertos en un tono confesional de segunda voz, puesto que no es Facundo quien propiamente está reflexionando lo siguiente:

Cuando yo muera, me llorarán con seriedad los míos hasta noviembre; y en el día consagrado por la Iglesia al recuerdo de los muertos, mi mujer y mis hijos, mis amigos y mis deudos, serán los actores de una fiesta inventada para burlarse de los muertos. Vestidos de colores relucientes se pasearán al son del can-can dentro de una gran barraca, y cenarán opíparamente para ahogar en champagne el último vislumbre de tristeza por mi irreparable pérdida.

Los siguientes cuatro párrafos retoman el tono ensayístico, de ellos destaco el último, que invita a la reflexión:

¿Es acaso el doloroso recuerdo del padre, de la madre, del hermano, del hijo muertos, el que consume esas toneladas de cacahuates y de golosinas? Fisiológicamente los grandes dolores están en oposición con el apetito. ¿Qué le sucede entonces a este dolor tan legítimo y tan serio, que se regodea de gusto el 2 de noviembre, y no sólo se regodea de gusto, sino que se vuelve glotón en demasía?

A mitad del texto, que hasta entonces se nos ha presentado en forma de ensayo y monólogo, Cuéllar incluye numerosos párrafos de lo que bien podría considerarse rasgos de cuadro de costumbres, aunque escritos con mucha más agilidad que los prototípicos españoles de la primera mitad del siglo XIX:

⁴¹ Las características del ensayo las plantearé más adelante.

Y cada familia se prepara a las fiestas, con la intervención más o menos directa del agiotista, acopiando los artículos heterogéneos que constan en esta lista que nos encontramos en el Zócalo:

25 varas de raso maravilloso color de yema de huevo y 20 varas de encaje de a medio la vara, para Virginia.

Crema de bismuto, cascarilla de la Habana, etc.

80 varas de raso color de rosa, para la mamá, zapatos del mismo color y medias de seda.

Gorros para las muchachas y botines abronzados lo más respunteados posible para toda la familia.

Una corona de a diez pesos para la tumba de mi padrino el general.

Un ramo de flores para la pobre de mi tía Charo.

Velas y candeleros para la tumba de la familia en Dolores y gratificación al criado que los cuide para que no se los roben.

Tres velo-mantillas.

A la cocinera para mole verde.

Suscripción para pasar las tablas que separan el paseo público del erario de Bejarano.

Cena sobre el Zócalo.

De esta manera y de aberración en aberración, México presenta en estos días a los ojos del filósofo y del extranjero un aspecto *sui generis*, enteramente nuestro, y que sugiere, por desgracia, no muy favorables calificaciones respecto a nuestra cultura.

En los siguientes ocho párrafos narra a modo de cuadro de costumbres el paseo y la cena en el Zócalo, pero introduce diálogos, destaco algunos:

—Excelente gritan las plumas de avestruz.

—Pero... sigue diciendo Bejarano, para pasar a mi barraca se pagarán cuatro pesos.

—Y qué? Dice desdeñosamente el raso amarillo ¿no ve usted que todos somos ricos? Casi todos somos agiotistas.

Satisfecho Bejarano con la respuesta, persuade al ayuntamiento, que de por sí es tan fácil de persuadirse, a que le preste el Zócalo y el ayuntamiento se lo presta. Fulcheri lleva el equivalente a los cacahuates al Zócalo, y guarda sus comestibles en pequeños garitones, de donde salen en la noche como del sombrero maravilloso de Harman, a precios de muerto.

Finalmente vuelve al tono ensayístico en los últimos tres párrafos cuestionando al lector las acciones antes descritas y culmina con una reflexión.

Y los muertos? No tienen novedad, muchas gracias. Qué más pueden exigir esos pobres cadáveres que su corona de a diez pesos, y sus velas de cera y sus flores. Se les ha puesto su ofrenda pero no han querido comérsela. Será porque no tienen apetito y ellos saben su cuento.

Y los dolientes? Todos ellos han perdido uno o muchos seres queridos, todos han llorado y tienen las llagas abiertas, las heridas mal cicatrizadas, y con ellas aún sangrando, se presentan en el día solemne del recuerdo, en el día oficial, en el día de la Iglesia, a inscribirse voluntariamente ¿en el registro de los que rezan y los que lloran? No: a suscribirse en el redondel de Bejarano y al *menu* de Fulcheri.

Y el sentimiento, y el pesar, y el duelo? Irán pasando todas estas flores del alma a la categoría de zempazúchitl que es la más ordinaria y fea de las flores? ¿El lujo y los placeres habrán acabado de robar al alma de esta generación el

espiritualismo y la moral, la gratitud y el recuerdo, la sensibilidad y la lógica? No lo sabemos, pero es desgarrador pensar en que hay algo más triste que la muerte. La alegría y la indiferencia de los vivos. De todos modos ya tenemos un dato para no hacernos ilusiones respecto al porvenir porque después de muertos no sólo nos espera la tumba con todos sus honores, sino el redondel de Bejarano.

Entonces, para resumir, “Después de muertos” incluye en sus líneas los géneros ensayo, relato (entendiendo éste como aquel en el que se incluyen diálogos o se narra una serie de actos) y cuadro de costumbres.

A pesar de que esta pieza incluye un monólogo y algunas líneas de diálogo no se le puede juzgar en general como un relato o un cuento; si bien presenta algunos párrafos descriptivos acerca de los objetos necesarios y las acciones cotidianas en el festejo del 2 de noviembre tampoco se le puede encasillar dentro del cuadro de costumbres, puesto que estaríamos dejando de lado el motivo principal del *Artículo*, que considero es el mover al lector a una reflexión y a un cambio acerca de nuestras tradiciones. Esto último sólo se consigue con las líneas de tono ensayístico, que buscan penetrar más adentro de la conciencia del lector de lo que pueden lograr las meramente descriptivas. Si acaso fuera estrictamente necesario definir el texto en una sola categoría, lo incluyo en ensayo más por el objetivo principal que por la cantidad de párrafos que poseen ese tono.

En “Después de muertos”, repito, se detectaron rasgos de tres géneros literarios, ensayo, relato y cuadro de costumbres, pero en otros textos también se encuentran mezclados el artículo propiamente y la crónica en tres ramas, periodística, literaria y de viajes. De ahí la dificultad de encasillar los ochenta *Artículos* en un solo rubro.

La entrada correspondiente a “artículo” según el Diccionario de la Real Academia Española indica que así se le llama a “Cada uno de los escritos de mayor extensión que se insertan en los periódicos u otras publicaciones análogas”. Para Vicente Leñero, el artículo es el género por antonomasia en el que el periodista presenta las noticias más importantes o los temas de interés general; en él expresa sus ideas, opiniones, juicios o puntos de vista; no se limita a un solo tema, y lo mismo se ejercita este género para

instruir que para informar, para polemizar o simplemente para comentar; su estilo puede variar de lo lírico a lo escueto o de lo irónico a lo grave o mesurado.⁴²

Estas piezas no son artículos periodísticos prototípicos, dado que no es su principal objetivo informar algo novedoso ni presentar noticias, son más bien artículos editoriales o de fondo, que sin dejar de ser textos periodísticos, poseen una hibridación de géneros como la que tienen los textos de Facundo.

Tienen rasgos de artículos de costumbres, pues presentan sucesos verdaderos, actuales y cotidianos, pero no de forma noticiosa. Por ejemplo, en “El aseo, la frazada y el rebozo” hace una descripción muy peculiar del rebozo al más puro estilo del artículo de costumbres:

El rebozo es un chal escurridizo, cuya docilidad confianzuda le da el aspecto de usado desde antes de venderse. Debajo del rebozo se oculta la cabeza desgredada, la camisa de dos semanas, la falta de abrigo para el cuello, la del corsé, la del corpiño y la de las mangas; oculta las líneas de talle, obliga al espectador a prescindir de todo examen; no es una pieza que viste, sino una funda que impide que se vea; sirve de sombrero, de abrigo y de paraguas; si llueve, la propietaria se cubre la cabeza, no para no mojarse, sino para aprovechar el agua filtrada; si hace frío, el rebozo tapa la nariz, no para abrigarse, sino para hacer la ilusión de que se defiende del frío, respirando su propio aliento; si hace calor, cae de la cabeza y de la barba; si se trabaja, no se dejan caer las puntas; si se recibe un declaración amorosa, el rebozo se lleva a la boca con la mano: ésta es la mímica obligada del pudor; si se roba algo, lo esconde debajo del rebozo; si tiene un niño, el rebozo es cuna, vehículo y abrigo, venda, hamaca, regazo y biombo. La seducción amorosa se pone en práctica tirando del rebozo; y cuando se le quiere hacer un mal atroz a una mujer, se le priva del rebozo, que equivale a arrancarle la coleta a un chino; si se le quiere hacer un obsequio, se le regala un rebozo, y cuando en la abundancia esa misma mujer quiere emplear en algo su dinero, compra un rebozo más caro que el que usa.⁴³

Artículos ligeros... también cabe en el cajón de relatos, puesto que Facundo suele incrustar en sus textos periodísticos historias, diálogos o monólogos, que hacen parecer a estas piezas más bien capítulos de alguna novela o pequeños relatos independientes. Ana Laura Zavala expresó que ya desde *El Correo de México*, Cuéllar gusta de este tipo de recursos que le permiten controlar los “vuelos de la pluma” para que al lector le resulte verosímil la crítica que está leyendo.⁴⁴

⁴² Vicente Leñero y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, pp. 305-309.

⁴³ Facundo, “El aseo, la frazada y el rebozo. II”, en *Artículos ligeros...*, t. X, pp. 145-146.

⁴⁴ Cf. A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. 88.

La crítica destaca del talento cuellariano su capacidad para plasmar por escrito el habla y las costumbres mexicanas; no obstante, la voz que predomina en los *Artículos...* es la del propio autor, su objetivo, como señalo arriba, era que le creyéramos a él, no a sus personajes; sin embargo, en el último artículo compilado, “El matrimonio”, Facundo permite hablar a un criado, y de qué forma. Es magistral la manera en que traslada la oralidad a la escritura, lo que muestra sin duda el conocimiento que nuestro autor tenía de todas las clases sociales.

—Pos yo no sabré decir a su mercé bien a bien, pero según le oí decir a mi padre, «dende» que empezaron a casar los señores, pues así, los de levita como ora su mercé, mi padre dijo: y lo ven como el casamiento no es otra cosa de Dios; ya también los rotos casan como los curas, y eso ha de ser por sacar los tlacos; porque llevan más barato que los padrecitos. Pero como uno es probe, y sólo tiene lo que trabaja, pos mi modo de guardar los tlacos para el cura. Pos ora sí ¿adónde iba yo a dar trece pesos, si en mi vida los he visto juntos? Eso está bueno para los ricos, y para que la novia se vista de blanco y hagan en la «ilesia» toda la «putiforma» con el órgano y todo eso; pero nosotros los zapateros, por onde! Ni en un año íbamos a «horrar» trece pesos, alcanzando los sábados veinte reales o dos pesos. Ora en cuanto a que lo casen a uno los de levita, pos Miquela me dijo: Pos oye, será mejor que no, que al fin y al cabo ¿cómo ha de valer eso? [...] Yo, la verdad, continuó Pedro, siempre le dije a «Miquela» que le preguntara a su señora madre, y su señora madre le dijo: Pos anda bendita de dios; y ese es cuento tuyo, y allá te las «haiga»; porque, cada quien sabe lo que hace, y a lo tuyo tú, con que si te conviene don Pedro y te ha de dar lo necesario, como ora a mí tu padre, y te pone cuarto, pos anda, que ya eres «grande». Y entonces «Miquela» se vino conmigo.⁴⁵

Los *Artículos ligeros...* son textos proteicos que toman forma de artículos de costumbres y otras de relatos, acompañados de los giros que Facundo acostumbra en sus obras, algunas veces están mezclados con pasajes que más bien parecen crónicas. Es decir, encontraremos en algunas líneas a un José Tomás de Cuéllar cronista aunque él mismo pocas veces se asuma como tal. Ahora bien, el concepto de crónica o del cronista tampoco es de límites estrechos y son muchos los estudiosos que se han acercado al tema, por ejemplo Julio Torri y Carlos Monsiváis coinciden en que algunas crónicas periodísticas son un espejo de la realidad.⁴⁶ Para Vicente Leñero este tipo de piezas debe abordar un hecho real y de actualidad, los elementos “objetivo” y “subjetivo”

⁴⁵ Facundo, “El matrimonio”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, pp. 294-296.

⁴⁶ Cf. Carlos Monsiváis, “Ignacio Manuel Altamirano, cronista”, I. M. A., *Obras completas VII. Crónicas I*, p. 15; C. Monsiváis, “Prólogo” a *A ustedes les consta*, p. 39; y Julio Torri, “Prólogo” a Luis G. Urbina, *Crónicas*, p. X.

encuentran su equilibrio, se informa y se comenta, simultáneamente, el asunto que se aborda; el cronista no puede ser un reportero común, sino alguien muy avezado en los acontecimientos que narra; puede permitirse giros sintácticos, metáforas o cualquier otro recurso lírico; toma la realidad como punto de referencia para interpretar los fenómenos sociales. No tiene sólo el propósito de informar sino también el de orientar al público mediante la interpretación y el enjuiciamiento de la realidad.⁴⁷

Se entra por un zaguán de pesadas puertas carcomidas por los años a un callejón de paredes descarnadas por el salitre. El pavimento está formado de piedras de superficie irregular, no domadas por ruedas de carruaje, sino más y más prominentes a medida que la escoba recoge la tierra suelta que las unió. En muchas partes faltan las piedras porque los vecinos las han robado. Corre hacia un lado de aquel triste vestíbulo un caño descubierto en donde se estanca un lodo negro y pestilente. En el quicio del segundo muro una gran mancha negra revela la calidad del alumbrado que la incuria y la avaricia del propietario proporciona a sus desgraciados inquilinos.

[...] Pobres gentes, pobres clases proletarias que viven en la abnegación y la miseria, y mueren sin haber tenido jamás ni idea del bienestar doméstico. No se ve en esas habitaciones un lavamanos, un lebrillo, ni mucho menos un aguamanil. Esas gentes despiertan, abren los ojos, se levantan y andan. No se sacuden siquiera como el perro ni se asean como el gato, ni como casi todos los animales que no desperdician momento en su aseo y compostura.⁴⁸

En cuanto a la crónica literaria, Antonio Castro Leal propone que se deje leer fácilmente, que atraiga e interese al lector; que posea una prosa fluida y ágil; que trate temas de actualidad, que ofrezca nuevos puntos de vista y reflexiones originales; agregándole la dosis de poesía, humorismo o filosofía necesaria.⁴⁹ Mientras que para Ignacio Manuel Altamirano, en una crónica se debe diseñar rápidamente un hecho grave, vislumbrar un horizonte en el campo científico; puede permitirse, como conversando, exponer una teoría política o una observación moral. “Su imaginación no deberá tener los atrevidos vuelos del águila que se mece en las alturas; sino que tiene que trazar los pequeños círculos de la golondrina, rozando con su ala el suelo, constantemente”.⁵⁰ Y en este rubro también inscribió José Tomás de Cuéllar algunas de

⁴⁷ Cf. V. Leñero y C. Marín, *op. cit.*, pp. 155-175.

⁴⁸ Facundo, “La casa de vecindad”, en *Artículos ligeros...*, t. XXII, pp. 101-105.

⁴⁹ Antonio Castro Leal, “Prólogo” a Luis G. Urbina, *Cuentos vividos y crónicas soñadas*, pp. viii-ix.

⁵⁰ Ignacio Manuel Altamirano, “La vida de México”, en *Obras completas V. Textos costumbristas*, p. 80.

sus piezas, por ejemplo, una de las más geniales a mi parecer en cuanto a humor y dinamismo: “El correo”.

La idea de que mi carta no llegara a tus manos me decide a emprender la jornada a la administración de correos, para tener la evidencia de que mi carta queda sellada y en el cepo de la distribución.

Llego al correo, y agrupados a la reja están un cargador, con todo y mecapal, difundiendo aldeida; una cocinera con todo y canasta, oliendo a grasa y a cebolla; una de *esas señoras* oliendo a pachuli; un dependiente de casa de comercio; un pobre señor que no ve bien; un muchacho que mete la cabeza enmarañada por entre el grupo, y D. Vicente García Torres, que incansable y perseverante va en busca de noticias verbales para el *Monitor*. Bien sahumado por el grupo aquél, llego por fin al boquete: el empleado recibe mi carta, lee el sobre, la pesa en la balanza, duda, la vuelve a pesar, el fiel vacila, y por analogía el empleado vacila entre dos y cuatro reales, el fiel triunfa, la balanza se pone en reposo. Dos reales, exclama el empleado, doy un peso, no tiene vuelto.

—¿Qué, no tiene usted suelto? Me pregunta con mucha amabilidad.

—No, no señor, le contesto con toda la que puedo.

Y luego busca, y tropieza con monedas decimales, centavos de cobre y medios lisos: cuenta y combina todo aquello y me devuelve seis reales que constituyen una colección numismática. Pero mi carta ahí está sin sello todavía, le dirijo una mirada, y dos, y nada, no hay quien la selle, porque el empleado encargado de la saliva, la esta gastando en hablar con otro. Me aparto un poco para dejar a otros el lugar y casi adivino que por fin el encargado de la saliva selló mi carta. Entre tanto el grupo ha aumentado detrás de mí, ya hay más cocineras y más cargadores, y frotándose las canastas y aseando con mi levita rebozos y frazadas, salgo del correo... conociendo lo mucho que te quiero y decidido a escribirte por conducto de *La Libertad*, mientras cambian las cosas.⁵¹

El cronista se concentra en la pequeña historia, en lo cotidiano y no aspira a narrar los grandes eventos políticos o sociales para los cuales hay otras secciones en el periódico.⁵² En un medio de difusión en el que cabían todos los géneros, como era el periódico, los literatos pretendieron distanciarse en esta época finisecular del *reporter* incluyendo en sus textos diversos géneros como una estrategia de mercadotecnia par poder vender mejor su producto, es decir que su colaboración no fuera tan estrecha como un artículo noticioso cualquiera. Así, encontraron en la crónica el justo medio, el espacio ideal para incluir y mezclar géneros que de otra forma no se concebían juntos. “Tanto es así que, si como material periodístico las crónicas debían presentar un alto grado de referencialidad y actualidad, como material literario han logrado sobrevivir en

⁵¹ Facundo, “El Correo”, en *Artículos ligeros...*, t. IX, pp. 97-99.

⁵² Cf. Anibal González, “Arqueologías: Orígenes de la crónica modernista”, en *La crónica modernista hispanoamericana*, p. 74.

la historia una vez que los hechos narrados y su cercanía perdieron toda significación inmediata, para revelar el valor textual en toda su autonomía”.⁵³

La cuestión del divorcio está a la orden del día desde que el señor diputado Herrera la promovió en el seno de la representación nacional; de allí sale, en la forma de un rumor sordo que se difunde por todos los ámbitos de la ciudad, penetrando en los rincones más oscuros del hogar doméstico; la palabra “divorcio” se oye por todas partes, pero casi en ninguna se le comprende.

—¿Qué es eso del divorcio? Preguntaba anoche una señora a una vecina, ¿ha oído usted decir algo?

—Sí, Gualupita, hoy se ha tratado de esa cuestión en casa, a la hora de comer.

—¿Y qué es eso, en resumidas cuentas? ¿De qué se trata?

—De qué se ha de tratar, mi alma, de picardías de diputados mal avenidos con sus mujeres, y que se quieren aprovechar, ahora que tienen el panderero en la mano, para dar una ley que les conviene.

—¿Pero es cierto que con esa ley los hombres se casarán muchas veces seguidas?

—Dos o tres cuando menos.

—Ah, entonces..!

—Entonces qué?

—Ya sospecho con quien se casaría Aniceto. ¿Y su marido de usted?

—¡Alma mía de él tan bueno! Ni lo crea usted que me dejara.

—No se fíe usted. Cuántos hay que no dejan hoy a sus mujeres porque no pueden; caras vemos...

—Lo que es en eso puede usted tener razón. Sin ir muy lejos, nuestra vecina del 8. Yo me alegraría de la ley del divorcio sólo por ella. Ya usted ve qué clase de marido le ha tocado.⁵⁴

Para Manuel Gutiérrez Nájera el cronista “debe tener dientes que muerdan de cuando en cuando, pero sin hacer sangre. Debía haber dicho con mayor verdad: es fuerza que la pluma del cronista pellizque con los labios”.⁵⁵ Facundo sí muerde, sí sangra. Su intención fue producir textos que golpearan las costumbres, que sacudieran la cotidianidad.

La labor de persuasión que Cuéllar hace en sus *Artículos ligeros...* los distancia de la crónica para acercarlos al ensayo. Para Michel Montaigne el ensayo es caprichoso y divagante, y para Francis Bacon se trata de meditaciones dispersas.⁵⁶ Sin embargo, la definición que más se acomoda a nuestros propósitos es la que aporta John Skirius, quien argumenta que los impulsos básicos del ensayo son: la confesión, persuasión,

⁵³ Susana Rotker, “El lugar de la crónica”, *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*, p. 123.

⁵⁴ Facundo, “El divorcio”, en *Artículos ligeros...*, t. X, pp. 185-186.

⁵⁵ Manuel Gutiérrez Nájera, *apud* Carlos Monsiváis *op. cit.*, p. 34.

⁵⁶ Michel de Montaigne y Francis Bacon, *apud* por José Luis Martínez, “Introducción” a *El ensayo: siglos XIX y XX. Selección de ensayos de los siglos XIX y XX, de Justo Sierra a Carlos Monsiváis*, p. VI.

información y creación de arte. Encontramos la persuasión en la exposición de ideas, opiniones y teorías, con la intención de ganar adeptos.⁵⁷

En el ensayo cualquier tema se convierte en problema, éstos se pueden tratar en todos los tonos y con toda libertad desde un punto de vista personal. El más recurrente en escritores como Cuéllar fue la historia de México, su cultura y problemas económicos y sociales,⁵⁸ asuntos por demás vinculados a su realidad sociológica; además estos hombres de letras eran propositivos y solían exponer programas de reforma.

Por ejemplo, en “Las prosperidades nuestras. I”, Facundo después de afirmar que una de ellas es el mal desempeño de nuestro cuerpo policíaco, ofrece una propuesta basada en su experiencia en Estados Unidos. De esta manera, si algún alto mando casualmente leía su columna, podría tomar aquellas ideas para modificar ciertos elementos que, según la percepción de nuestro autor, eran fallidos.

Esta y muchas nociones de este mismo orden deben formar los artículos de una *cartilla del gendarme* que éste debe aprender previamente de memoria antes de recibir el sueldo, y para que la aplicación de estos sanos principios sea un hecho práctico y constante, y no se quede escrito como todo lo que contienen nuestras ordenanzas municipales, la organización de la gendarmería debe dividirse en categorías como está establecida en los Estados Unidos y en Europa; después del gendarme de a peso diario, debe haber cierto número de tenientes gendarmes con más sueldo, más prerrogativas y más ilustración; en seguida otro grupo de capitanes con más sueldo, hasta llegar a un grupo de comandantes y jefe principal. Así quedará establecida una corriente que parta desde el foco de ilustración hasta el pueblo abyecto por medio de la gendarmería y el pueblo abyecto acabará por adquirir hábitos de aseo y de respeto público.⁵⁹

Algunos de estos artículos-ensayo incluso podríamos subdividirlos en la categoría de ensayos sociológicos, puesto que en ellos José Tomás de Cuéllar pretendió mostrar y explicar, como indica Fernando Curiel, las causas que motivaron la aparición de diversas tendencias de comportamiento dentro de la sociedad,⁶⁰ y que, en ocasiones, pueden descifrarse por medio de los usos y costumbres de ciertos objetos cotidianos como el rebozo, la frazada, el sombrero ancho o los faroles. Finalmente “toda la

⁵⁷ Cf. John Skirius, “Este centauro de los géneros”, en *El ensayo hispanoamericano del siglo XIX*, pp. 13-14.

⁵⁸ Cf. José Luis Martínez, *op. cit.*, p. XI.

⁵⁹ Facundo, “Las prosperidades nuestras”, en *Artículos ligeros...*, t. IX, pp. 197-198.

⁶⁰ Fernando Curiel, “Linternazos”, en Margo Glantz (coord.), *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, p. 44.

ensayística continental aparece, en mayor o menor grado, vinculada a su realidad sociológica”.⁶¹ Encontramos en “Los barquillos” un ejemplo ideal para este rubro.

Comienza Facundo amenamente describiendo de manera superficial el objeto llamado “barquillo” y explicando la pertinencia de un título así en una publicación periódica. Son dos párrafos que, siguiendo las características que Skirius plantea para el ensayo, son parte del yo confesional de nuestro autor acerca de su preocupación por un problema que, a su parecer, es trascendental.

Más ligeros no pueden ser: se componen de harina ligeramente azucarada y están tostados a propósito para que sean ligeros y frágiles como muchas señoras, y se deshagan pronto como muchas de nuestras mejoras materiales. De manera que su ligereza no le va en zaga a la de mis artículos como materia de uno de ellos. Pero no escribiría ni una línea respecto a los barquillos, tan ligeros y todo como son, y tan apropiados a mis propósitos un tanto cuanto moralizadores, si no encerraran, como encierran positivamente, un asunto trascendental.

Vean ustedes qué empeño el mío éste de buscar a las cosas más sencillas la consabida cuestión trascendental; pero manía o tendencia, cavilosidad o suspicacia, el hecho es que me salgo con la mía y sin mucho trabajo encuentro que los “cacahuates” y los barquillos y los “faroles” y otra porción de objetos y productos aparentemente vacíos, encierran asuntos de importancia y dignos, por lo mismo, de tomarse en seria consideración.⁶²

A partir del siguiente párrafo comienza y desarrolla el planteamiento del problema, en este caso de la directa relación entre la venta de barquillos y el incremento del vicio del juego en la sociedad mexicana. Son la información y argumentación de las que habla Skirius. Son las líneas en las que el lector debe sentirse identificado, en las que se ve reflejado por la pluma del autor.

Los barquillos me obligan siempre a pensar en el incremento que ha llegado a tomar en México el vicio del juego; y por más que parezca a primera vista que mi imaginación en ese caso da un salto más atrevido que los de los hermanos Lewingston, no hay, sin embargo, dos ideas que estén más cerca la una de la otra, que sean más coetáneas y que estén más íntimamente enlazadas en la incontrovertible lógica de los hechos. [...] [El vendedor de barquillos carga] un cilindro de metal repleto de barquillos, y la tapa superior de ese cilindro es una pequeña roleta con una aguja giratoria, que al recobrar su quietud apunta el número de barquillos que dará por un centavo. [...] este carcamanero explota la inocencia de los niños, ya no sólo en el sentido de hacer parar la aguja en los números bajos, sino en el de engendrar en los candorosos “marchantitos” esa curiosidad, esa tentación y esa avaricia que constituyen el instinto del jugador.

⁶¹ Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas*, p. 9, apud, J. L. Martínez, *op. cit.*, p. XI.

⁶² Facundo, “Los barquillos”, en *Artículos ligeros...*, t. XXI, pp. 165-166.

Para muchos papás no pasarán ese gordo y sus congéneres de ser unos vendedores ingeniosos; otros creen que esto de las roletitas es un adelanto de la civilización, y con la mejor intención del mundo, y rebosando amor por todos sus poros, se regodean contemplando al hijo querido acercarse al hombre gordo, entregarle su centavo, fijar su vista inquieta en el girar de la aguja, al principio invisible y luego describiendo un círculo de rayos; después girando como cansada, pero pasando sucesivamente del 1 hasta el 24, donde si se parara, cuánto placer causaría en el niño afortunado que logra tener dos docenas de barquillos por un centavo, ¡qué lotería! qué felicidad! Pero la aguja se para generalmente, como la de todos los carcamaneros, en el número 1, en el 3, o cuando más en el 5, excepto cuando, siendo muchos los pequeños “apuntes”, quiere decir los niños jugadores, las larvas del tahúr, conviene hacer patente el gran premio.

Los jugadores a quienes toca uno o dos barquillos sienten la contrariedad del “punto”, que pierde, a la vez que el apetito de golosinas paladeado y no satisfecho: en tal situación recurren de nuevo al papá, que tiene en ese momento la gran virtud, el gran atractivo, el gran poder de aprontar otro centavo. Si el papá no lo tuviera, vería al niño jugador negarle sus caricias, volviéndose un pequeño tirano; pero los papás tienen centavos, muy especialmente para obsequiar los deseos de esos embriones de “apunte”. El niño apuesta de nuevo y vuelve a sacar un número bajo, con lo cual el deseo vago de sacar el 24, se ha convertido en una especie de necesidad y de exigencia, tanto más cuanto que es tan fácil que la aguja se pare en ese número como en cualquiera otro; juega de nuevo y con la misma suerte, y no se separa del barquillero carcamán sin que el papá le ofrezca probar la suerte al día siguiente. Y cuando un niño logra acertar al 24, adquiere la convicción de que nació con buena suerte, y nada le inquietará más, ningún otro juego le será más grato, que aquél en que con un centavo puede darse un hartazgo de barquillos, convidar a sus amigos y figurar por añadidura como el campeón de aquel juego productivo. Quiere decir que el niño hace en miniatura con los barquillos, lo que los jugadores ejecutan tratándose de monedas. La misma sucesión de ideas, las mismas impresiones, la misma lógica, la misma tentación, el mismo orgullo al ganar, la misma desazón al perder, el mismo empeño en dominar la suerte, la misma esperanza de acertar al premio gordo, la pasión del juego, en suma, enseñada por el sistema objetivo, tan en boga entre los pedagogos y cuyos resultados son tan prácticos y tan palpables.⁶³

Y finalmente, después de algunos párrafos de divagación acerca del tema, Cuéllar culmina su *artículo* con una solución, con una propuesta. Ésta es por último la persuasión a la que se refiere Skirius, que cerraría los impulsos básicos del ensayo.

Enseñad a vuestro hijo a conocer el valor del dinero, y lo enseñareis a ser rico; pero si en virtud de una vanidad eminentemente mexicana, le enseñais a despreciar el vil metal, dándoselo sin dificultad cada vez que lo pida, estad seguro de que morirá pobre o se expondrá a adquirir el dinero por medios reprobados.

El pequeño comprador de barquillos está pues aprendiendo por medio del sistema objetivo de enseñanza, primero, a usar del dinero desconociendo su valor y los medios de adquirirlo legalmente, y segundo está probando ya en la pequeña roleta, esa fluctuación funesta entre lo amargo y lo dulce, que engendra en el alma la pasión del juego: cuando estos dos gérmenes prenden el tierno corazón del niño, como toda semilla en terreno fértil, dará frutos más tarde, frutos cuyo desarrollo y madurez no bastará a impedir, en la mayoría de los casos, ni la instrucción ni la moral.

⁶³ *Ibidem*, pp. 166-173.

¿Por qué será que el comercio, la industria, las empresas y la riqueza pública están representados en México casi exclusivamente por extranjeros quedándonos a los mexicanos ilustrados las carreras, los empleos, la política y la milicia, y a los menesterosos el jornal, la servidumbre, la sociedad de meseros, los pescantes de los carruajes, el cargar a lomo como las bestias, y todos los demás oficios bajos?

Es porque en la primera educación, que es la que ha formado nuestro carácter nacional, no se ha cuidado de suprimir ciertos detalles que nos han parecido tan insignificantes como la roleta de los barquillos.⁶⁴

TEMÁTICA

A lo largo del *corpus* de ochenta *Artículos ligeros...* se destacan tres temas recurrentes:

- 1) Exposición y crítica de las acciones realizadas por autoridades institucionales en la Ciudad de México o bien a su falta de acción con respecto a algunas problemáticas.
- 2) Exposición y crítica de vicios en la conducta y mentalidad del ciudadano mexicano, específicamente el de la Ciudad de México.
- 3) Comparación recurrente entre el aquí y ahora mexicano y el estadounidense.

A continuación desglosaré cada uno de estos tres rubros.

1) *Exposición y crítica de las acciones realizadas por autoridades institucionales en la Ciudad de México o bien a su falta de acción con respecto a algunas problemáticas*

José Tomás de Cuéllar estaba convencido de que una sociedad compuesta por hombres instruidos sería un gran avance para llevar a México por el camino de la prosperidad y del engrandecimiento,⁶⁵ por ello en los *Artículos ligeros...* instó a los altos mandos a impulsar nuevas reformas educativas y a modificar algunas acciones que, en la perspectiva cuellariana, frenaban el progreso de los ciudadanos mexicanos; objetó a dichas autoridades en “Los faroles”, por ejemplo, su modo de premiación, que veladamente hinchaba el espíritu de los niños “de fatuidad y petulancia” al no erradicar la pereza y falta de compromiso con que los menores asistían a la escuela:

Inculquemos en los niños la virtud de la modestia que realza tanto el mérito. Seamos sobrios en fiestas y alborotos para que los niños comprendan que el instruirse no es una gracia, sino una ventaja que refluye en su bien personal; que el que ha aprendido sus lecciones no ha hecho más que cumplir con su deber, y con la conciencia de este cumplimiento es y será siempre la más noble

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 175-176.

⁶⁵ Cf. Facundo, “El carácter y la educación. I”, en *Artículos ligeros...*, t. X, p. 26.

recompensa, el mejor premio. Impulsemos la instrucción pública de una manera filosófica y acertada, pero sin faroles.⁶⁶

En “Correspondencia epistolar”, expresó su molestia por el hecho de que fuera de la escuela los niños no escribieran, puesto que los profesores no habían hecho demasiado hincapié en la utilidad de la escritura; recalcó en otros *Artículos* la diferencia entre educación e instrucción; invitó a que se elaborara un proyecto para que se adquirieran mayor educación las madres de familia, que eran las que a su vez educarían a los hombres del futuro. En general, sus propuestas eran factibles; sin embargo, algunas rayaron en lo utópico, como la que promovió en “La caridad en la educación” para instrumentar un programa en las escuelas buscando motivar en los menores el valor de la caridad.

A este efecto nos aventuramos a proponer, ni más ni menos que si nuestros lectores hubieran de tomarse el trabajo de hacernos caso, una institución de caridad sin música, sin heno y sin luz eléctrica.

Los individuos que pueden formar esta asociación son los maestros de escuela y los directores de establecimientos de enseñanza, así públicos como privados.

I. El primer paso práctico de esta asociación, será que cada maestro o director invite a sus educandos a que lleven a la escuela el día 1° de cada mes una limosna para los pobres.

II. Para que esta invitación sea fructuosa, después de hacerla oralmente a los niños, encareciéndoles la práctica de la caridad, el maestro entregará a cada niño un recado impreso, concebido, poco más o menos en estos términos:

«Sr. D...

El niño de U., N. N... ha sido invitado por mí, a nombre de la Asociación de Caridad, para traer a esta escuela el día 1° del entrante mes una pequeña limosna para los pobres.»

III. El día 1° de cada mes, el primer ejercicio de los niños será depositar su limosna en el cepo y en presencia del maestro, recibiendo en el acto otro pequeño recado impreso concebido:

Sr. D...

El niño de U... N. N... ha entregado hoy en esta escuela su limosna para los pobres (tantos centavos)».

Los niños que reciban este segundo recado impreso, serán anotados en el registro correspondiente, para hacer constar el hecho en las calificaciones de fin de mes y de fin de año.

IV. Cada tres meses la invitación se hará extensiva a llevar a la escuela una pieza o piezas de ropa de desecho, en un paquete cerrado, que se recibirá por el maestro con las mismas formalidades.

V. La asociación de maestros nombrará de su seno una comisión de señoras que monten y dirijan un taller económico, para el aseo, reparación, reforma y aprovechamiento de las piezas de ropa recibidas de todas las escuelas, y entregue a la dirección el número de las que resulten en estado de uso. Estas piezas de ropa las distribuirán convenientemente los maestros de las escuelas más pobres, para estímulo y recompensa, entre los niños más necesitados.

⁶⁶ Facundo, “Los faroles”, en *Artículos ligeros...*, t. IX, pp. 28-29.

El primer efecto moral de esta institución será desde luego engendrar la buena costumbre de practicar la caridad, siendo de esperar que en la mayor parte de los casos esta costumbre subsista después de la escuela.⁶⁷

Exposición y crítica de las carencias en la instrucción encontramos en ocho artículos: “Los faroles”, “Correspondencia espistolar”, “El carácter y la educación I”, “La caridad en la educación”, “La educación del sentido común”, “La teoría y la práctica”, “Sabios y presidiarios en ciernes” e “Importancia de la educación”.

Otro conjunto de *Artículos ligeros...* centra su temática en la crítica de las acciones o, en su caso, en la falta de acciones, por parte de autoridades gubernamentales. Lo que Cuéllar buscó en estas piezas fue despertar en los altos mandos institucionales la inquietud para mejorar la infraestructura de la capital. Veinte artículos contienen directa y frontalmente esta temática, en ellos se expresa la preocupación de nuestro autor por el notable atraso en obras de mejoras materiales para bien de la sociedad y para dar una mejor imagen a quien venía de provincia o del extranjero, por ejemplo en “Dos millones de pesos”, como ya señalé líneas arriba⁶⁸. Sus textos invitaban al regidor y demás miembros de gobierno a poner especial atención en las obras de repavimentación de calles, adoquinamiento de banquetas, pero igualmente a tener en cuenta en el presupuesto anual un equipo de mantenimiento para dar buen aspecto a las mejoras realizadas, “se necesita pensar antes que en banquetas de mármol en criados que las laven. México debe limitarse a obras de utilidad y de conservación y no entusiasmarse con gollerías que no puede sostener porque se pone en ridículo”.⁶⁹

En “Por falta de fondos” Facundo criticó la falta de acción por parte del ayuntamiento debido a que no se contaban con los recursos económicos suficientes para solventar ni siquiera mínimamente los gastos.

El ayuntamiento confiesa que las calles que necesitan reparación de empedrados son 143, las que lo necesitan nuevo 345; las que demandan urgente compostura, 117; las que necesitan terraplén, 317; banquetas, 425, y las que necesitan atarjeas, 379.

Sumados estos números, dan un total de 1 735 calles, o sea todo México y algo más; y no siendo aventurado calcular un gasto de diez mil pesos para cada calle,

⁶⁷ Facundo, “La caridad en la educación”, en *Artículos ligeros...*, t. X, pp. 175-177.

⁶⁸ *Supra*, cita. 37.

⁶⁹ Facundo, “Las prosperidades nuestras. I”, en *Artículos ligeros...*, t. IX, p. 184.

por término medio, supuesto que más de la mitad de este total de calles necesitan empedrado, banquetas y atarjeas, resulta que para que México tenga pavimentos debe gastar la suma de 17 350 000 pesos y sostener un gasto anual de conservación, a lo menos, de 500 000 pesos.

Confesó en enero de este año la Comisión de Obras Públicas que el canal de la Viga, que va hasta el lago de Texcoco, está tan azolvado, que su fondo está más alto que el de las atarjeas que deben desaguar en él, y que en lugar de desazolvarlo procedió a levantar el piso de las calles ¡supremo recurso de esta espléndida ciudad que se sumerge día a día en su propia inmundicia!

Está averiguado y declarado fuera de toda duda, que las zanjas de los puentes Santa Ana y Tezontlale, están en el último grado de azolve y repletas de enormes cantidades de materias orgánicas en putrefacción, siendo el foco de las enfermedades reinantes al Norte de la ciudad. Cegar esas zanjas para salvar algunos miles de vidas, es una de esas emergencias que no necesitan discusión ni admiten demora. El ayuntamiento se ha conformado con declarar desde enero que no hace la obra *por falta de fondos*.⁷⁰

En “Nuestras cosas”, “El correo”, “Después de muertos”, “El aguador”, “Las prosperidades nuestras I y II”, “De cómo entre nuestras prosperidades figuran las aceitunas”, “Prosperidades funestas”, “Prosperidad ordinaria”, “Deberes municipales”, “Venus, Birjan y C^a I y II”, “Dormitorios públicos”, “Del aseo”, “El aseo”, “El ayuntamiento y las obras públicas”, “Por falta de fondos”, “La plaza de la constitución de noche”, “La nomenclatura de las calles”, “Arbitrios municipales”, “Dos millones de pesos”, “Subsidio extraordinario”, “El decoro público”, “Las botellas”, “¡Agua!”, “Comercio y otras cosas al aire libre”, “El regidor y la gacetilla” y “El primer arranque” Cuéllar expuso sus inquietudes y críticas al respecto.

2) *Exposición y crítica de vicios en la conducta y mentalidad del ciudadano mexicano, específicamente el de la Ciudad de México.*

En varias piezas, Facundo recalca el hecho de que “los vicios están enhorabuena. Son los primeros en aprovecharse de la prosperidad, como los criados de un banquete que se sirven antes que los comensales”.⁷¹ Estos criados de la prosperidad son fumar, beber y jugar, que andan juntos como primos hermanos, acompañados de la necesidad de empeñar o de pedir prestado, engrandeciendo el imperio del agio, para poder solventar los gastos que aquellos vicios reclaman. En este grupo de artículos, Facundo expuso los problemas que acarrearía cada uno de estos vicios y ofreció soluciones para

⁷⁰ Facundo, “Por falta de fondos”, en *Artículos ligeros...*, t. X, p. 247-249.

⁷¹ Facundo, “Prosperidades funestas”, en *Artículos ligeros...*, t. IX, p. 244.

disminuir su avance, si no es que para erradicarlos. Por ejemplo, en “La vida de noche” recrimina a los jugadores o apuntes que opten por jugar, cuando desde tiempos antiquísimos la noche adoptó como temas principales meditar y amar.

Desde que balaron las cabras en el primer redil improvisado por el hombre pastor, la puesta del sol fue la solemne señal de reposo. [...] Pero no bien el insomnio se apoderó del hombre, cuando asomaron en el mundo los primeros síntomas de la vida espiritual. Los primeros desvelados fueron los primeros sabios, quienes, no teniendo otra cosa que contemplar más que cabras dormidas y estrellas refulgentes, descubrieron en los astros dos cosas eternamente trascendentales y sublimes: la astronomía y la religión. Y basta con que estas dos grandes conquistas se hayan hecho de noche, para que tengamos como cosa segura que las horas nocturnas son las horas del talento y del amor.

[...] Velar, pues, es el privilegio de los seres pensadores, excepto, por supuesto, si los que velan son gendarmes, jugadores de billar, de dominó o de lotería de cartones, porque los tales, si no duermen, en cambio tampoco piensan.⁷²

En “Dos millones de pesos”, Cuéllar ofreció una alternativa para disminuir en la Ciudad de México el vicio de la embriaguez.

Primer arbitrio municipal.

I. Cincuenta centavos de contribución municipal a cada botella que contenga licores embriagantes del país, especialmente chinguirito y mezcál.

II. Un peso de contribución municipal a cada botella que contenga licores embriagantes extranjeros, principalmente cognac, ajenjo, ginebra, wiskey, catalán, kirsch, ron, etc.

III. Aumento de contribución a las cantinas, por orden de categoría y ubicación.

El reglamento de la ley respectiva debe no olvidar los puntos siguientes:

Toda cantina debe sostener en perfecto estado de aseo un mingitorio para el público.

Tener persianas y cancelas que determinen claramente, ante la sociedad honrada, que la embriaguez es un vicio vergonzoso, y que los que toman copas, aun cuando no se embriaguen, deben ocultarse de los transeúntes, de las señoras y de los niños.

Todo expendedor de pulque y de licores que venda una copa a un hombre ya en estado de embriaguez, pagará una multa de cinco a cincuenta pesos.

Habrá un departamento en la cárcel para borrachos reincidentes, sujetos a un sistema de curación en que se emplee el tratamiento hidroterápico, los antialcohólicos, el ejercicio corporal y el trabajo como medio curativo.

El ayuntamiento tendrá a su disposición una gendarmería inspectora especial, numerosa y bien retribuida, interesada en los denuncios y multas, para hacer efectiva la contribución y eficaz la vigilancia.

Iniciará una reforma en la legislación, que consista en declarar, que la embriaguez en los delitos no es falta atenuante sino agravante.

Duplicar las penas, castigos y multas a los borrachos.⁷³

⁷² Facundo, “La vida de noche”, en *Artículos ligeros...*, t. XXI, pp. 179-181.

⁷³ Facundo, “Dos millones de pesos”, en *Artículos ligeros...*, t. XXI, pp. 83-85.

En algunos *Artículos* José T. de Cuéllar critica la mentalidad del mexicano, es clara la sorpresa de nuestro autor al volver al “cochambre nacional” después de haber permanecido diez años en Estados Unidos, en “ese país eminentemente práctico”.⁷⁴ Cuéllar se encontró con que en México lo que imperaba eran la apariencias y la falta de respeto. Aparentar ser culto hablando con anglicismos o galicismos, aparentar ser rico comprando artículos de lujo, aparentar no ser pobre empeñando lo poco que se tiene, aparentar civilización construyendo fuentes y demás estructuras de ornato; pero sacando a relucir la barbarie dejando dormir a vagabundos en la pared contigua al Palacio de Gobierno, caminando en desorden y no por la derecha como lo dictan las reglas de urbanidad, solapando la pobreza y la pereza. Al respeto, lo hemos olvidado, hasta con la muerte somos irrespetuosos. Critica este país de anomalías y contradicciones en sus costumbres donde se pasa del dolor y las lágrimas al festejo y la algarabía en fechas específicas en “Después de muertos” y “El viernes de Dolores”.

La religión ha consagrado un día para la conmemoración del dolor de la Virgen María al pie de la cruz en que espiraba el Redentor del mundo; ha señalado como punto de meditación aquel trance terrible, aquella escena desgarradora, en que el más grande de los dolores iba a ser objeto de culto para la cristiandad enternecida. Pero la cristiandad se ha cuidado bien poco de la tradición y del espíritu de las ceremonias, y ha visto venir el día de tan triste aniversario, pensado en todo, menos en el dolor de la Virgen, hasta llegar a convertir el viernes de dolores en viernes de placeres.

A medida que el mundo avanza, la humanidad marca más y más su tendencia al placer, y parece ya convencida de que no ha nacido para otra cosa. En los avances del progreso no se han desarrollado en la misma proporción las costumbres austeras y los placeres; y esta tendencia a divertirse es tan poderosa, que sacrifica desde las tradiciones más respetables hasta la simple lógica de los aniversarios.

Parecía natural que al civilizarse las sociedades, tomaran el debido incremento y perfección, así las costumbres que reconocen una tradición doliente y fúnebre, como las que tienen un origen de festejo y alegría. Era natural esperar que el ineludible dolor por los muertos, de que nadie está exento, formara, como movidos por el mismo resorte, grupos y grupos de dolientes, preocupados con la memoria de sus muertos y que en día señalado fuesen consecuentes consigo mismos, con los finados y con el sentido común. Era natural esperar que los fieles católicos en su habitual intransigencia con los demás cultos, lo fueran con el carácter y espíritu genuino de los aniversarios; era natural, era lógico y ajeno de toda falsa interpretación, encontrar hoy a la cristiandad, en una conmemoración repetida hace diez y nueve siglos, entregada a la contemplación de un asunto tan serio, tan triste, tan conmovedor y tan luctuoso, ocupada por lo tanto en prácticas y ceremonias, ya no sólo perfeccionadas y engrandecidas en virtud de la

⁷⁴ Facundo, “El correo”, en *Artículos ligeros...*, t. IX, p. 91.

civilización creciente de las sociedades, sino en analogía siquiera con el carácter del acontecimiento que se recuerda.

Pero ni los muertos, ni los dolores de la Virgen, ni los dogmas más sagrados, ni las tradiciones más veneradas bastarán nunca a destruir el predominio que entre la gente tiene el deseo de gozar y de divertirse.

3) *Comparación recurrente entre el aquí y ahora mexicano y el estadounidense.*

Diez escasos años de haber desempeñado un cargo diplomático en Washington le bastaron a José Tomás de Cuéllar para darse cuenta de que en el vecino país del Norte se estaba llevando a cabo un acelerado proceso de modernización en todos aspectos, mientras que en los mismos años “los restos de la barbarie [vinieron] a sentar sus reales en el corazón de la Ciudad [de México]”.⁷⁵ Cuando vuelve de Estados Unidos y se encuentra el atraso mexicano, bajo la voz de Facundo, intentó acortar las distancias que separaban la forma de hacer y de pensar de los americanos y de los mexicanos. Fue una estrategia recurrente para remarcar los detalles que pretendía mejorar. Regularmente Estados Unidos era el punto de comparación, aunque en alguna ocasión utilizó como ejemplo algunos países europeos como Francia y España.

Comparó desde la premiación escolar mexicana basada en exaltar los pocos logros, la singular manera de celebrar el día de muertos, el alto costo del correo, la prehispánica forma de vender alimentos en el suelo en los mercados mexicanos, el lento desarrollo de la prensa, la falta de impuestos a artículos de lujo, la falta de baños en la ciudad, hasta la pereza o la carne que comemos.

Y en cuanto a la mentalidad mexicana, comparó la visión ahorrativa de los extranjeros, su visión empresarial que busca asociarse con otros capitales y el respeto y agradecimiento que muestran en eventos públicos y privados.

De manera que mientras el ahorro, el trabajo y la economía del español cooperan día a día a la riqueza y engrandecimiento de la colonia, mientras el ahorro y la inteligencia de los extranjeros radicados en el país los hace prosperar, la gran masa de mexicanos, con excepción rara, dedicamos una cantidad exorbitante, (que en la forma de ahorro rendiría una suma de bienestar inapreciable) al fomento de industrias y especulaciones que aprovechan y enriquecen a otros, y nos arruinan a nosotros mismos.⁷⁶

⁷⁵ Facundo, “Después de muertos”, en *Artículos ligeros...*, t. IX, p. 111.

⁷⁶ Facundo, “El agio, el pauperismo y la caridad”, en *Artículos ligeros...*, t. X, p. 104

En “El trabajo y la pereza” (personalmente creo que es la mejor pieza de las ochenta que componen los *Artículos...*), Facundo transporta a lector hacia el interior de una gran máquina fundidora de hierro de las que conoció en Estados Unidos

El espectáculo que presentan aquellas fundiciones nos transporta a las fabulosas fraguas de vulcano. En aquellas inmensas galerías, cruzadas en todas direcciones por las poleas y las agujas colosales, por las ruedas dentadas y los cíclopes martillos de vapor, reinan, como las tres divinidades de aquel Olimpo negro, el hierro, el fuego y el hombre.

[...] El monstruo deja de mascar casi a una señal del hombre. Se ve entonces cómo con lástima al tejo enorme, cuyo rojo ha perdido el blanco resplandeciente, y es condenado al fuego nuevamente: una tenaza suspendida lo recibe, y una cabria automática lo coloca sobre los rieles a tres metros del suelo; entonces un muchacho tirando de una cadena lo conduce a otro horno, a recobrar el rojo blanco. Apenas ha tomado esta satánica palidez, es sacado del horno y entregado a un nuevo tormento: a una máquina que ejecuta los movimientos del pulgar y el índice de la mano de un hombre para amasar una bolita de miga de pan. El invisible vapor le está dando a aquellos dedos el poder de hacer cilíndrico el *bólido*, que parece llorar lágrimas de fuego, y cuando está achatado y angosto entra en la gran máquina que lo estira con un poder admirable, haciéndolo pasar por un ojo en forma de *T*, hasta soltarlo hecho un riel que cae a tierra y descansa, como debe haber descansado el granito hirviendo un día del génesis, después de haber poblado los espacios con sus gemidos espantosos y sus infernales chisporroteos.⁷⁷

Continúa con dos párrafos más describiendo esto que llama un espectáculo, y al tercer párrafo nos confiesa:

Quién había de creer que los anteriores recuerdos se despertaron en mi memoria al fijar la atención en una cuadrilla de operarios pagada por el ayuntamiento, y que trabajaba en empedrar la segunda calle de Correo Mayor!

[...] El procedimiento empleado por la cuadrilla [de quince miembros] ha sido el siguiente: cuatro hombres estaban provistos de martillos con picas, a propósito para colocar la piedra, cuatro tenían pisones y cuatro tenían palas, los tres restantes tenían costales y manejaban una carreta.

Esta cuadrilla estaba vigilada por dos gendarmes, que me parecen tan instruidos en empedrados como en logaritmos.

Mientras no aparecía la carreta con tierra seca o con cascajo, los doce hombres holgaban, y quedaban los viejos en cuclillas rascando la tierra, como ratones, con más ganas de dormir que de rascar.

Cuando llegaba el cascajo, que era la cuarta parte de lo que podía contener la carreta, se ocupaban dos hombres en llenar los costales y dos en vaciarlos. Entonces los cuatro empedradores empedraban haciendo oír el ruido del martillo sobre la piedra a intervalos irregulares de 5 a 20 segundos. Los de las palas volvían a descansar, y los de los pisones seguían esperando, al grado de que dos de ellos llegaron a dormirse, hasta que empezó a llover. A las primeras gotas la cuadrilla íntegra con todo y gendarmes buscó refugio en un zaguán, y se echó a descansar, los gendarmes hicieron con los pisones y sus capotes dos poltronas mecedoras para bendecir cómodamente a Neptuno. En las veces que pude observar a la soñolienta cuadrilla, durante los tres días que han empleado en llenar

⁷⁷ Facundo, “El trabajo y la pereza”, en *Artículos ligeros...*, t. X, pp. 265-268.

cinco hoyancos, he contado lapsos de inercia general en toda la cuadrilla hasta de tres cuartos de hora. Este era el tiempo que mediaba regularmente entre el último martillazo, y la llegada de la carreta. La cuadrilla ha permanecido cerca de tres semanas en solo la calle mencionada, que ha quedado a medio componer siendo así que ha habido tiempo y brazos para empedrarla toda.

Críticas como la anterior recibieron también el estado del drenaje y los mercados públicos, la carne y el agua que se consumía, la producción impresa, entre otros temas. Diez y ocho artículos muestran en mayor o menor medida este comparativo entre los visos de modernidad americana y la barbarie mexicana: “Los faroles”, “Nuestras cosas”, “El aguador”, “El correo”, “Después de muertos”, “Las prosperidades nuestras I”, “De cómo entre las prosperidades nuestras figuran las aceitunas”, “Prosperidades ordinarias”, “El agio, el pauperismo y la caridad I”, “El divorcio”, “El trabajo y la pereza”, “Arbitrios municipales”, “La imprenta”, “Educación del sentido común I”, “La educación del sentido común II”, “La carne”, “El decoro público” y “La visita de digestión”.

CONCLUSIONES

En los capítulos previos se han dado las generalidades de los *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*; podríamos resumir en escuetas líneas que son ochenta piezas con rasgos de cuadro de costumbres crítico, el cual pretende, con fundamentos sociales, modificar la conducta de los lectores por una que, al parecer del autor, es la óptima para el desarrollo y progreso de la sociedad; que si bien son artículos de costumbres, también podemos encontrar en ellos felices cercanías o fusiones con otros géneros literarios como la crónica, el relato o el ensayo; y cuyo tema principalmente es la Ciudad de México, sus pros y sus contras, lo que hacen o dejan de hacer los altos mandos institucionales, lo que ha progresado y ha regresado la sociedad mexicana de fines de siglo XIX, comparando frecuentemente estos tres aspectos con la situación simultánea en Estados Unidos.

En el primer capítulo, “Vida y contexto de José Tomás de Cuéllar”, ahondé en los sucesos más importantes en la historia y la literatura de México en los años que vivió nuestro autor, así como los acontecimientos más relevantes en su vida. Facundo en dos ocasiones se vio en la necesidad de abandonar la capital del país, primero a un sitio más precario en cualquier sentido respecto a la Ciudad de México, San Luis Potosí, de 1868 a 1870, y dos años después a una ciudad mucho más evolucionada tecnológicamente y socialmente que la capital mexicana, Washington, Estados Unidos, de 1872 a 1882.

El objetivo de este primer capítulo era mostrar el quehacer literario y diplomático de nuestro autor en la etapa previa a la escritura de los *Artículos ligeros...* para que, en el tercer capítulo, cuando se ahondara en los años que colaboró para el periódico *La Libertad*, se pudiera comprender la pertinencia de sus textos.

En el segundo capítulo, “Costumbrismo”, mostré diversos acercamientos que críticos especializados han hecho al respecto de dicha corriente literaria, para evidenciar la disparidad de los mismos y poder delimitar cuáles se ajustaban más a lo que José Tomás de Cuéllar escribió en sus *Artículos ligeros...* Y así afirmar que el Costumbrismo de Cuéllar es el de veta más crítica, en tanto tenían sus textos como principal interés motivar en los lectores un cambio con base en sus críticas y propuestas.

Por último, en el tercer capítulo “Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales” ahondé primeramente en su quehacer diplomático de 1872 a 1882 en Washington, Estados Unidos; por medio de una carta que dirige a Ignacio Manuel Altamirano nos percatamos del contagio de modernidad que estaba teniendo nuestro autor en aquel país eminentemente práctico. Diez años fuera del país sirvieron para que nuestro autor tuviera un punto de comparación en sus colaboraciones semanales. Si bien desde antes de su partida su obra ya era crítica acerca de las costumbres mexicanas, el contacto con la cultura americana le permitió observar de primera mano cómo los detalles cotidianos afectaban positiva o negativamente en el progreso de aquel país.

Posteriormente procedí a una descripción elemental de los cuatro tomos correspondientes a los *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, pertenecientes a la colección La Linterna Mágica; y a otra igualmente superficial acerca de los textos mismos. Para, entonces sí, poder ahondar en tres rubros importantes que encontré en cada una de las piezas que conforman la colección: Qué tipo de cuadro de costumbres era al que nos estábamos enfrentando con estas lecturas, en qué género literario-periodístico debían ser acomodados estos textos y cuál era la temática de los mismos.

Definitivamente Cuéllar está emparentado con el Costumbrismo y se asume como tal, por ello añadí ejemplos en los que se destacan sus dotes como observador de la cotidianidad mexicana al más puro estilo del artículo de costumbres descriptivo en “El sombrero ancho”, aunque también encontramos el crítico, como en “Dos millones de pesos”.

Sin duda el apartado más complicado fue el de la delimitación del género literario al que pertenecían estos textos, puesto que no quería caer en el mismo vicio del que me

quejé en las primeras tres líneas de este trabajo. Más que llegar a la conclusión de encajonarlo en un solo rubro, mostré la diversidad de géneros literarios que nos encontramos al leer los *Artículos ligeros...* y por tanto la incapacidad de delimitarlo en uno, dejando de lado todos los demás. Aunque si acaso fuera muy necesaria dicha clasificación, los emparentaría sobre todo con el ensayo, destacando más la intención de persuasión por parte del autor, que el parrafeo mismo.

Y por último la temática. Ya que son textos poco conocidos, quise añadir ese apartado para que futuros lectores cuellarianos supieran a qué se van a enfrentar cuando tengan en sus manos los *Artículos ligeros...*, por ello destaque los tres temas más importantes, puesto que se encuentran en gran número de piezas. La exposición y crítica de las acciones realizadas por autoridades o bien su falta de acción, en la que muestro las preocupaciones recurrentes de Facundo con respecto a la educación, a la instrucción y a la falta de compromiso para las mejoras en infraestructura en la capital del país; la exposición y crítica de vicios en la conducta y mentalidad mexicanas, en la que destaco la aversión de nuestro autor por los vicios del alcohol, el tabaco y los juegos de azar, así como la frustración que sentía al ver cómo la gente compraba para empeñar y empeñaba para comprar en un ciclo interminable que lo único que producía era el engrandecimiento del Monte de Piedad y demás agiotistas; y por último la comparación recurrente entre el aquí y ahora mexicano y americano, puesto que, como lo mencioné arriba, los pequeños detalles cotidianos son lo que nos diferencian de otras culturas, son los que nos mantienen en el atraso, son los que Cuéllar, con base en sus propuestas y críticas quiso modificar cada domingo en su colaboración para *La Libertad*.

Espero que el presente trabajo haya cumplido con los objetivos mencionados y que su lectura sirva para hacer más profundos acercamientos a la obra periodística de José Tomás de Cuéllar que, como mencioné en la introducción, es muy poco conocida y de acceso restringido al público. Debemos rescatar del olvido estas piezas para poder tener un conocimiento pleno de nuestra literatura y de nuestra historia nacional para poder realizar juicios certeros acerca de ambas.

BIBLIOGRAFÍA

DIRECTA

- CUÉLLAR, José T. de, FACUNDO, *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, t. IX, de La Linterna Mágica. Colección de novelas de costumbres mexicanas, artículos y poesías de Facundo, Ilustrada con grabados y cromolitografías, Segunda época, Santander, Blanchard y compañía, 1890.
- _____, *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, t. X, de La Linterna Mágica. Colección de novelas de costumbres mexicanas, artículos y poesías de Facundo, Ilustrada con grabados y cromolitografías, Segunda época, Santander, Blanchard y compañía, 1891.
- _____, *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, tt. XXI y XXII, de La Linterna Mágica. Colección de novelas de costumbres mexicanas, artículos y poesías de Facundo, Ilustrada con grabados y cromolitografías, Segunda época, Santander, L. Blanchard, 1892.
- _____, “Prólogo” a *Ensalada de pollos*. Novela de estos tiempos que corren (1871), tomada del carnet de Facundo, t. I, tercera edición, Barcelona, tipo-litografía de Hermenegildo Miralles, 1890 (La Linterna Mágica, t.1), pp. VII-X.
- _____, *La Ilustración Potosina*. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos, 1869, José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, editores. Edición facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo. Estudio preliminar, notas, índices y cuadros de Belem Clark de Lara, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1989 (Fuentes de la Literatura Mexicana, 2), p. 94.
- _____, “Facundo dado a los viajes”, en *El Renacimiento*. Periódico literario (México, 1869). Edición facsimilar. Presentación de Huberto Batis, México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993. pp. 14-16.
- _____, *Los mariditos (Novela de costumbres)*. Prólogo de Daniel Moreno, México, Libro-Mex Editores, 1955 (Biblioteca mínima mexicana, 25).

INDIRECTA

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, “Revistas literarias de México (1821-1867)”, en *La literatura nacional. Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos*, ts. I-III. Edición y prólogo de José Luis Martínez, México, Editorial Porrúa, 1949 (Literatura nacional, 52-54), pp. 1-193.
- _____, “La vida de México”, en *Obras completas V. Textos costumbristas*. Edición y prólogo de José Joaquín Blanco, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, pp. 79-86.

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, “Acreditar el costumbrismo”, en *Ínsula*, Revista de Letras y Ciencias Humanas, núm. 637, 2000, pp. 3-4.
- BARREDA, Gabino, “De la educación moral. (Publicado en *El Siglo XIX*, núm. 829, 3 de mayo de 1863)”, en *Estudios*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 26), pp. 105-118.
- BATIS, Huberto, “Presentación” a Ignacio Manuel Altamirano, *El Renacimiento*. Periódico literario (México, 1869). Edición facsimilar, segunda reimpresión. Presentación de H. B. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1993 (Fuentes de la Literatura Mexicana), pp. VII-XXIII.
- BLANCO, José Joaquín, “Introducción” a Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas V. Textos costumbristas*. Edición y prólogo de J. J. B., México, Secretaría de Educación Pública, 1986, pp. 9-18.
- BURGESS, Anthony. *La naranja mecánica*, En línea. <http://hansjurgensen.blogspot.com/2008/09/prefacio-de-la-naranja-mecnica-anthony.html>, (30 de marzo de 2011)
- CASTRO, Miguel Ángel, “La gracia de los días: de Facundo a Tick-Tack”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (edits.), *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007. pp. 103-116.
- CASTRO LEAL, Antonio, “Prólogo” a José Tomás de Cuéllar, *Ensalada de Pollos y Baile y Cochino*. Edición y prólogo de A. C. L. 5ª edición, México, Editorial Porrúa, 1984, (Escritores Mexicanos, 39), pp. VII-XIV.
- _____, “Prólogo” a Luis G. Urbina, *Cuentos vividos y crónicas soñadas*. México, Editorial Porrúa, 1946 (Escritores Mexicanos, 35), pp. VII-XIX.
- CLARK DE LARA, Belem, “Estudio preliminar” a José Tomás de Cuéllar, *La Ilustración Potosina*. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos, 1869, José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, editores. Edición facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo. Estudio preliminar, notas, índices y cuadros de B. C. L., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1989 (Fuentes de la Literatura Mexicana, 2), pp. 16-95.
- _____, “Prólogo” a José Tomás de Cuéllar, *José T. de Cuéllar*, México, Ediciones Cal y Arena, México, 1999 (Los Imprescindibles). pp. 13-58.
- _____, “La palabra periodística a la luz de la modernidad”, en B. C. de L. y Ana Laura Zavala Díaz (edits.), *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007, pp. 145-165.
- _____, “Estudio preliminar” a José Tomás de Cuéllar, *Obras III. Narrativa III. Historia de Chucho el Ninfo*. Edición crítica, estudio preliminar, notas e índices de B. C. L., con el apoyo técnico de Cinthya Isabel Rojano Cong. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Seminario de Edición Crítica de Textos, 2011 (Nueva Biblioteca Mexicana, 171), pp. LXVIII-CXXIII.

- CLARK DE LARA, Belem y Ana Laura ZAVALA DÍAZ, “Prólogo” a B. C. de L. y A. L. Z. D., (edits.), *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007, pp. 11-23.
- CORREA CALDERÓN, Evaristo, *Costumbristas españoles*. Estudio preliminar y selección de textos por E. C. C., t. I, autores correspondientes a los siglos XVII, XVIII y XIX, Madrid, Aguilar, S.A., 1950.
- CRUZ RAMOS, Juan L. de la, “José María Pereda y el costumbrismo. Un hito histórico”, en Félix Menchacatorre (edit.), *Ensayos de literatura europea e hispanoamericana*. San Sebastián, Universidad del País Vasco, 1990, pp. 121-129.
- CURIEL, Fernando, “Linternazos”, en Margo Glantz (coord.), *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte, 1994*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, (Al siglo XIX. Ida y regreso), pp. 41-49.
- DÍAZ ALEJO, Ana Elena, “Presentación” a José Tomás de Cuéllar, *La Ilustración Potosina*. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos, 1869, José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, editores. Edición facsimilar de..., Estudio preliminar, notas, índices y cuadros de Belem Clark de Lara, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1989 (Fuentes de la Literatura Mexicana, 2), pp. 16-95.
- ESCOBAR ARRONIS, José, “La crítica del costumbrismo en el siglo XIX”, en *Ínsula*, Revista de Letras y Ciencias Humanas, núm. 637, 2000, pp. 5-7.
- _____, “Literatura de «lo que pasa entre nosotros». La modernidad del costumbrismo”, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes (<http://213.0.4.19/servlet/SirveObras/12811634315607162543213/p0001.htm#10>), (enero-marzo, 2011)
- EZCURDIA, Manuel de, “Modernidad de Cuéllar”, en Margo Glantz, coord., *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte, 1994*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997 (Al siglo XIX. Ida y regreso), pp. 59-68.
- _____, “José Tomás de Cuéllar o de la irreverencia”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, t. III, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, pp. 229-257.
- FERRERAS, Juan Ignacio, “Novela y costumbrismo” *Cuadernos Hispanoamericanos*, febrero, 1970, pp. 345-367.
- GIRÓN, Nicole, “Ignacio Manuel Altamirano en las Europas ¿Un destierro consular?”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, t. III, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, pp. 289-377.
- GONZÁLEZ, Aníbal, “Arqueologías: Orígenes de la crónica modernista”, en *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, Ed. Porrúa Turanzas, 1990, pp. 61-120.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, “El cruzamiento en literatura”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *La construcción del modernismo*. (Antología), Introducción y rescate de B. C. L. y A. L. Z. D. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 91-99.

- HABERMAS, Jürgen, “Modernidad *versus* postmodernidad”. Traducción de José Luis Zalabardo García-Muro, en Josep Pico, *Modernidad y postmodernidad*, prefacio, introducción y compilación de J. P., Madrid, Alianza Editorial, 1992, pp. 87-102.
- HUERTA, David, “Prólogo” a *Cuentos románticos*. Prólogo, selección y notas de D. H., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 98), pp. V-XVII.
- HUGO, Víctor, “Prefacio” a *Cromwell*, en línea. (http://www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/H/Hugo,%20Victor%20-%20Cromwell.pdf) (septiembre 2011). pp. 2-32.
- LEÑERO, Vicente y Carlos MARÍN, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1986 (Tratados y Manuales Grijalbo).
- LOMBARDO, Irma, “Las tendencias en el artículo de costumbres”, en *Revista Universidad de México*, núm. 596, septiembre, 2000, pp. 18-21.
- MAGDALENO, Mauricio, “Prólogo” a José Tomás de Cuéllar, *La linterna mágica*. Selección y prólogo de M. M., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1955 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 27), pp. V-XXVI.
- MARTÍNEZ, José Luis, “Prólogo” a Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas XII. Escritos de literatura y arte I*. Selección y notas de J. L. M., México, Secretaría de Educación Pública, 1988, pp. 9- 23.
- _____, “Introducción” a *El ensayo: siglos XIX y XX. Selección de ensayos de los siglos XIX y XX, de Justo Sierra a Carlos Monsiváis*, 2ª edición. Selección, introducción y notas de J. L. M., México, Promexa, 1992, pp. VI-XIV.
- MARTÍNEZ LUNA, Esther, “Costumbrismo ilustrado en el *Diario de México*: Antecedentes en México de los cuadros de costumbres”, en José Quiñones Melgoza, *Tres siglos. Memoria del primer coloquio “Letras de la Nueva España”*. Edición y prólogo de J. Q. M., índice onomástico de Gabriela Ugalde García, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000 (Letras de la Nueva España, 6), pp. 127-140.
- MASSUH, Víctor, “Hostos y el positivismo hispanoamericano” en *Cuadernos de cultura latinoamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios Literarios, Facultad de Filosofía y Letras, Unión de Universidades de América Latina, núm. 18, 1979, pp. 5-27.
- MOLINA, Silvia, “Presentación” a Héctor Pérez Martínez, *Facundo en su laberinto. Notas para un ensayo sobre La Linterna Mágica*. Presentación de S. M., reedición. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007 (Colección Pequeños Grandes Ensayos), pp. 7-13.
- MONSIVÁIS, Carlos, “Prólogo” a *A ustedes les consta*. México, Ediciones Era, 1980. pp. 5-32.
- _____, “Ignacio Manuel Altamirano, cronista”, en Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas VI. Crónicas I*. Edición, prólogo y notas de C. M., México, Secretaría de Educación Pública, 1987, pp. 9-25.
- MONTERDE, Francisco, “Prólogo” a Manuel Payno, *Artículos y narraciones*. Prólogo y selección de F. M., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 58), pp. V-XXII.

- MONTESINOS, José F., *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*. Tercera edición. España, Editorial Castalia, 1972.
- MORENO, Daniel, “Prólogo” a José Tomás de Cuéllar, *Los mariditos (Novela de costumbres)*. México, Libro-Mex Editores, 1955 (Biblioteca Mínima Mexicana, 25), pp. 5-12.
- MURGUÍA ZARATAIN, Martha Elena, “El cuento y otras formas discursivas en Hispanoamérica”, en *Elementos de poética histórica. El cuento Hispanoamericana*. México, El Colegio de México, 2002, pp. 135-178.
- PACHECO, José Emilio, “Introducción” a *Antología del modernismo (1884-1921)*, ts. 1 y 2 en un volumen, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Ediciones Era, 1999 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 90-91), pp. XI-LIV.
- PERALES OJEDA, Alicia, *Las asociaciones literarias mexicanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000,
- PLATÓN. “La República o de lo justo”, en *Diálogos*. 15ª edición. Estudio preliminar de Francisco Larroyo. México, Porrúa, 1975 (Sepan Cuántos..., 13), pp. 554-556.
- POLA, Ángel, “De visita, José T. de Cuéllar”, en *El Universal*, 2ª época, t. XII, núm. 20, (21 feb. 1894), p.2, en *José Tomás de Cuéllar*. Selección y prólogo de Belem Clark de Lara. México, Ediciones Cal y Arena, 1999 (Los imprescindibles), pp. 723-734.
- ROTKER, Susana, “El lugar de la crónica”, en *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*. La Habana, Casa de las Américas, 1990, pp. 98-149.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge, “Prólogo” a Manuel Payno, *Obras completas IV. Costumbres mexicanas*. Compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta, 1998, pp. 11-20.
- RUIZ, Bladimir, “La ciudad letrada y la creación de la cultura nacional: costumbrismo, prensa y nación”, en Félix Menchacatorre (edit.), *Ensayos de literatura europea e hispanoamericana*. San Sebastián, Universidad del País Vasco, 1990, pp. 75-89.
- RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen, “Introducción” a Linati, Galli y Heredia, *El Iris. Periódico crítico y literario*. Edición facsimilar. Introducción de M. C. R. C., índice de Luis Mario Schneider, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1988, pp. XI-XXIII.
- SABORIT, Antonio, “Cuéllar: Un encandilado de la imagen”, en *Nexos*, núm. 209, mayo 1995, pp. 26-30.
- SANDOVAL, Adriana, “Cuéllar y Balzac”, en *Literatura mexicana*, 15:2, 2004, pp. 23-38.
- SCHULMAN, Iván A., *El proyecto inconcluso: La vigencia del modernismo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Siglo XXI, 2002.
- SKIRIUS, John, “Este centauro de los géneros”, en *El ensayo hispanoamericano del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica 2004, pp. 9-37.
- TOLA DE HABICH, Fernando, “Presentación” a Ángel de Campo, Micrós, *Las Rulfo y otros chismes del barrio*. Selección y presentación de F. T. H., México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1985 (Colección de Cultura Universitaria, Serie/Narrativa, 31), pp. 7-23.

- TORRI, Julio, "Prólogo" a Luis G. Urbina, *Crónicas*. Prólogo y selección de J. T. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 70), pp. V-XIV.
- UCELAY DA CAL, Margarita, *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844). Estudio de un género costumbrista*, México, El Colegio de México, 1951.
- ZARCO, Francisco, "Discurso sobre el objeto de la literatura", en Jorge Ruedas de la Serna, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del Siglo XIX*, compilación y presentación de J. R. S. México, Universidad Nacional Autónoma de México- Coordinación de Humanidades, 1996 (Al Siglo XIX. Ida y Regreso), pp. 163-174.
- ZAVALA DÍAZ, Ana Laura, *El escritor en la República Restaurada: La presencia de José Tomás de Cuéllar en El Correo de México*. Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997.
- _____, "Re-vestir el cuerpo de la patria: apuntes sobre la indumentaria en la obra de José T. de Cuéllar", en Belem Clark de Lara y A. L. Z. D., eds., *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007, pp. 85-102.
- ZEA, Leopoldo, "América Latina: El largo viaje hacia sí misma", en *Cuadernos de cultura latinoamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios Literarios, Facultad de Filosofía y Letras, Unión de universidades de América Latina, núm. 18, 1978, pp. 5-18.
- _____, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.